

# LA CHICA DESAPARECIDA



BLAKE PIERCE

A la agente del FBI Ella Dark, de 29 años, se le presenta la gran oportunidad de alcanzar el sueño de su vida: entrar en la Unidad de Crímenes de Conducta.

Ella tiene una obsesión oculta, ha estudiado a los asesinos en serie desde que sabía leer, devastada por el asesinato de su propio padre. Ha adquirido un conocimiento enciclopédico de cada asesino en serie, cada víctima y cada caso, gracias a su memoria fotográfica. Destacada por su brillante mente, Ella es invitada a unirse a las grandes ligas.

Cuando se encuentran víctimas asesinadas, y sus cuerpos abandonados misteriosamente con monedas en los ojos, Ella se da cuenta rápidamente de que un asesino en serie está actuando. Y que es tan metódico, ritualista y obsesivo como Ella.

Y lo que es peor, no se parece a ningún asesino sobre el que Ella haya leído.

¿Qué mensaje está tratando de enviar?

¿Finalmente ha encontrado a un rival a su medida?

Un *thriller* policíaco apasionante y desgarrador protagonizado por una agente del FBI brillante y atormentada, la serie de *ELLA DARK*, es de un misterio fascinante, repleto de suspense, vueltas de tuerca, revelaciones, y con un ritmo vertiginoso que te hará seguir pasando las páginas hasta altas horas de la noche.

Blake Pierce

# **La chica desaparecida**

# **LA CHICA DESAPARECIDA**

Blake Pierce

# PRÓLOGO

Tessa hizo sonar su llave en la cerradura, no le preocupaba mucho si despertaba al pobre Jimmy, incluso a esa hora infame.

Debería haberse imaginado que Jimmy se olvidaría de sacar la basura otra vez. Estaba hartándose rápidamente de sus errores. ¿Qué tan difícil era recordar una simple tarea? Cada jueves por la noche, debía sacar la basura a la acera. Eso era todo. No le estaba pidiendo que construyera un templo. Mientras ella se desvivía trabajando en el hospital, Jimmy probablemente estaba de brazos cruzados, «investigando antigüedades», como solía decir. Aunque luego siempre se apresuraba a señalar que estaba calmándose hasta la jubilación. Decídete, quería decirle.

Tessa entró en su casa y decidió que dejaría la basura como estaba. Tal vez eso le sirviera de lección. Pero quizás no. Después de veinte años de matrimonio, ¿se podían enseñar trucos nuevos a un viejo marido?

Esa era una pregunta para otro día. En aquel momento, la cuestión era qué hacer con la única hora que le quedaba antes de que el sueño se hiciera presente. Se quitó los zapatos de trabajo, abrió la nevera y se quedó mirando el contenido, pero no le apetecía nada de lo que había dentro. No tenía energía para preparar un sándwich. ¿Acaso terminaría comiendo el clásico de bayas y queso? ¿O era una mala idea? Una vez, una de las enfermeras le había dicho que comer queso antes de dormir provocaba pesadillas, y ella no necesitaba más de esas.

Lo descartó. Un café descafeinado y un poco de televisión basura era lo más fácil. Salió de la cocina y se dirigió a la sala de estar, allí sintió que había otra alma en la habitación. Instintivamente buscó el interruptor de la luz, pero no la encendió. Vio la silueta de su amado marido, dormido en la silla, con una manta arrugada a sus pies. Tessa suspiró al darse cuenta de que pasar una hora frente al televisor era algo imposible. Si despertaba a Jimmy, él sería una excusa de ser humano hasta por lo menos al otro día por la tarde. Ella no necesitaba eso.

Lo descartó. Lo mejor era irse al sobre. Tessa abrió suavemente la puerta de la sala de estar, mientras intentaba no molestar el sueño de su marido, en parte por afecto genuino y en parte por el hecho de que tendría la cama para ella sola. Dejó su bolso en el sofá como señal de su llegada a casa. Además, eso podría hacer que Jimmy pasara la noche en el piso de abajo y le diera un poco de paz.

Tessa fue al baño y se quitó el poco maquillaje que llevaba. Se quitó el uniforme y se quitó el sabor rancio de doce horas impartiendo instrucciones. Sobre el lavabo, miró por la ventana y admiró la noche. Había algo en volver a casa a tempranas horas de la mañana que realmente hacía mella en los sentidos. Mientras todos los demás dormían, ella estaba en la primera línea, encargándose de que el mundo siguiera funcionando. Era suficiente para hacer que las mentes más débiles tuvieran complejo de héroe.

Se sentó en el retrete y volvió a hacerse la coleta, pero se detuvo al llegar al tercer y último nudo.

Un ruido. Algún tipo de arañazo. ¿O un crujido? Parecía venir de atrás de ella.

Tessa movió bruscamente la cabeza hacia el alféizar de la ventana y dio un paso atrás por miedo a lo que pudiera encontrar. Miró entre los huecos de los frascos de loción y encontró al culpable. Una pequeña caja que anteriormente contenía crema hidratante se había volcado. Cuando alargó la mano para recogerla, sintió que la corriente de aire del hueco de la ventana le rozaba las yemas de los dedos.

Jimmy había vuelto a dejar la ventana entreabierta. Estaba harta de decírselo. La brisa debía de haber tirado la caja vacía y, además, ¿por qué había una caja vacía aquí? No podía culpar a su marido por ello. Eso era cosa suya.

Cerró la ventana, se sentó y volvió a su ritual antes de dormir. Terminó de hacerse la coleta y buscó la crema antiarrugas.

Pero antes de encontrarla, volvió a oír el ruido. Arañazos o crujidos. Era difícil de identificar. ¿Podría ser el agua corriendo por las tuberías? ¿Tal vez el inodoro estaba fallando de nuevo? De repente, echó la mano hacia atrás cuando el sonido pareció brotarle de las yemas de los dedos.

Tessa se precipitó hacia la puerta, presa del pánico. El ruido se hizo más fuerte, más frenético. No sabía qué era, pero estaba segura de que era el sonido de algo vivo.

Entonces, como un engendro surgido de las profundidades del infierno, la fuente del ruido se dio a conocer.

Una mancha negra, que revoloteaba y aleteaba, surgió de entre sus frascos de loción y se lanzó hacia la luz del baño.

—Ay, Dios mío —gritó Tessa mientras salía al pasillo. Miró a través de un hueco, sin poder apartar los ojos de la cosa. Como un dragón en miniatura, la criatura batía sus alas furiosamente mientras chocaba con la luz resplandeciente: una batalla que solo tendría un ganador. Pero eso no le impidió a la bestia seguir intentándolo.

¿Qué era? ¿Una polilla? ¿Una de esas polillas gigantes que habían emigrado desde el sur y se habían instalado en Delaware? Fuera lo que fuera, parecía un presagio de muerte. Grande, peluda, negra como el carbón. Tessa cerró la puerta, lo que dejaba a la bestia atrapada en su pequeño cuarto de baño. Aquellas cosas la hacían sentirse enferma, y si la criatura tenía que morir para que ella pudiera dormir, así sería.

Tuvo que reírse. Había cerrado la ventana. Si la hubiera dejado abierta, la cosa podría haber encontrado una vía de escape. Ahora era su prisionera no deseada y no había forma de que volviera a entrar para enfrentarse a ella.

Esta era una situación para Jimmy, decidió. Él era quien se encargaba de matar a los insectos en la casa. Eso se había establecido desde el primer día. Tessa volvió a bajar las escaleras con pasos fuertes, esperando que Jimmy se despertara antes de que ella llegara.

No lo hizo. La sala de estar seguía a oscuras, pero distinguió la forma de Jimmy despatarrado en la misma posición que antes.

—Jim —dijo ella, apenas más alto que un susurro—. Jimmy. Despierta.

Nada.

—Oye, Jim. Tenemos un problema.

No. Profundamente dormido. Era hora de pasar a la acción.

Tessa se acercó a él y le acarició la pierna. Estaba frío, casi helado. Lo sacudió de nuevo.

—Jim, levántate. Te necesito.

No hubo respuesta muscular, ni reacción por parte de las terminaciones nerviosas de su marido. ¿Cómo podía dormir tan profundamente cuando a ella la podía despertar una paloma que arrullaba? Algunas personas tienen tanta suerte.

—Jimmy —dijo ella, esta vez más fuerte. Le apretó un poco más la pierna, clavándole parte de la uña.

Nada.

Tessa sintió que le faltaba el aire en los pulmones. Le comenzó a arder la frente por el sudor. Esto no era normal, ni siquiera para Jimmy.

Le agarró la mano. Fría como la escarcha del invierno. Lo sacudió, lo suficientemente fuerte como para que cualquiera recobrara la conciencia. No ocurrió nada. Tessa agarró la cara de Jimmy con ambas manos, sintiendo la carne fría, la piel áspera y, para su temor, algo húmedo.

En la penumbra, vio algo en los ojos de Jimmy. Parecían cerrados, pero de ellos emanaba un brillo, como si ambos fueran túneles que conducían directamente al más allá.

Se le adaptó la visión a la oscuridad presa del pánico. Tessa se levantó de un salto, y lo primero que pensó fue que tenía treinta años de formación médica en los que apoyarse. Su marido estaba sano y en forma. Le quedaban muchos años más de vida. Esto no podía estar pasando.

Tessa se abalanzó sobre la pared y buscó el interruptor de la luz con las manos temblorosas. Lo encontró, pero sintió una resistencia que no permitía que los dedos lo pulsaran. Si lo hacía, el horror cobraría vida, y algo le decía que sería un momento que recordaría el resto de su vida, independientemente de cómo resultara.

La luz tiñó la habitación de un amarillo intenso.

Tessa se llevó las manos a la boca, pero eso no consiguió detener sus gritos.

La energía le abandonó el cuerpo y se echó de rodillas por el desconsuelo. Esto no era algo que su formación médica pudiera arreglar. Nadie podía arreglar esto. Incluso el cirujano más experto lo consideraría una causa perdida en cuanto lo viera.

Jimmy estaba sentado desplomado en su silla, la sangre seca le cubría el cuello y su camiseta. Era un espécimen sin vida, algo que Tessa había visto muchas veces, pero nunca pensó que el cuerpo pudiera pertenecer al hombre que amaba.

Una segunda oleada de desconsuelo le llegó cuando se dio cuenta de que había pasado por delante de él hacía tan solo unos minutos. Se apresuró a buscar su teléfono para llamar a la policía, pero antes de que pudiera marcar el número con las manos temblorosas, vio algo que parecía fuera de lugar, incluso para una escena tan morbosa como aquella.

Vio una señal de vida en su marido.

En su frenesí, no lo había visto de inmediato. Había estado demasiado sumida en el pánico. Se acercó a regañadientes y se secó las lágrimas con el antebrazo.

Luego le sobrevino una tercera oleada de desconsuelo cuando se dio cuenta de que no era ninguna señal de vida. Los ojos de Jimmy

reflejaban rayos de luz dorada, como si la muerte los hubiera transformado en pequeños espejos.

Al examinarlos más de cerca, así era.

Porque Jimmy llevaba monedas de plata donde debían de estar los ojos.

Tessa perdió todas las funciones básicas: la voz, la movilidad, el pensamiento cognitivo. Consiguió marcar el número del servicio de emergencia, y cuando se comunicó, lo único que pudo hacer fue gritar en el teléfono.

# CAPÍTULO UNO

Ella Dark estaba sentada en el suelo de su apartamento, y tenía un montón de papelerío por todas partes. Comprobó su teléfono.

Un mensaje de Mark.

«Te recojo en 10 minutos», seguido de varias «XX» simbolizando besos.

Ella miró la hora. Las siete y media de la mañana. Se había despertado dos horas antes porque tuvo un sueño extraño en el que cantaba para un auditorio repleto de gente con una orquesta; pero cuando se dio la vuelta, los músicos no tenían cara. Esperaba que solo fuera su imaginación tomándose libertades y no una manifestación metafórica de sus pensamientos.

Estaba lista para marcharse, pero antes de hacerlo, tenía que hacer un hueco en el papelerío.

Hacía dos semanas, había detenido al asesino que era trabajador sexual en Baltimore tras una agotadora batalla. Había sido ella la que lo había atrapado físicamente, pero había sido un esfuerzo de equipo entre ella, la agente Mia Ripley y el agente Mark Balzano para que todo pudiera salir bien.

Las heridas empezaban a cicatrizar, al menos las físicas. Había sufrido algunas lesiones, pero los médicos del FBI la habían curado. Sin embargo, las heridas mentales seguían siendo un abismo ineludible que parecía ensancharse día a día.

La agente Ripley había descubierto el engaño de Ella. Ella había estado conversando con el asesino en serie encarcelado Tobias

Campbell, algo que se había esforzado en ocultarle a su compañera, dada la historia que Ripley tenía con él. Ripley había sido la encargada de atrapar a Campbell quince años antes, pero lo hizo llevándose algunos traumas. Ella se lo había ocultado a su compañera por temor a su reacción, y Ripley había reaccionado exactamente como Ella esperaba cuando finalmente se enteró. Incluso peor.

Pero, aunque Ella aún llamaba a Ripley como su compañera en sus propios pensamientos, el término más apropiado era excompañera. Ripley le dijo a Ella que ya no podían ser un equipo. Las últimas palabras de Ripley a Ella antes de largarse enojada fueron que iba a solicitar un nuevo aprendiz.

Hasta ahora, Ella no sabía si Ripley había cumplido con su solicitud. Hacía dos semanas que no la veía ni hablaba con ella, pero no era porque Ella no lo hubiera intentado. Le había enviado mensajes de texto, la había llamado y había intentado encontrarla en las oficinas del FBI sin éxito.

Lo único que Ella quería era disculparse, aunque las palabras no podían transmitir lo tonta que se sentía. Su carrera en el trabajo de campo podría haber llegado a su fin, y aunque odiaba ese hecho, era lo que se merecía. No solo había actuado a espaldas de su compañera, la misma mujer que le había salvado la vida varias veces en los últimos seis meses, sino que era ridículo pensar que podía reunirse con uno de los criminales más conocidos del país y mantenerlo en secreto. Había sido el propio Campbell quien le había revelado los detalles a Ripley. Le había enviado una carta en la que le explicaba todo. Ella se había expuesto a un depredador humano y él había actuado exactamente como era de esperarse. La culpa era únicamente de ella.

Y no eran solo los comentarios escritos de Campbell los que la atormentaban día y noche. Era el propio Campbell, al menos por representación. Campbell era una araña en el centro de una gigantesca telaraña, tenía contactos en todo el país y posiblemente en otros lugares. Sus discípulos la vigilaban, observaban todos sus

movimientos y dejaban animales muertos en su puerta. Cada vez que Ella salía de casa, desconfiaba muchísimo de cualquier persona que se cruzara con ella, de cualquier desconocido que entablara una conversación intrascendente, de cualquier repartidor de folletos que invadiera descaradamente su espacio. Cualquiera de ellos podía ser un discípulo de Campbell, y un día, uno de ellos lo sería.

Su último motivo de preocupación era el de su difunto padre. Hacía veinticinco años, había encontrado a su padre muerto en su cama y nunca se había descubierto al autor. Hacía dos semanas, había localizado a un hombre llamado Richie Cunningham, que, según sus fuentes, era un viejo enemigo de su padre. Richie negó cualquier implicación en el asesinato de su padre, pero le dijo a Ella que su padre tenía graves problemas de dinero. Le debía a la gente equivocada, supuestamente. Era la primera vez que Ella oía algo así, pero iba a investigar más a fondo. Los montones de papeles que estaban a su lado eran las pertenencias de su padre. Facturas, recibos, cartas. Si ahí había algo que rasgara algo de la superficie de la verdad, ella lo encontraría.

Pero no era fácil concentrarse, al menos no con la gran cantidad de problemas que la agobiaban. Ya se le hacía tarde, pero aún tenía que revisar el papelerío de 1993 a 1995. Se tomó un par de tragos de *whisky* con lima para mantener el cansancio a raya, un truco que le enseñó su excompañera. La lima era para aumentar los niveles de concentración, y el *whisky* porque era *whisky*. Recogió el siguiente montón y lo hojeó en busca de algún documento discriminatorio, algo que no siguiera el formato habitual de un saludo desalmado, una petición de dinero, una autorización informal. Los bordes del papel se volvieron borrosos a medida que el cansancio se apoderaba de ella, pero entonces se le cayó de las manos la mitad inferior de la pila. Ella miró el papel amarillento que estaba en la parte superior de la pila.

Era de un tamaño diferente al resto. No era un papel de tamaño estándar, ni tenía un membrete estándar.

Y estaba completamente escrito a mano.

Parte de la tinta se había desvanecido con el tiempo, pero el contenido era legible en su mayor parte.

«Ken, considera esto como tu recibo de dinero prestado. Debe ser devuelto en su totalidad, con el diez por ciento de interés antes del 25/05/95. OWA».

Ella casi dejó caer el resto del papelerío cuando vio la fecha.

Cinco días antes de que su padre fuera asesinado.

Le temblaron las manos al intentar recogerlo, pero entonces se le activó el instinto de detective. Lo recogió suavemente por la esquina, lo sostuvo y escudriñó cada centímetro. Estaba escrito con tinta negra, solo tenía unas pocas frases en el anverso y nada en el reverso. Si esto había permanecido entre estos papeles durante dos décadas, era posible que las huellas dactilares del creador aún estuvieran en alguna parte.

Pero ¿qué era esto?

¿Una especie de recibo? ¿Y uno escrito a mano? Ningún establecimiento de renombre utilizaría un papel tan irregular, así que ¿se trataba de algún tipo de transacción clandestina? ¿Y por qué no se mencionaba el importe?

Ella hojeó rápidamente el resto de los papeles para ver si encontraba algún documento similar. Ninguno. Nada que se pareciera a este. Era un documento único.

Algo no estaba bien con eso. Y la mayor pregunta era: ¿quién era «OWA»? ¿Las iniciales de alguien? ¿El nombre de una organización? Tenía que investigar. Metió el documento en una carpeta de plástico para mantenerlo a salvo y lo guardó.

Ya era lunes, y eso significaba que debía volver a la vida en la oficina, al mundo de la Inteligencia. Pero en cualquier segundo que tuviera libre, pensaba buscar a Mia y deshacerse en disculpas. Ya habían pasado dos semanas, y seguramente Mia no podía estar enfadada con ella para siempre.

El teléfono de Ella volvió a sonar.

«¡Estoy afuera!, x».

Ella se apresuró hacia la puerta y dejó atrás sus montones de archivos. Desde que se habían conocido, Mark Balzano le había caído muy bien. Una cita se convirtió en dos, y dos en una relación casual. Por el momento, no estaba desesperada por hacer las cosas oficiales, al menos no aún, porque esas cosas surgen con el tiempo. No era de las que se precipitaba a meterse en una relación, especialmente con alguien con quien trabajaba, aunque tales circunstancias eran una nueva aventura para ella.

Fuera de su complejo de apartamentos, la primavera estaba en pleno apogeo, pero las agradables temperaturas y la moderada luz del sol no contribuían a calmar sus preocupaciones. El coche de Mark la esperaba en la puerta. Ella se subió y saludó a Mark con un beso en los labios.

—Llegas temprano —le dijo—. La puntualidad es una cualidad muy atractiva en un hombre.

—Cinco minutos antes de lo previsto. Justo a tiempo —dijo Mark.

Mark era un agente experimentado, pero actualmente estaba de baja por una lesión. Por el momento, le habían asignado un trabajo administrativo, aunque eso no le impidió ayudar a Ella en el campo cuando lo necesitó la última vez. Ahora él vestía su chaqueta del FBI y se había recogido el pelo en una cola de caballo. Era una decisión audaz, pero le quedaba bien.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó—. ¿Has encontrado algo en las cosas de tu padre?

Le gustaba Mark porque la entendía. Tenían los mismos criterios y filosofías a la hora de salvar vidas y hacer justicia, y tampoco estaba mal que tuviera una mandíbula escultural para poder admirar durante horas.

Solo había un aspecto que la preocupaba.

Salieron por la calle principal hacia la autopista. La sede del FBI estaba a cuarenta y cinco minutos, lo que se duplicaban en hora pico.

—Muchas cosas eran inútiles, pero encontré una cosa. Una especie de recibo.

—¿Un recibo? ¿De qué?

—No lo sé exactamente —dijo Ella—. Estaba escrito a mano y solo mencionaba «dinero prestado».

Mark bajó el volumen de la radio.

—Podría ser cualquier cosa. Podría ser un amigo suyo que se estuviera haciendo el quisquilloso después de prestarle diez dólares. O podría ser una broma.

Ella lo consideró.

—Supongo que sí. Pero ¿por qué lo guardaría?

—¿Razones sentimentales? No lo sé. Solo estoy adivinando. Pero ciertamente vale la pena investigarlo.

—Totalmente. Primero voy a intentar buscar huellas. Si no encuentran nada, entonces trataré de comparar la escritura. Y si aún no hay nada...

Mark frenó de golpe cuando otro vehículo se cruzó delante de ellos. Ella se agarró al reposabrazos cuando el coche redujo bruscamente la velocidad hasta casi detenerse.

Se preparó, ya que preveía una reacción por parte de Mark.

—Maldita sea. Por poco —dijo él.

Ella esperó un segundo a que pasara el momento. Si había algo que no entendía de Mark, era su carácter. En su primera cita, Mark había increpado a un cliente del restaurante por haber estado a punto de volcar su bebida. Un inconveniente menor, pero que Mark exageró hasta alcanzar proporciones descomunales. Ella le quitó importancia como algo de una sola vez y Mark se disculpó profusamente, pero desde entonces estaba en alerta con él. En las últimas dos semanas, él había estado bien, pero la preocupación seguía presente.

—Conductores del lunes —dijo Ella—. Típico.

—Corriendo al trabajo para sentarse en un cubículo durante ocho horas.

Ella se encogió de hombros.

—Puede ser. Aunque podría ser médico o algo así.

—Lo dudo. Era una mujer.

Ella se rascó la cabeza. ¿Un intento de humor poco acertado?

—Eso es un poco...

—Es una broma —interrumpió Mark—. Estoy bromeando. Solo trato de distender el ánimo. Estoy un poco preocupado por ti. Con todos tus problemas recientes.

Ella se pensó en una serie de respuestas, y se quedó frustrada. Era demasiado pronto para esto.

—Estoy bien. Solo necesito tiempo para procesar todo, pero aprecio la preocupación.

Se movieron hasta entrar en la autopista. Parecía despejada durante unos cuantos kilómetros, pero sin duda el tráfico empezaría a acercarse a la ciudad.

—¿Qué vas a hacer a partir de ahora? —preguntó Mark—. Sigues trabajando en el campo de vez en cuando, ¿verdad?

—Lo mismo que las dos últimas semanas. Trabajaré en Inteligencia hasta que el director me llame. Si es que me llama. No me ha dicho una palabra desde que Ripley me abandonó. Estoy empezando a pensar que mis días de agente especial han quedado atrás.

—Te retiras en menos de un año, ¿no? Has durado más que algunos.

Ella miró los edificios que pasaban. Paisajes familiares que había visto miles de veces, pero que le proporcionaban un consuelo indescriptible.

—Quiero hacerlo mucho más tiempo. Trabajar detrás de un escritorio no es lo mismo que estar ahí fuera.

Mark bajó la ventanilla y apoyó el codo en el espacio, mantenía la otra mano en el volante.

—Ni me lo digas. Uno siente que está marcando la diferencia cuando está en el medio de la acción, ¿no es así?

—Cien por cien —suspiró Ella—. Ahora solo siento que estoy esperando. Esperando malas noticias, o algo peor. Es una porquería.

—Si quieres ayudarme, puedo hacer una solicitud. Puedes estar un poco más cerca de la acción, pero manteniendo la distancia.

Como si fueras a mirar el escaparate.

Ella lo pensó por un segundo, pero no le gustó la idea. Estaba mejor donde sabía que tenía un trabajo.

—Gracias por la oferta, pero no creo que funcione. Al menos sé lo que hago en Inteligencia. Bueno, creo que lo sé. Todo ha sido un poco confuso últimamente.

—No te preocupes. Las cosas se arreglarán. —Mark se inclinó hacia ella y le acarició el muslo—. El director es un hombre ocupado. Tiene a los gobernadores encima, a los políticos, a los peces gordos del gobierno. ¿Crees que tiene tiempo para una don nadie como tú?

Ella miró a Mark. Lo miró con los ojos entrecerrados y se encontró con los suyos. Él sonrió.

—Es una broma. Vamos. Ya sabes lo que quiero decir.

Ella sacudió la cabeza y se rio.

—Con un sentido del humor así, estás perdiendo el tiempo en la oficina.

Mark asintió.

—¿Crees que sería un buen comediante?

El teléfono de Ella sonó en su bolsillo. Lo sacó.

—Estaba pensando más en director de funeraria. —Se quedó mirando la notificación, se transportó de repente a otro plano de la existencia. Se le detuvo el corazón por un segundo.

Mark se dio cuenta de su cambio.

—¿Problemas? —preguntó.

Ella escuchó sus palabras, pero no las registró. Se le sucedían los pensamientos a gran velocidad y tuvo que bajar la ventanilla para que el aire fresco le despejara la mente.

—Resulta que no está demasiado ocupado para una don nadie como yo.

—¿El director te busca?

Ella leyó el mensaje en voz alta.

«Ven a mi despacho inmediatamente. Tenemos que tener una charla».

## CAPÍTULO DOS

Dentro de las oficinas del FBI, Ella se encontraba frente al despacho del director William Edis. Podía ver su silueta borrosa tras el cristal esmerilado, estaba encorvado sobre su escritorio en una pose de profesionalidad que le provocaba un nuevo nivel de pánico. Llamó a la puerta con la mano temblorosa.

Para entonces, Edis habría tenido tiempo de reflexionar sobre los últimos acontecimientos. Mia ya se lo habría contado todo a Edis, tanto por despecho como por cortesía profesional. Edis debía saber de los encuentros de Ella con Tobias Campbell, pero hacía apenas un mes, Edis le había dado a Ella la opción de ver o no a Campbell. Ella lo había hecho, pero el crimen fue que no se lo informó a sus superiores. Además, contó detalles de las investigaciones en curso al asesino, y sin duda, Edis tendría algo que decir al respecto.

—Adelante —gritó Edis desde detrás de la puerta.

Ella la abrió lentamente y entró.

—Buenos días, señor Edis.

—Señorita Dark. Por favor, siéntese.

Parecía haber perdido unos cuantos kilos desde la última vez que lo había visto. El cuerpo fornido de Edis seguía ocultando la mayor parte de la ventana detrás de su escritorio, pero su cara, normalmente circular, tenía una nueva forma. El rumor que corría por la sede era que se estaba divorciando, así que tal vez eso fuera un efecto secundario. Él se subió las gafas con un dedo y señaló el sillón de cuero contra la pared.

Ella tomó asiento. Se le aceleró el corazón como si tuviera un pájaro atrapado en el pecho, y se preguntó si sería la última vez que vería el interior de esa oficina. Quizá fuera su último día en el FBI. Una carrera de siete años, de analista de Inteligencia a agente especial y terminando como exempleada desprestigiada. Una trayectoria profesional común, pero que nunca se imaginó para sí misma.

Se esforzó por permanecer tranquila. Mantuvo los pies en el suelo y controló su respiración. Tenía una respuesta para todo; solo Dios sabía la cantidad de veces que había ensayado sus argumentos durante las dos últimas semanas.

Edis se sentó en su silla y miró al techo. Respiró profundamente. Ella se preparó.

—Estoy seguro de que sabe de qué se trata —dijo Edis.

Ella asintió. Juntó las manos bajo la barbilla.

—Sí, lo sé, señor.

—La agente Ripley me ha informado de todo. De todo. Así que, no estoy seguro de cómo decir esto.

—Por favor, señor, puedo manejarlo. Sé que he cometido un gran error. Estoy preparada para afrontar las consecuencias.

El director se crujió los nudillos y luego inclinó la cabeza hacia un lado.

—Lo que usted hizo fue una tontería y una irresponsabilidad. La agente Ripley tenía todo el derecho del mundo a suspender su relación de trabajo.

—Entiendo por qué lo hizo —dijo Ella, conteniéndose de alguna manera. Aquello parecía la introducción de un golpe final demoledor. Ella se agarró la pierna para que dejara de temblar. Deseó que Edis acabara de una vez por todas.

—Pero cabe decir que la agente Ripley y yo solemos tener diferencias de opinión. Personalmente, no la culpo a usted por lo que hizo.

Sintió que se le dormía el pánico. No estaba segura de haberlo escuchado bien.

—¿Disculpe? ¿De verdad? —preguntó.

William Edis exhaló una ráfaga de aire por la nariz.

—Usted tuvo una oportunidad; la aprovechó. Sí, me gustaría que hubiera sido un poco más transparente acerca de las cosas. Sé que fue una invitación personal de Campbell, pero dada su historia con la agente Ripley, creo que usted tenía el deber de mantenerla informada. Tenía un deber moral, pero no un deber legal, así que para mí es complicado.

—Señor, lo entiendo, pero la razón por la que no se lo dije a la agente Ripley es porque no quería hacerle daño. Pensé en conocer a Campbell, aprender algunas cosas de él y darlo por terminado. Nada más. No sabía que todo llegaría tan lejos.

—Lo entiendo, señorita Dark. Usted es joven y ávida, y está desesperada por hacer una diferencia. Yo también fui joven y ávido una vez, antes de que el papeleo y la política se adueñaran de mí. Si esto hubiera sido hace treinta años y yo estuviera en su lugar, habría hecho lo mismo. Quizá se lo hubiera dicho a mi compañero, pero habría hecho lo mismo.

El abismo que había bajo ella se hizo más pequeño. Ella se sintió repentinamente abrumada por el alivio.

—Debo decir que no esperaba esa respuesta. Gracias por tener piedad —dijo.

—De nada, pero aún queda el asunto de que haber divulgado información vital sobre una investigación en curso al señor Campbell. Con eso sí tengo un problema.

Aún no estaba fuera de peligro, pensó. Pero se merecía un castigo y estaba dispuesta a aceptarlo.

—Tiene toda la razón, señor. No debería haber hecho eso. Fue imprudente y poco profesional por mi parte. Campbell parecía tener todas las respuestas y yo estaba desesperada. Pero no estoy aquí para poner excusas.

Edis recogió una carpeta marrón y la hojeó. La pegatina de la parte delantera decía que era la carpeta de un caso activo.

—La buena noticia es que, como ese caso ya está resuelto, la información que tiene Tobias no es un verdadero problema. Pero en otras circunstancias, esto supondría una sanción disciplinaria, tal vez incluso una suspensión sin sueldo. ¿Soy claro? No habrá más encuentros secretos con Campbell y no se divulgarán más detalles confidenciales. ¿Entendido?

—Muy claro, señor —dijo Ella—. Le aseguro que no volverá a ocurrir.

—Bien. Ahora, dicho esto, no puedo hablar por la agente Ripley. Como he dicho, ella y yo tenemos nuestras diferencias de opinión, y esta es una de ellas, por lo que le he asignado a usted un nuevo compañero.

Ella se levantó involuntariamente. La frustración le quemaba las extremidades.

—¿Qué? ¿Ella realmente pidió otra persona?

Edis levantó las palmas de las manos.

—Por favor, señorita Dark, siéntese. No es momento para reacciones exageradas.

Ella se frotó las sienes enérgicamente.

—No puedo creerlo. Pensaba que solo hablaba por hablar. Después de todo lo que hemos pasado juntas, todas las veces que no creyó en mis teorías cuando yo tenía razón todo el tiempo, ¿y me abandona?

En el fondo de su mente, Ella esperaba que Mia pidiera un nuevo compañero, pero la realidad de que eso ocurriese realmente le provocó un nuevo nivel de dolor.

—Ripley lo solicitó, Ella. Yo no podía hacer nada.

Eso era todo. Su carrera en el campo llegaba a un final abrupto. Se sentía como si estuviera en una cinta de correr persiguiendo una línea de meta que nunca llegaba.

—Tengo que llamarla —gritó Ella. Sacó su teléfono y marcó el número de Mia. Su historial de llamadas ya mostraba 16 llamadas a Mia en las últimas dos semanas, todas ellas sin respuesta. Algo le decía que esta vez, bajo las brillantes luces del horario de trabajo,

podría hacer que contestara. Salió de nuevo al vestíbulo dejando a Edis solo y dejó de lado toda la profesionalidad en el proceso. Fue impulsada por la emoción. Escuchó el tono de llamada. Dos, tres, cuatro timbres.

Con el teléfono pegado a la oreja, escudriñó la zona, con la esperanza de que por algún milagro apareciera Mia. Había caras que reconocía, pero no había rastro de su excompañera.

La línea se cortó.

No salió el buzón de voz. Su llamada había sido rechazada.

—¿Hola? —dijo una voz—. ¿Ella Dark?

Ella se dio la vuelta y se encontró con un hombre que la miraba fijamente. Tenía la cabeza afeitada y era ligeramente más alto que ella. Llevaba un traje gris con una corbata roja. Tenía ojos marrones intensos, pómulos marcados y un físico delgado.

Ella guardó su teléfono en el bolsillo.

—¿Sí? Soy yo.

El hombre le tendió la mano.

—Soy el agente Byford. Me alegro de conocerle por fin.

Ella repasó los últimos minutos. ¿Se había perdido algo? Nunca había visto a este hombre ni había oído su nombre. Le correspondió el gesto con una mirada confusa.

—Ella Dark. ¿A qué te refieres con que por fin me conoces?

El agente Byford se pasó el maletín de una mano a la otra.

—¿No te han dicho nada?

La puerta detrás de ellos se abrió y Edis asomó la cabeza. Ella se volvió hacia él.

—Señorita Dark —dijo Edis—, este es el agente Nigel Byford. Es su nuevo compañero.

—¿Qué? —dijo Ella, sorprendida—. ¿Nuevo compañero?

—Sí, ahora vuelva a entrar. Hay un nuevo caso del que preocuparse.

Ella paseó la mirada entre Edis y el nuevo agente. Todo parecía una alucinación.

\* \* \*

Ella se sentó en un lado del despacho y Byford en el otro. Ella lo miró de arriba abajo sin hacerlo demasiado evidente. ¿Se esperaba que se lanzara a la carretera con este desconocido? Al menos sabía quién era Mia Ripley de antemano, pero nunca había oído hablar de un Nigel Byford en toda su carrera. ¿Tal vez era nuevo, o ella debía entrenarlo?

—Agente Byford —dijo Edis—, estoy seguro de que ha visto a la señorita Dark por aquí. Seguramente ya habrá oído su nombre.

Byford levantó la vista de su bloc de notas.

—Sí, la he visto. Es un placer conocerla. —Su voz tenía un tono californiano. Suave pero firme.

—Lleva cuatro casos, cuatro casos resueltos, así que lleva una buena trayectoria. Bajo su tutela, esperamos que pueda continuar así.

—Haré todo lo que pueda, señor.

Parecía que ella seguía siendo la aprendiz. Le dolió un poco.

—Señorita Dark, el agente Byford es otro de nuestros veteranos de campo. Lleva con nosotros más tiempo del que puedo recordar.

—Quince años, señor. Y espero poder cumplir quince más.

Ella se preguntó por qué no había oído su nombre antes. Decidió que se ocuparía de eso cuando tuvieran tiempo para charlar.

—Bien. Bueno, lo que tenemos es algo muy extraño —dijo Edis—. Newark, Delaware. Tenemos dos cadáveres. El primero fue asesinado hace tres noches, el segundo anoche. La policía local nos ha llamado debido a la, digamos, extraña naturaleza de los crímenes.

Edis le lanzó una carpeta marrón a cada uno de los agentes. Ella la abrió y hojeó las páginas. Lo primero que le llamó la atención fueron las fotos gráficas de la escena del crimen de la primera víctima. La primera foto mostraba a un hombre de mediana edad

muerto en su asiento, con la garganta acuchillada y el torso empapado de sangre. La siguiente foto era un primer plano del rostro del hombre.

—Oh, Dios mío. ¿Esas son... monedas? —preguntó Ella.

—Sí, lo son —dijo Edis—. Nuestro sudes<sup>[1]</sup> parece tener una firma muy singular.

Ella lo pensó. Si Mia estuviera aquí, diría que poner monedas en los ojos era parte del ritual, no de la firma. Pero lo dejó pasar. Buscó en su banco de memoria a los asesinos en serie históricos que se habían centrado en los ojos y se le ocurrieron dos nombres. Hizo lo mismo con las monedas y no encontró nada.

—Interesante —dijo Byford—. Las monedas podrían ser simbólicas.

Ella dejó que el momento quedara en el aire. Un comentario así necesitaba algo más de explicación. Pero no hubo ninguna.

«Sí, ¿te parece?», pensó.

—Ambos hombres fueron asesinados en sus casas, y ambos tenían una edad similar. El sudes les cortó la garganta y luego les puso monedas en los ojos, *post mortem*. Los equipos locales están ocupándose de la segunda escena del crimen mientras hablamos. También están esperando los informes forenses de la primera. Dark, Byford, ¿alguna idea?

—Ninguna por el momento —intervino Byford—. Solo necesito algo de tiempo para ordenar mis ideas. Hay mucho que asimilar.

Ella tenía muchas ideas, pero no quería exponerlas todas de inmediato. Pero también quería ganar puntos con Edis, dados sus recientes problemas.

—Estas monedas podrían representar varias cosas, pero me preocupa más el método de asesinato.

Byford levantó la vista de su expediente.

—¿Por qué?

—Un solo corte en la garganta y ninguna otra laceración. Sugiere que puede atacar a sus víctimas con precisión o someterlas sin fuerza. Significa que es hábil, astuto y capaz de invadir casas sin ser

detectado. No es un sociópata cualquiera. Nos enfrentamos a un psicópata capaz y organizado, empeñado en enviar algún tipo de mensaje retorcido.

Byford asintió.

—Veo que tendremos mucho de qué hablar.

«¿Qué significaba eso?». A Ella no le había caído bien este nuevo tipo. Nunca creyó en el antiguo refrán sobre las primeras impresiones, pero estaba empezando a hacerlo.

—En efecto, lo tendremos —dijo ella.

—Los necesito a los dos allí pronto —dijo Edis—. La administración ya ha organizado sus vuelos y moteles. Cuando lleguen allí, quiero que se reúnan con la policía local y ellos les informarán. Un crimen como este va a provocar mucho miedo. Eso significa que la prensa se va a ensañar con nosotros, y soy yo quien debe responder a sus preguntas. No hace falta que les explique que necesitamos que este criminal sea capturado ayer.

—Entendido, señor. Estoy en ello —dijo Byford y se volvió hacia Ella—. ¿Nos encontramos en el aeropuerto?

Ella asintió.

—De acuerdo. Nos vemos allí.

Este tipo no le daba demasiada información. ¿Deberían encontrarse en el avión? ¿En la sala de espera? Ella no se lo planteó. Este era un caso que debería resolver ella, pensó. Su oportunidad de demostrar que podía hacer esto sola.

Byford se dirigió a la puerta. Ella recogió su bolso y lo siguió.

—Señorita Dark, ¿podría quedarse un momento? —preguntó Edis.

Ella se dio la vuelta con reticencia.

—Por supuesto, señor. —Se despidió de su nuevo compañero haciendo un gesto con la cabeza y cerró la puerta, se sintió un poco maleducada al hacerlo—. ¿Qué necesita?

La condujo hacia su escritorio y luego se sentó allí.

—Nigel Byford es un agente muy bueno. Es lo que yo llamo un general de campo, así que usted estará en buenas manos en lo que

se refiere a procedimientos y legalidades.

—No tengo ninguna duda. Parece muy sensato.

—Mucho. Pero proviene del sector antiterrorista. Sabe negociar como nadie en situaciones de vida o muerte, pero no tiene la...

—Edis buscó la palabra—. La «perspicacia» que usted podría tener.

—Entiendo —dijo Ella. ¿Edis la estaba preparando para algo? Esta parecía ser una conversación extraña—. ¿Entonces no es un experto en comportamiento?

—No en lo que respecta a las mentes psicopáticas o psicóticas extremas. Entiende las retorcidas mentes de los fundamentalistas mejor que nadie en nuestros equipos, pero los asesinos en serie domésticos son algo relativamente nuevo para él.

—Entiendo. Entonces, ¿debo orientarlo tanto como él me orientará a mí? ¿Es eso lo que quiere decir?

—Un poco. Además, no hace falta que le recuerde que este es su primer caso sin Ripley a su lado. Si regresa victoriosa, ¿quién sabe lo que eso podría suponer para usted?

El pensamiento ya se le había pasado por la cabeza a Ella. Todos sus casos anteriores llevaban el nombre de Mia, así que ella era el centro de atención, la estrella. Si Ella resolvía esto sin la participación de Mia, eso podría ponerla al mismo nivel. Sin mencionar que podría hacer que Mia se pusiera en contacto con ella de nuevo. Tal vez podría ganarse algo del respeto de Mia en el proceso.

—Yo me encargo, señor. Haré todo lo que pueda para cerrar este caso. Tiene mi palabra.

Ella recogió su bolsa y se dirigió directamente al aeropuerto. Estaba de nuevo en acción, y nada se sentía mejor.

## CAPÍTULO TRES

Mia Ripley se encontraba en el interior de un apartamento del último piso de Manhattan. El cuerpo de un hombre joven yacía en un sofá gris de felpa, con dos agujeros abiertos a ambos lados del cráneo. Algunos técnicos forenses revisaban la zona mientras Mia observaba su entorno.

Era un edificio encantador, hogar de banqueros jubilados y jóvenes profesionales en su mayoría. Pero en lugares como ese, o en cualquier complejo de apartamentos lujosos de cualquier gran ciudad, siempre había una constante: el suicidio. Mia recorrió la casa de una sola planta, admirando la decoración, examinando el contenido abandonado. En una mesa de centro, frente al hombre, había un mando a distancia. Junto a él había un vaso de agua y al lado una revista de pesca.

En la mano derecha del hombre había una pistola del calibre 22.

Mia regresó al salón donde los técnicos estaban terminando. Se puso las manos en las caderas y suspiró.

—¿Ideas? —preguntó.

—Los chicos de la ciudad y el suicidio. Nombra un dúo más emblemático —dijo Melissa.

Hasta el momento, Melissa Santos no había aportado muchas ideas. Durante todo el viaje en avión había permanecido en silencio, y miró su teléfono durante buena parte del trayecto. Ahora, parecía desestimar la escena con una simple suposición.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. Mira los arreglos. Tiene agujeros de bala a ambos lados de la cabeza. Este tipo probablemente era un ejecutivo de Wall Street luchando contra el colapso financiero. Esta era su salida.

Mia volvió a mirar hacia la cocina, en una superficie había un cuchillo semicubierto con mantequilla. Se acercó a él, lo examinó y luego comprobó el contenido de la nevera y de los armarios. Las botellas de alcohol, en su mayoría rones caros, estaban alineadas en los estantes. Chocolate y productos azucarados por todas partes. Sobre la superficie de la cocina había un paquete de 200 cigarrillos. Mia volvió al salón e instintivamente miró hacia los enchufes de la habitación, y tras detectar dos, confirmó sus sospechas.

—Dime por qué fue un suicidio —le dijo Mia a Melissa—. Quiero decir, parece bastante evidente, pero tenemos que respaldarlo con pruebas. Y lo que es más importante, dime por qué ha sido el tercer suicidio en Manhattan en una semana.

El suicidio no era contagioso y, en los raros casos en que parecía serlo, siempre había algo más. Si se trataba de un suicidio aislado, no sería necesaria la intervención del FBI. Esta era la primera pista que Mia intentaba hacer comprender a su nueva compañera.

Melissa era una nueva recluta, sacada de la división de Ciberseguridad del FBI. Tenía 25 años, era alta, rubia y, según la opinión de Mia, vestía como una bibliotecaria. Había parecido prometedora y estaba interesada en trabajar en el campo, así que Ripley la eligió para que la acompañara en este nuevo caso.

A las pocas horas, Mia ya se estaba arrepintiendo.

—Hay un arma en su mano —dijo Melissa—. Agujeros de bala en su cabeza. Obviamente está soltero a juzgar por este apartamento. Además, este tipo era un drogadicto. Hay un poco de polvo blanco en la mesa que supongo que es cocaína. Además de restos de marihuana en un cenicero.

—Así que le gustaban las drogas —dijo Mia.

—Se drogó para armarse de valor y luego apretó el gatillo. Pum.  
—Melissa alzó la punta de los dedos como si fuera una pistola y

chasquéó el pulgar. Mia pensó que era un poco de mal gusto, especialmente para una novata.

Mia sacó su teléfono para hacer una foto de la víctima. En su pantalla de inicio vio otra llamada perdida de Ella. ¿Acaso esa mujer no había captado el mensaje? A estas alturas, Ella se habría enterado de la nueva compañera de Mia, y le habría sentado como una patada en las tripas. No era su problema.

Mia no tenía tiempo para compadecerse, y menos teniendo en cuenta todo lo que Ella había hecho. Fue Ella quien provocó toda esta situación y por eso, Mia no podía disculparse ni sentir empatía. Las consecuencias tienen acciones y Ella tenía que aprenderlo por las malas.

Por un momento, Mia se preguntó cómo vería Ella esta escena. ¿Tendría una teoría extravagante? ¿También la calificaría de suicidio? ¿O miraría las pistas, las pruebas, y llegaría a la misma conclusión que Mia?

Mia supuso esto último, pero, de todas formas, Ella ya no estaba en su vida y no la iba a invitar a volver. Mia había convertido a Ella en una agente competente, y eso le había llevado mucho tiempo y dificultades considerables. No podía esperar que Melissa estuviera al mismo nivel en su primer día.

Pero deseaba que Melissa tuviera un poco más de percepción. Tal vez era una cosa de los jóvenes. Primero tenían el privilegio a todo, luego venía el trabajo duro. ¿O simplemente estaba siendo presuntuosa? Mia se aclaró los pensamientos y se concentró en la tarea que tenía entre manos. No iba a decirle a Melissa lo que tenía que buscar, pero decidió orientarla en esa dirección.

—Ponte en el lugar de este hombre —dijo Mia—. ¿En qué estaba pensando cuando lo hizo? ¿Por qué lo hizo aquí? ¿Por qué ahora? ¿Hay algo que falte en este cuadro que no tenga sentido? Une las piezas y observa lo que surge. Puede que te sorprendas.

Melissa tecleó furiosamente algo en su teléfono. Mia miró y vio que le estaba enviando un mensaje de texto a alguien. Melissa se lo

guardó en el bolsillo y volvió a echar un vistazo a la habitación, esta vez se veía un poco perdida.

—¿Estrés? —preguntó Melissa.

—¿De qué? Parece que a este tipo le ha ido bastante bien. Es joven, guapo y tiene éxito. ¿Por qué iba a estar estresado?

Melissa se agachó e inspeccionó el contenido de la mesa. Una revista, agua, el mando de la televisión. Era una escena perfecta. Demasiado perfecta. Levantó las manos en señal de derrota.

—Lo siento, no veo nada fuera de lo normal.

Mia trató de no suspirar de forma audible.

—¿Has oído alguna vez el término puesta en escena? —preguntó.

—Por supuesto. ¿Por qué?

—¿Qué significa?

Melissa parecía confundida.

—Preparar la escena. Hacer que algo se vea bien. Como una vivienda de exhibición.

Mia esperó a que se encendiera la bombilla en la mente de su nueva compañera. Acababa de decir las palabras exactas que buscaba. El silencio se apoderó de la situación y volvieron al punto de partida.

—Santos, los hechos están delante de nosotros. Aquí hay al menos cuatro pruebas que demuestran lo que realmente ocurrió. Fíjate mejor en este cuadro. Hay yuxtaposiciones aquí que se destacan. Es nuestro trabajo encontrarlas.

¿Estaba siendo demasiado dura con ella? Mia pensó en su primer caso con Ella, cuando la chica había visto la verdad inmediatamente. El imitador de Ed Gein. Recordó que Ella había encontrado esa cara desollada en el fondo de un barril donde a nadie se le había ocurrido mirar.

Melissa se paseó por el apartamento, quizás más para dar un cierto efecto que para investigar genuinamente. Mia se dio cuenta de ello. Le dio puntos por intentarlo.

—Lo siento, compañera, no lo veo —dijo Melissa sin un ápice de preocupación—. A mí me parece que todo está muy claro.

—Bien, te diré lo que tienes que mirar. El cuchillo de mantequilla en la cocina, los enchufes en las paredes y las heridas de bala en la cabeza de este tipo. Míralos. Una de estas cosas no es como las otras.

Melissa se movió de un lado a otro entre las cosas que ella había mencionado. Sus movimientos le recordaron a uno de esos robots aspiradores que hacen un giro repentino de 360 grados al chocar con una pared. «Dale tiempo —pensó Mia—. No se puede aprender este trabajo en un día».

Mia se acercó a la ventana gigante que había en el extremo del apartamento. Ofrecía una vista increíble de la ciudad, tanto que la altura a la que se encontraban casi le provocaba ansiedad. Abajo, la gente y los coches se movían como hormigas. Para ella, Nueva York estaba solo un peldaño por debajo de California en cuanto a lugares en los que no quería estar. Miró hacia atrás y encontró a Melissa recorriendo con sus dedos descubiertos las heridas de bala de la víctima.

—Santos. Ten cuidado. Ponte los guantes antes de hacer eso.

—Apenas lo he tocado. No te preocupes.

Mia desestimó el comentario.

—¿Alguna idea ya?

—¿Se supone que debo ver algo más que lo obvio? Porque me está costando.

Mia decidió simplemente explicarle todo. Claramente, Melissa no iba a descubrirlo. Se acercó a la víctima y le señaló la sien derecha.

—¿Ves este agujero? Es más grande que el agujero del lado izquierdo. ¿Qué significa eso?

—Que la bala entró por el lado derecho, ¿no? —dijo Melissa con una sonrisa.

—Sí. La bala entró por la derecha y salió por la izquierda. ¿Qué te dice eso de nuestro hombre?

—Ehh. —Melissa balbuceó—. ¿Que se disparó en la cabeza? —Lo dijo con un tono despreocupado que a Mia no le causó ninguna gracia.

—No, sugiere que nuestra víctima era diestra. ¿Has sostenido alguna vez un arma?

Los ojos de Melissa miraron hacia el techo.

—Unas cuantas veces.

—¿Y con qué mano aprietas el gatillo? Con la mano dominante, ¿no?

—Sí, la derecha.

—Sí, porque apretar el gatillo requiere una buena cantidad de fuerza, sin mencionar que es más fácil apuntar y controlar con la mano dominante. Ahora, mira alrededor de este apartamento. ¿Qué ves?

—Solo... cosas normales. —Melissa se encogió de hombros—. La televisión, la mesa, el reloj. ¿Qué debo buscar?

Mia señaló los dos enchufes de la pared.

—Solo se han utilizado los enchufes de la izquierda. —Le hizo un gesto a Melissa para que la acompañara a la cocina—. ¿Ves este cuchillo? Tiene la mantequilla en el lado derecho, lo que significa que nuestro chico desliza desde la izquierda. No es diestro, es zurdo.

Melissa tardó un momento en atar los cabos.

—Vaya, espera un segundo. ¿Quieres decir que estas dos pequeñas cosas prueban que era zurdo? ¿Y si es una coincidencia? ¿O qué pasa si alguien más untó este cuchillo con mantequilla?

—No, también hay otras cosas. Mira la disposición de la habitación. La gente naturalmente coloca sus posesiones importantes en su lado dominante. Los diestros ponen sus televisores y muebles en el lado derecho de la habitación, los zurdos en el opuesto. Todo este lugar es el apartamento de un zurdo. Y ahora, mira las cosas en la mesa frente a nuestro hombre. La revista y el agua, ambos colocados a su derecha. La herida de bala a la derecha. Ningún zurdo va a disparar con la derecha. No es natural.

Parecía que a Melissa le acababan de revelar los secretos del universo.

—Oh, caray. Eso es increíble. Entonces, ¿dices que no se suicidó?

Mia se alegró de que Melissa por fin conectara los hechos, pero se sintió frustrada por el hecho de que le llevara más de unos minutos.

—No, toda esta escena ha sido montada. Además, está el asunto de las drogas. A juzgar por el olor, lo que ha fumado es hierba sativa. La sativa y la cocaína son las drogas del hombre ocupado. Ayudan a la concentración. Si se iba a suicidar, hubiera tomado algo que lo sedara. Tenía mucho alcohol del que elegir y no lo hizo.

A Melissa se le puso blanco el rostro, como si acabara de escuchar una historia y se le hubiera escapado por completo la moraleja. Mia vio un dejo de vergüenza y de repente se preguntó si no estaba siendo condescendiente. Antes no le hubieran importado esas cosas, pero la novata la había hecho más consciente de sí misma cuando trataba con personas no profesionales.

—Maldita sea. No puedo creer que no haya visto eso. Ni siquiera lo consideré. ¿Crees que fue un asesinato?

—No tengo ninguna duda —dijo Mia—. ¿Agua y una revista de pesca? Este tipo vive de las drogas y el azúcar, y no hay zonas de pesca en kilómetros a la redonda. Este tipo tenía enemigos y tenemos que averiguar quiénes eran.

Melissa se quedó en su sitio, asimilándolo todo. Pero, aun así, Mia no podía ver los engranajes que giraban en su mente. Si fuera Ella, ya tendría una teoría y estaría desesperada por volver a la sede. Melissa parecía una niña perdida en la niebla. Mia le puso la mano en el brazo.

—No pasa nada si no lo has visto enseguida. Aprender estas cosas lleva tiempo, y por eso estoy aquí contigo, ¿de acuerdo?

Melissa le dio las gracias, tomó algunas notas y luego siguió mirando el apartamento. Si había algo de lo que Mia estaba segura, era de que esta nueva compañera no se arriesgaría en nada por el momento. No le ocultaría nada. Mia había aprendido a descifrar a la gente en un tiempo récord a lo largo de sus treinta años en el oficio, y Melissa Santos no era de las que se arriesgan, ni de las que visitan a un antiguo némesis a escondidas de Mia.

No, muy pocas personas tenían las agallas para hacer eso.

## CAPÍTULO CUATRO

Ella y Byford se sentaron juntos en la parte trasera del taxi de camino a la nueva escena del crimen. Habían estado sentados en la clase turista en el vuelo de ida y ni siquiera habían estado sentados juntos. Debía de ser una ventaja de la notoriedad de Mia lo que les había permitido ir en clase ejecutiva en sus vuelos anteriores.

Parecía un hombre bastante correcto, pero a ella le parecía un poco cerrado. Siempre estaba con la cabeza gacha, escondido en su computadora portátil o en el expediente del caso. Dijo que tendrían mucho de qué hablar, pero no se había esforzado hasta ahora.

—Nigel, he oído que eres de la lucha antiterrorista, ¿es así?  
—preguntó Ella.

Byford no levantó la vista. Siguió tecleando en su computadora.

—Lo soy. Pasé más de diez años allí. ¿De dónde vienes tú?

—Fui analista de Inteligencia durante siete años. Bueno, todavía lo soy, técnicamente —dijo Ella.

Byford cerró su pantalla y la miró por primera vez desde que habían llegado a Delaware. Parecía que había captado su atención.

—¿Aún lo eres? ¿No eres agente de campo?

—En realidad, no. Fui un conejillo de indias para el nuevo sistema de reclutamiento. Me sacaron de Inteligencia hace unos seis meses y me asignaron a la agente Ripley. Cuando no hay ningún caso activo, vuelvo a mi antiguo trabajo, pero no he trabajado mucho allí este año, a decir verdad.

Byford entrecerró los ojos como si se estuviera centrando en una pequeña molécula en la frente de Ella.

—Qué raro. Creía que me iban a asociar con un verdadero agente de campo.

Las palabras le dolieron un poco. Ella aceptó el dolor y se sobrepuso a él. Lo dejó pasar. No quería empezar mal con este tipo.

—Tengo cuatro casos resueltos. Todos en los que he trabajado, en realidad. Esperemos que podamos incluir otro en el registro.

—Ya veo —dijo Byford—. Estoy seguro de que la agente Ripley jugó un papel considerable, ¿no?

La frustración aumentó. ¿Este tipo estaba tratando de menospreciarla? Ella mantuvo su serenidad.

—Desde luego que lo hizo. Ambas lo hicimos.

—¿Por qué cesó su relación? —preguntó Byford—. Es extraño separar una dupla exitosa.

Ella consideró la posibilidad de mentir, algo que se estaba convirtiendo en algo habitual en su vida. No, ya había sido suficiente. Fue al grano.

—Discutimos. Hice algo y ella no lo aprobó. Entonces todo fue cuesta abajo.

—Oh. —Byford parecía un poco sorprendido—. Lamento escuchar eso. No preguntaré más.

Ella le dio las gracias a su buena fortuna por no tener que contarle los detalles. Al menos había abordado el tema sin mentir, pensó.

—¿Y qué hay de ti?

—Empecé en balística, luego pasé a terrorismo y estuve diez años. Hace dos años, pasé a un trabajo de campo menos especializado. Trabajé en algunos casos de asesinato, algunos de los cuales todavía están en curso. Ahora estoy haciendo mi primera visita a Delaware.

Menudo currículum, pensó Ella, pero quería saber sobre el hombre, no sobre la carrera.

—¿Por qué dejaste el terrorismo y viniste aquí? ¿Querías perseguir a asesinos en serie? ¿Te interesan?

—No del todo, pero son gajes del oficio. ¿Por qué te eligieron para hacer este trabajo? —preguntó Byford—. No pretendo hacer presunciones, pero no pareces del tipo de agente de campo.

Ella se estaba empezando a preocupar un poco. ¿Este tipo tenía algo contra ella?

—Ripley me eligió porque tengo memoria fotográfica.

Byford miró por la ventana y luego se volvió hacia Ella.

—¿Memoria fotográfica? ¿Cómo ayuda eso?

Ella apretó los labios para evitar decir algo que no debía.

—Porque los asesinos en serie siguen patrones. He memorizado todos y cada uno de los datos de los asesinos en serie. Nombres, fechas, información de las víctimas, metodologías, lugares donde se cometen las muertes. Está todo aquí arriba —dijo y se golpeó la cabeza—. No a propósito, debo admitir. Sucedió por accidente, pero me ha traído hasta aquí.

—Muy interesante. Estoy impresionado —dijo Byford. Sus palabras no coincidían con la expresión que tenía en el rostro. Tal vez no era muy expresivo—. ¿Qué piensas de este caso? —preguntó.

Newark, Delaware, parecía una ciudad acogedora desde su punto de vista. Vio una bonita arquitectura europea y muchas tiendas familiares. No tenía esa sensación de gran ciudad y eso era una ventaja.

—Creo que estamos tratando con un psicópata organizado —dijo Ella—. Creo que nuestro sudes sabe exactamente lo que está haciendo. No comete errores. Tiene un objetivo, y nada le impedirá conseguirlo. ¿Y tú qué crees?

—Estas monedas. No sé qué pensar de ellas. ¿Son un símbolo de problemas de dinero? ¿Tal vez estos hombres estaban en deuda con nuestro asesino? ¿O es algo más siniestro, algo que no tiene sentido para la gente normal?

—Lo resolveremos. La única ventaja que tenemos es que este hombre es organizado, lo que significa que sus pensamientos

también lo son. No es esquizofrénico ni psicótico. Las monedas tienen un significado verificable y comprensible, y haremos hasta lo imposible por descubrirlo.

—¿Han aparecido monedas en otros casos en serie? —preguntó Byford.

—No de la misma manera que este. El más cercano que se me ocurre es el de Daniel LaPlante, un acosador que dejó un rastro de monedas en la casa de una chica para hacerle saber que había estado allí. Los ojos son otra historia. Hay dos grandes asesinos en serie que se centraron en los ojos de sus víctimas. Charles Albright y Andrei Chikatilo. Pero de nuevo, no de esta forma.

—Entonces, estamos descubriendo terreno nuevo —dijo Byford.

—Parece que sí. —El teléfono de Ella zumbó. Lo comprobó y encontró un mensaje de Mark.

«¿Has llegado bien? X».

Ella respondió: «Sí, el águila ha aterrizado. Me han asignado a un tipo llamado Byford. ¿Lo conoces?, x».

En su pantalla de chat, Ella vio que Mark ya estaba escribiendo. Le llegó el mensaje.

«¿A quién? Nunca he oído hablar de él. ¿Qué hace?».

Era el turno de Ella.

«Es bastante agradable, pero parece un poco reservado. Ya veremos. ¿Cómo te va? X».

Ella esperaba otra respuesta rápida, pero no llegó nada. Se quedó mirando la pantalla esperando a que Mark se conectara. Tardó un minuto en responder.

«¿Así que vas a pasar la próxima semana con un tipo? Muy bien. Bueno, diviértete».

¿Había dicho algo malo? ¿Cuál era el problema de Mark? Ella no podía controlar a quién le asignaban como compañero, y no estaba en condiciones de decirle que no al director o de hacer sus propias exigencias. Mark entraría en razón cuando se diera cuenta de que no había peligro de que ocurriera nada. No era como si Byford fuera un joven semental, y aunque lo fuera, ¿acaso Mark no confiaba en ella?

Esperaba que este asunto de los celos fuera algo puntual, pero en realidad, no debería tener que esperar nada.

\* \* \*

Llegaron a su destino poco después del mediodía. Era una calle agradable, escondida de la vista del público, situada entre una pequeña zona boscosa en la parte delantera y un cementerio en la parte trasera. Estaba aislada, pero no lo suficiente como para sugerir que la víctima fue elegida por su soledad.

La cinta amarilla de la escena del crimen bloqueaba el camino hasta la casa. Había un oficial de guardia que analizaba a los recién llegados con una mirada fría. Byford lideró el camino.

—Soy el agente Byford y ella es la agente Dark, somos del FBI —le dijo al oficial—. Nos han llamado para ayudar. —Mostraron sus placas para que las inspeccionaran. El oficial los hizo pasar sin decir nada.

Al final del camino, otro oficial salió de la casa, llevaba una máscara y guantes.

—¿Son ustedes los federales? —preguntó.

—Somos nosotros, señor —dijo Byford—. ¿Y usted es?

—El comisario Hunter, del NDPD, el departamento de policía de Newark, Delaware. Soy el que pidió ayuda. —Se quitó el equipo de protección.

Era un hombre de mediana edad, Ella creía que debía tener unos cincuenta años. Tenía el pelo gris y un físico fuerte que contrastaba con las arrugas de su frente.

—¿Puede explicarnos lo que ha pasado? —preguntó ella.

El comisario Hunter respiró el aire primaveral. Seguramente era un gran alivio después de haber consumido el aroma de la muerte.

—Sí, recibimos la llamada sobre las tres de la mañana. La esposa de la víctima, una encantadora mujer llamada Tessa Loveridge, ella llegó a su casa después de un turno de noche y encontró a su

marido, Jimmy, muerto en su asiento. Ella no se dio cuenta al principio. Pensó que solo estaba durmiendo. Luego intentó despertarlo y vio... todo.

A Ella se le hizo un nudo en el estómago cuando imaginó la escena. Ella también había encontrado a un ser querido muerto en su cama. Sabía que la esposa de la víctima pasaría el resto de su vida reviviendo la escena cada vez que se sintiera vulnerable. Era un mecanismo de defensa natural: sacar la peor pesadilla posible para acallar las demás.

—¿Dónde está la mujer de la víctima ahora? —preguntó Ella. Quería conocerla, pero entendía que no quisiera estar cerca. Probablemente nunca podría volver al lugar.

—Se está quedando con un pariente por ahora. Es mejor dejarla en paz por un tiempo. Seguía en estado de histeria cuando se fue.

—¿La escena del crimen está intacta? —preguntó Byford.

—No. Los picadores ya se llevaron el cuerpo, pero todo lo demás está como estaba. —El comisario se puso un filtro en la boca mientras liaba un cigarrillo.

—¿Los qué? —preguntó Byford.

—Los forenses —dijo Ella.

El comisario Hunter soltó una sonrisa.

—Lo siento. Jerga policial. Ya te acostumbrarás por aquí. Agarren una máscara y guantes del lado y echen un vistazo.

Eso hicieron. Ella entró en la cocina y se puso en el lugar de la mujer. Habría llegado a su casa después del trabajo, cansada, probablemente con ganas de poner los pies en alto. Atravesó la larga cocina y luego entró en la sala de estar. Había un sofá apoyado en una pared y un sillón de un cuerpo al otro lado. Era obvio dónde había tenido lugar el asesinato.

—Santo cielo, eso es mucha sangre —dijo Byford—. Eso significa que la laceración se hizo mientras la víctima estaba viva.

Ella pensó en cómo podría ser posible llevar a cabo tal tarea.

—Así que nuestro asesino se acercó sigilosamente por detrás de Jimmy y le cortó la garganta, todo ello sin que él se moviera.

Byford se frotó la barbilla.

—¿Tal vez Jimmy estaba durmiendo? No sabemos a qué hora fue asesinado. Podría haber sido justo antes de que su mujer llegara a casa de madrugada.

—Es muy posible que así fuera —dijo Ella. Se imaginó a la víctima en su sitio, debería estar sentado tranquilamente, sin saber que había un intruso a poca distancia—. ¿Cómo entró? Esa es la siguiente pregunta. —Ella recorrió la casa y encontró un invernadero justo al lado del salón. Byford fue con ella.

—Parece que ese jardín da al cementerio de la parte de atrás. Podría entrar fácilmente por ahí.

—Estoy de acuerdo. Esa es la ruta que yo tomaría. Podría mantenerse oculto hasta llegar a la puerta. —Ella comprobó la puerta del invernadero que daba al jardín. Estaba abierta.

—Parece que tenemos nuestra respuesta —dijo Byford—. Trágico, realmente.

—Es una verdadera lástima, pero podría haber roto esta puerta. No asumamos que Jimmy y Tessa la dejaron abierta.

—Tenemos que hablar con Tessa y obtener su declaración.

Sonaron unos pasos detrás de ellos y apareció el comisario Hunter. Ella olió el persistente olor a humo rancio.

—Debe haber entrado por la parte de atrás. Esta puerta estaba abierta cuando llegamos. ¿Cuándo aprenderá la gente a cerrar sus puertas?

Ella se abstuvo de asentir. Culpar a la víctima de su descuido era una salida fácil. El comisario levantó una pequeña bolsa de plástico delante de los agentes.

—Quizá quieran echar un vistazo a esto —continuó. Ella la cogió y la acercó a la luz.

—Las monedas de los ojos.

—Sí. Yo no veo nada especial en ellas. Sin embargo, pensé que una mente más brillante que la mía podría percibir algo más.

Dos monedas de plata de 50 centavos, ambas idénticas. La cara de la moneda mostraba el retrato lateral de una imagen muy

familiar.

—¿Es Kennedy? —preguntó Byford.

—Sí ese es Kennedy —dijo el comisario.

«LIBERTAD. EN DIOS CONFIAMOS. 1964».

—¿1964? Esta moneda debe ser de colección —dijo Ella.

—Es una pieza de colección, pero no es exactamente rara. Probablemente puedas conseguirla en Internet por cinco dólares hoy en día.

—¿Ya lo han comprobado? —preguntó Ella.

—Eché un vistazo rápido, pero yo también tuve algunas monedas especiales tiempo atrás. Las Kennedy del año 64 eran comunes como el carbón.

Las monedas estaban oxidadas por la antigüedad. Solo les quedaba un destello de plata.

—¿Podemos hacer que las revisen? ¿Que las taseen? Podría haber algo en ellas que nos diga de dónde son.

—Una vez que las hayan sometido a la toma de huellas dactilares, veré lo que puedo hacer —dijo Hunter.

Ella se imaginó al asesino colocando las monedas en los ojos de Jimmy, incrustándolas con fuerza. El breve parpadeo de luz que desprendían habría dado la impresión de vida, como unos ojos brillantes obligados a contemplar su propia muerte. Se dijo que quizá fuera eso. Un cadáver colocado para parecer vivo, solo para que quien lo encontrara se diera cuenta repentinamente de la funesta verdad. Sin esperanza, no había verdadero desconsuelo.

—¿Qué creen que significan las monedas? —preguntó el comisario Hunter. Ella se las devolvió.

—Ahora mismo, no lo sé, pero voy a averiguarlo.

## CAPÍTULO CINCO

Su nueva oficina en el futuro inmediato era una sala en la comisaría de NDPD en el centro de Newark. Ella ya conocía el proceso bastante bien. El comisario Hunter los guio a través de la planta abierta, donde pasaron por un interminable desorden de escritorios hasta sus salas de la parte trasera. Ella y Byford recibieron varias miradas recelosas en el camino, pero la mayoría de los oficiales les sonrieron y les desearon lo mejor cuando pasaron por allí. En la mayoría de los casos, los oficiales locales estaban contentos de que el FBI se uniera a su investigación porque significaba menos trabajo en general.

Ella instaló su equipo en el despacho gris. La ventana rectangular ofrecía una vista de las calles de Delaware de abajo. Era una distracción, pero era mejor que mirar las paredes en blanco. Byford se instaló frente a ella.

El expediente tenía unas treinta páginas. Ella empezó a leer todo lo referente a la primera víctima.

—Alan Yates, 59 años. Vivía a 13 kilómetros de la segunda víctima —dijo Ella en voz alta—. Todo parece igual aquí. El mismo método de asesinato, el mismo *modus operandi*, la misma firma. Las víctimas incluso eran bastante cercanas en edad también.

Byford se dio un golpecito con el bolígrafo entre los dientes.

—Después de ver esa casa, no parece que Jimmy tuviera problemas de dinero. Parecían bastante acomodados.

—Sí, lo mismo con la primera víctima a juzgar por estas fotos. Su casa parece bastante prolija. ¿Entonces podemos descartar la

posibilidad de una deuda?

—Bueno, no quisiera hacer ninguna suposición, pero parece que sí.

—Estoy de acuerdo —dijo Ella—. Esto es demasiado teatral para que se trate de una deuda. Si quisiera vengarse de esta gente, no los acomodaría tan específicamente. Simplemente se desharía de ellos y terminaría. Su mensaje no va dirigido a las víctimas, sino al resto del mundo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Byford, y entrecerró los ojos.

Ella recordó lo que Edis le dijo sobre el pasado de Byford. Él no era tan bueno para meterse en la cabeza de esta gente.

—Lo que quiero decir es que este sudes no está matando por la razón habitual de los asesinos, que es la gratificación sexual. Si lo hiciera, habría habido más mutilaciones, así que podemos descartar la posibilidad de que sea un sádico. Estos asesinatos son advertencias. Son su manera de mostrarse. Está diciendo «miren lo que puedo hacer, y no pueden detenerme».

—Ya veo. Así que es casi un terrorista doméstico. Incitando el miedo con su propio viaje de poder.

Ella no lo había pensado así.

—Supongo. Buena observación. Esto debería ser algo conocido para ti, entonces.

—¿Qué hacían estos hombres como trabajo? Tal vez haya una conexión allí.

Ella hojeó el archivo.

—La primera víctima se había jubilado. La segunda víctima era un comerciante de antigüedades.

No había mucho que investigar allí. Un callejón sin salida.

El comisario Hunter abrió la puerta de su despacho y asomó la cabeza.

—¿Se han instalado bien?

—Bien, gracias —dijo Byford—. ¿Cómo es la situación del café por aquí?

Ella se rio. Había querido hacer la misma pregunta, pero no quería ser grosera.

—Hay una máquina al final del pasillo, pero cuesta unos cuantos centavos. Y hablando de centavos. —Hunter colocó una pequeña bolsa de plástico sobre la mesa—. Pensé que querrían ver esto. Acabo de recibirlas del laboratorio.

Dentro de la bolsa había dos viejas monedas de bronce oxidadas. Las caras casi habían desaparecido.

—Las hicimos limpiar porque no podíamos distinguir ninguna de las marcas.

—Las monedas de la primera víctima —dijo Ella. Pudo distinguir el número uno, una pequeña inscripción de una hoja y un símbolo indescifrable. Entonces se dio cuenta—. Oh, vaya. ¿Es un kanji? ¿Monedas japonesas?

—Has dado en el clavo —dijo Hunter—. Mil yenes, aparentemente. Esta sí que vale una cantidad considerable en el mundillo de los coleccionistas.

Byford levantó la bolsa y la estudió. Se la acercó a la nariz.

—¿Estoy viendo esto bien? —preguntó—. ¿O mis ojos me están jugando una mala pasada debido a mi vejez?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Hunter.

Byford pasó el dedo por una inscripción en el borde de la moneda.

—El año. Es el mismo que el de las otras monedas.

Hunter la tomó.

—Bueno, por todos los santos. Tienes razón.

—¿Es de 1964? —preguntó Ella.

—Sí. Supongo que no pudimos verlo porque estaban increíblemente oxidadas.

Una conexión. Un año. ¿Pero qué significaba? Lo primero que pensó Ella fue cómo podrían utilizarlo para encontrar a este sudes.

—¿Qué crees que significa? —preguntó el comisario.

—¿Y si es de la misma colección? ¿Alguien que colecciona monedas de este año? —dijo Byford.

El comisario se rascó la barba.

—Hay que tener cuidado. 1964 fue un gran año para las monedas. Debió de haber un millón de monedas nuevas ese año porque fue un año olímpico.

De todas formas, era algo, se dijo Ella.

—¿Los dos cuerpos están en el forense ahora? —preguntó.

—Sí, ¿quieres ir?

—Por favor —dijo Ella—. Hay algo que necesito ver.

\* \* \*

Hace años, Ella se habría puesto nerviosa al ver cuerpos descompuestos de cerca, pero ahora ya había visto suficientes cadáveres como para una vida entera.

La oficina del forense de Newark estaba situada dentro del hospital de la ciudad. Los dos agentes entraron en el hospital por una puerta trasera de incendios que conducía casi directamente a la sala de autopsias restringida. Bajaron una escalera de caracol y esperaron fuera de la entrada de acero hasta que se les permitió el acceso.

—¿Qué es lo que quieres ver? —preguntó Byford.

—Unas cuantas cosas. Un asesino como este querría pasar mucho tiempo con sus víctimas, idealmente mientras estuvieran vivas. Querría saborearlas durante el mayor tiempo posible. Me cuesta creer que entrara y saliera en pocos minutos.

Byford se volvió hacia ella, como para incitarla a continuar. Ella se dio cuenta de que no había respondido a su pregunta.

—Quiero ver si hay algo que hayamos pasado por alto. Como tal vez una señal de lucha, o heridas adicionales que podríamos haber ignorado. Todo ayuda a pintar un cuadro de su personalidad y sus motivaciones.

Un zumbido ensordecedor les anunció que podían entrar en la sala de autopsias. Ella entró empujando la puerta, mientras ajustaba

la vista a las pesadas luces fluorescentes del techo.

El técnico enmascarado se asomó desde su mesa médica, vestido de pies a cabeza con un traje blanco sucio. Frente a él, los mismos cuerpos desmembrados que Ella había visto en las fotos yacían en dos camillas de acero. Ya no representaban figuras humanas, en su lugar, se encontraban alineados uno al lado del otro en una prolija hilera, juntos en la muerte. Ella pensó en sus pobres seres queridos y en cómo recordarían a estos hombres para siempre de esta manera.

—Bienvenidos, compañeros —anunció el forense—. Soy el doctor Sharp. Quizá quieran ponerse unas mascarillas quirúrgicas antes de acercarse. No huelen muy bien.

Ella y Byford obedecieron, y sacaron dos mascarillas y dos pares de guantes de una caja que había en la mesa a su lado.

—¿Puede hablarnos de lo que ha encontrado? —preguntó Ella, con la esperanza de que hubiera alguna novedad reciente.

El doctor Sharp cogió un puntero quirúrgico y se puso unas gafas. Era un hombre joven, Ella creía que apenas debía pasar los 30 años. Era raro ver a alguien tan joven en esta profesión. Un joven en un juego de viejos. Cómo progresa el mundo.

—Alan Yates, 59 años —dijo el doctor Sharp. Apuntó la herramienta a la incisión en el cuello de la víctima—. Esta incisión fue la causa de la muerte, como probablemente puedan adivinar. Encontré rastros de acero templado a lo largo de la herida, lo que significa que fue hecha con un cuchillo de carbono estándar. Nada específico.

Ella maldijo. Esa era una pista que no podían seguir.

El doctor Sharp se acercó a Jimmy Loveridge. Señaló el mismo lugar.

—Esta incisión es casi idéntica. La misma profundidad, la misma fuerza aplicada, la misma arma. Es raro encontrar dos heridas tan similares. Normalmente, hay factores incontrolables que determinan las diferencias, pero este tipo sabía lo que hacía.

—¿Las víctimas estaban conscientes cuando fueron asesinadas? —preguntó Byford.

—Es difícil de afirmar. Porque habrían tardado unos segundos en desmayarse, se habrían despertado si estaban durmiendo. Pero para conseguir cortes precisos como estos, yo diría que pudo dedicar unos segundos a encontrar el lugar adecuado. Si me gustara apostar, diría que estaban durmiendo cuando los encontró.

Ella inspeccionó los cuerpos de arriba a abajo. La piel de Alan Yates se había descolorido hasta alcanzar un color amarillo enfermizo y se le empezaban a formar manchas. Los ojos muertos miraban al techo pintado de verde. Ella comprobó las muñecas y los pies, pero solo encontró piel putrefacta. Aquel temor visceral volvió a recorrerle las venas, el mismo que aparecía cada vez que se le presentaban especímenes de finales prematuros. La fragilidad de la vida, pensó. Agradecía la sensación, porque incluso en este entorno sombrío, la hacía sentir humana. Nunca quiso llegar al punto de no sentir nada al ver restos humanos, y no le estaba pasando, al menos no todavía.

—¿Había marcas de ataduras? —preguntó Ella.

—Ninguna. Las únicas marcas fueron estas heridas en el cuello. Lo siento.

—¿Ha comprobado el interior del cuerpo? —preguntó Ella—. Sé que es una pregunta extraña.

El doctor Sharp se rio.

—Está bien, y sí, lo hice. Revisé el interior en busca de algún objeto extraño y no había nada dentro. Ninguna moneda, si es lo que está pensando.

Ella sintió una repentina náusea. Algo le decía que había más en esos cuerpos de lo que mostraban las fotos de la escena del crimen, pero al final resultó que no era así. La decepción le llegó con fuerza. Quizá no conocía a este asesino tan bien como creía.

—¿Qué hay de los ojos? —preguntó Byford—. ¿Hay algo que destacar ahí?

El doctor Sharp negó con la cabeza.

—Me enteré de lo de las monedas, pero las quitaron antes de que me llegaran los cuerpos. Encontré ligeros rastros de níquel y plata alrededor de los ojos, así que lo más probable es que el asesino las haya metido ahí a la fuerza.

Ella sintió que habían llegado a un callejón sin salida. Aquí no había nada con que seguir. Pensó en qué hacer a continuación, pero no se le ocurrió ninguna nueva posibilidad que explorar. Hizo algunas anotaciones en su libreta.

—Gracias, doctor. Ha sido de gran ayuda.

El doctor Sharp cubrió ambos cuerpos con sábanas.

—Yo lo conocía, ¿saben?

Ella levantó la mirada de sus notas.

—¿Usted lo conocía?

—Sí, a Alan Yates. Era un hombre popular por aquí.

Ella sintió algo. Como si esto pudiese abrir una nueva posibilidad.

—¿Lo era? ¿Por qué?

—Un gran filántropo. El tipo tenía mucho dinero. Donó una parte al hospital si no recuerdo mal.

—Oh, no lo sabía. Esto debe ser doblemente difícil para usted entonces.

—Es difícil, no voy a mentir. También es bastante irónico. Lo de las monedas.

Ella y Byford cruzaron una mirada.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ella.

El doctor Sharp tuvo una repentina expresión de duda, como dudando si no debiera haber abierto la boca.

—Lo siento, no quería decir eso. No es irónico. Solo... raro.

—¿Qué tiene de raro? ¿Porque tenía dinero? —preguntó Byford.

—No. Bueno, más o menos. Quiero decir por su antiguo trabajo.

—¿Trabajo? —preguntó Ella. De repente se dio cuenta de que el expediente no mencionaba a qué se dedicaba Alan Yates antes de jubilarse.

—Sí, se jubiló muy joven porque ya no necesitaba trabajar, pero antes de eso era un gran banquero.

Ahí estaba la conexión, el vínculo que ella necesitaba con desesperación.

—Dios mío, ¿en serio? Sus notas no mencionaban eso. —Ella observó a Byford—. Un banquero y un anticuario, abandonados con monedas viejas en los ojos. Eso no puede ser una coincidencia.

Sintió el primer subidón de adrenalina real. Por eso le encantaba trabajar en el campo. Estaba derribando las paredes y metiéndose en la cabeza de este asesino. Byford no parecía tan emocionado como ella.

—Ha sido de gran ayuda, doctor. Si se le ocurre algo más, háganoslo saber.

Al salir, Ella le explicó sus pensamientos a su nuevo compañero.

—¿Ves el enlace? —le preguntó—. Es enorme.

Byford se encogió de hombros.

—No lo sé. Es tenue, sin mencionar que significa que nuestra última teoría estaba equivocada.

Ella creía que necesitaban hablar con alguien cercano a las víctimas. Alan no tenía ningún familiar cercano en la zona, así que solo quedaba una persona en la mira: la esposa de Jimmy Loveridge. Si podían indagar en la vida de Jimmy y encontrar a alguien vinculado tanto a Jimmy como a Alan, tenían una oportunidad de encontrar a su sudes.

—Sí, es cierto, pero eso es lo que pasa. Estos no fueron ataques al azar. Fueron dirigidos. Creo que nuestro asesino está sacrificando a estos hombres. Vamos, tenemos que hablar con la esposa de Jimmy.

## CAPÍTULO SEIS

**S**i estas víctimas eran el objetivo, Ella necesitaba saber más sobre ellos. Byford condujo y Ella fue en el asiento del acompañante. Fueron directamente desde la oficina del forense hasta Pike Creek, a unos diecinueve kilómetros de distancia.

La dirección correspondía a una casa de una sola planta justo al lado de la calle Cherry, una placa en la pared la identificaba como la Casa Orchard. Junto a ella, decía «entrada al 109 por la parte de atrás». Era la casa de la hermana de Tessa, donde se alojaba por el momento.

Los agentes siguieron el camino de piedra hasta la parte trasera y abrieron la puerta. Ella buscó un timbre, pero no lo encontró. Golpeó la puerta y esperó. Por detrás del cristal esmerilado apareció una figura borrosa.

—¿Quién es? —preguntó la mancha borrosa.

—Buenos días, somos del FBI. ¿Podríamos hablar con Tessa Loveridge?

Ella vio la reticencia de la figura a través de la difusa barrera. La puerta se abrió y quedaron frente a frente con una mujer de mediana edad, con un pelo gris que le enmarcaba el rostro sencillo.

—Hola, ¿usted es Tessa? —preguntó Byford.

—No. Soy su hermana. ¿Realmente debían venir tan pronto?

—Tenemos que hablar con ella. Es una cuestión urgente —dijo Byford. El comentario tomó a Ella por sorpresa. Muy brusco, pensó.

—Lamentamos tener que estar aquí —intervino Ella—, pero nuestras mejores posibilidades de atrapar a quien ha hecho esto

están en manos de Tessa. No queremos faltarle el respeto a nadie por haber venido tan pronto.

La mujer suspiró y se apartó del camino. Invitó a los agentes a pasar a su casa. Ingresaron en un pasillo alfombrado que tenía una sala de estar a su derecha.

—Tessa, tienes visitas —dijo la mujer. Señaló hacia la habitación delantera y los agentes siguieron su señal. Ella entró y encontró a una mujer acurrucada en un sofá marrón. Por las mejillas le corrían lágrimas que le arrastraban el maquillaje por la cara. Una taza de café estaba sobre la mesa a su lado, pero a juzgar por su aspecto, parecía estar muy fría.

—Tessa, soy la agente Dark y este es el agente Byford. Somos del FBI. ¿Estaría dispuesta a hablar con nosotros durante cinco minutos? Le prometemos que no la retendremos mucho tiempo.

Tessa tenía una melena castaña que le llegaba hasta los hombros y una figura que había pasado mucho tiempo en el gimnasio. Parecía estar en plena forma física, pero la situación emocional era diferente. Asintió con la cabeza sin siquiera mirar a los agentes.

—De acuerdo —dijo.

Ella y Byford se sentaron en un sofá de dos plazas al otro lado de la habitación. Tessa se enderezó lentamente, apagó el televisor y se recogió el pelo.

—Lo siento. Me veo desastrosa.

—Por favor, no se disculpe. Luce bien.

—Sí, claro. —Tessa lloriqueó y se limpió la nariz. La parte inferior de sus ojos estaba en carne viva—. ¿Qué quieren saber?

—¿Podría hablarnos de lo que pasó anoche? —preguntó Ella.

Tessa se tomó un momento para serenarse. Mantuvo la mirada en el suelo mientras hablaba.

—Llegué a casa del trabajo sobre las dos y media de la mañana. Turno de noche. Soy enfermera en el hospital. Cuando entré, pasé junto a Jim en su silla. Las luces estaban apagadas, así que supuse que se había quedado dormido frente al televisor.

—Muy bien. ¿Entonces qué? —preguntó Byford. A Ella ya le estaba empezando a molestar su tono impetuoso.

—Subí a cambiarme y encontré un insecto en el baño. Fui a buscar a Jim para matarlo, y fue entonces cuando me di cuenta de que había... muerto. —Tessa se secó los ojos mientras le brotaban nuevas lágrimas.

—No puedo imaginar lo difícil que debe haber sido eso. Lo sentimos mucho —dijo Ella, mostrando empatía antes de que Byford espetara algo brusco.

—Fue algo infernal. No puedo creerlo. Creo que entré en *shock*. Llamé a la policía y salí corriendo a la calle.

Ella sabía que lo primero que Tessa debería haber pensado en ese momento era que el asesino aún podía estar en la casa. Mucha gente no quería admitirlo, pero era propio de la naturaleza humana preocuparse por ser el siguiente en la fila.

—¿Qué puede decirnos de su marido? Parecía ser un buen hombre.

—El mejor —asintió Tessa—. Cuando llegué a casa, no había sacado la basura y recuerdo que me enfadé con él. Dios, me siento como una tonta. Ahora, nunca más podré enfadarme con él. —Las palabras de Tessa estaban interrumpidas por sollozos. Se llevó las manos a la cara. Ella se levantó de su asiento y se sentó a su lado. Era una reacción esperada por su parte y Tessa necesitaba saber que estaba bien desahogarse.

—Jimmy parecía un gran tipo, y ustedes tuvieron muchos años felices juntos. Créame, cuando se encuentre mejor solo recordará los buenos momentos. Yo misma he pasado por eso. —Ella le acarició el brazo a Tessa.

—¿Te ha pasado? —preguntó Tessa a través de la mano que la cubría.

—Sí. Cuando era una niña, encontré a mi padre muerto en su cama. No voy a mentir, fue la peor noche de mi vida, pero ahora estoy agradecida de haber podido pasar unos años con él antes de que muriera. Muy pronto, usted pensará lo mismo.

Tessa se recuperó. Se limpió la cara con la manga de su bata.

—Eso es horrible. Pero sabes cómo me siento.

Ella miró a Byford. Parecía increíblemente incómodo. Supuso que la empatía no era su fuerte.

—Va a ser duro durante un tiempo, pero tiene gente a su alrededor. Aún tendrá que luchar con ello, probablemente durante el resto de su vida, pero se hará más fácil. Y si alguien le dice que sea fuerte, díglele que no se meta porque puede llorar todo lo que quiera, cuando quiera, ¿de acuerdo? —Ella creyó que Tessa sonreía, pero era difícil saberlo.

—Gracias. Es bueno saber que no estoy sola.

Ella se quedó quieta.

—No lo está. Y si nos dice todo lo que necesitamos saber, atraparemos al desgraciado que le hizo esto a Jimmy. Lo prometemos.

Tessa extendió la mano y bebió de su café frío. Eso pareció animarla.

—No hay mucho que contar. Es un hombre sencillo. Se dedica a la venta de antigüedades desde que era un adolescente. Si es algo viejo y oxidado, él lo venderá —sonrió.

—Un auténtico feriante —dijo Ella, rezando para que Tessa no se ofendiera.

—Oh, sí. Un feriante hasta los huesos.

—¿Cómo iba su negocio? —preguntó Byford desde el otro lado de la habitación. Tessa lo miró.

—Iba bien. Lo que pasa con las antigüedades es que solo hace falta vender unas pocas para ganar un buen dinero. Algunos de esos cachivaches llegaron a valer miles de dólares.

—¿Jimmy tenía algún enemigo en su oficio? ¿Tal vez competidores?

Tessa lo pensó durante un segundo. Empezó a negar con la cabeza.

—La verdad es que no. Hay muy pocos anticuarios. Tuvo algunos problemas con algunas casas de empeño, y tuvo algunos clientes

locos, pero nadie que pudiera matarlo. Jim era un hombre respetado.

—¿Cuál fue su problema con las casas de empeño? —preguntó Ella.

—En realidad fue solo con una casa de empeño. Ases & Ochos en la calle principal. A veces Jimmy y el dueño tenían discusiones, pero eran cosas menores. En realidad, eran amigos.

No parecía probable, pero valía la pena considerarlo, se dijo Ella. Además, estaba el vínculo del dinero. Ella sacó su teléfono y mostró unas cuantas fotos.

—Por favor, no piense que esto es insensible, pero ¿su marido ha comerciado alguna vez con este tipo de monedas? —Ella le mostró a Tessa las monedas sacadas de los ojos de Alan y Jimmy.

Tessa las miró y luego volvió a mirar al suelo.

—No. Las monedas no son lo suyo. Se dedica a los muebles, los adornos, los relojes y algunas cosas religiosas raras. Uno de sus viejos chistes era «no hay dinero en las monedas».

Ella no estaba segura de haber oído bien a Tessa. De repente, sus pensamientos se dirigieron a un camino oscuro, y por un momento se vio transportada a un mundo diferente. Allí, estos asesinatos adquirirían un matiz mucho más siniestro.

—¿El nombre de Alan Yates le suena conocido? —Byford intervino antes de que Ella pudiera hablar primero.

Tessa se limpió la nariz.

—No, lo siento. ¿Quién es él?

—Otra víctima de este sudés —dijo Byford.

—¿Sud-qué? ¿Qué es eso?

—Sudes. Significa sujeto desconocido.

—¿Quiere decir que Jim no fue el único?

Ella se sorprendió de que Tessa aún no se hubiera enterado.

—No. Otro caballero fue asesinado tres días antes que su marido —dijo—. Se trata de un caso en serie.

El anuncio le provocó a Tessa un nuevo temor. De repente se apretó contra el brazo del sofá.

—¿Un asesino en serie? ¿En este pueblo? ¿Y si lo próximo que hace es perseguirme a mí?

Si Mia estuviera allí, le dirigiría una mirada severa ahora mismo. Siempre la regañaba por revelar detalles que no debía.

—No vendrá a buscarla. Está a salvo aquí.

—¿Cómo sabes eso? —dijo Tessa—. No sabes quién es ese tipo. Podría ser cualquiera. ¿Qué voy a hacer, viviré aquí para siempre?

—Los asesinos en serie no funcionan así. Su marido fue elegido al azar. No se trata de nadie en particular. —Ella no estaba segura de si estaba diciendo la verdad o no, pero ahora mismo Tessa necesitaba consuelo más que nada.

—Bueno, qué tonta soy. Discúlpame por no saberlo.

—Lo siento, solo trato de decirle que estará bien.

—¿Bien? —gritó Tessa—. ¿Estás loca? Mi marido fue asesinado en mi casa, ¿y crees que voy a estar bien?

Ella sintió que la situación se salía de control. Tessa se estaba poniendo histérica. Era comprensible, pero a la larga solo la haría sentir peor. Ella no quería eso. Tessa se levantó de la silla de un salto.

—Llevo un día como viuda y vienen aquí a hacerme preguntas, ¿por qué no...?

Byford saltó de su asiento y se interpuso entre Ella y Tessa. Le tomó la mano a Tessa.

—Señora Loveridge, mi compañera no lo dijo con mal intención. Comprenderá que a veces nos resulta difícil abordar estas conversaciones. —Tessa le apartó el brazo a Byford. Él levantó las palmas de las manos hacia ella—. Por favor, estamos aquí para hacer un trabajo. Uno ingrato, desde luego.

Tessa retrocedió hasta la pared del fondo. Se dejó caer en una posición sentada y las lágrimas volvieron a aparecer.

—Lo siento —sollozó—. He perdido al único hombre con el que he estado. No sé qué hacer.

Pobre mujer, se dijo Ella para sus adentros. Por más difícil que fuera para los investigadores, era un millón de veces más difícil para

las familias de las víctimas.

—No debe hacer nada —dijo Byford—. Solo siga adelante. Siéntese en silencio durante horas. Llore todo lo que tengan que llorar. Mire las fotos viejas. Que no esté aquí en carne y hueso no significa que no esté vivo en sus recuerdos.

Ella casi no podía creer que esas palabras provinieran de Byford. Solo lo conocía desde hacía un día, pero no lo creía capaz de mostrar tal emoción.

—Tienes razón. Perdóname. No era mi intención reaccionar así —dijo Tessa. Se puso en pie y se sentó junto a Ella—. Gracias por las palabras de ánimo. A los dos.

Byford extendió la mano y se la estrechó.

—Si se le ocurre algo más que pueda ayudarnos, póngase en contacto con nosotros en la comisaría de policía.

—Lo haré. Por favor, encuentren al que hizo esto.

—Estamos haciendo todo lo posible, señora, y su información ciertamente nos ayudará.

Ella siguió a Byford por la puerta, despidiéndose de Tessa y su hermana en el camino. Se dirigieron al coche en silencio.

—Una difícil —dijo Byford.

Ella encendió el motor. Las entrevistas de este tipo siempre eran surrealistas.

—Gracias por intervenir —dijo ella.

—Para eso están los compañeros. ¿Tenemos algún familiar que entrevistar del lado de la primera víctima?

Salieron del camino de entrada y volvieron a la carretera.

—No. Alan Yates vivía solo. Un vecino lo encontró.

—Así que supongo que hay que volver a la investigación.

—Sí, pero hay algo que quiero comprobar. Vayamos a la comisaría.

## CAPÍTULO SIETE

Los sentimientos inundaron a Ella, sensaciones que crecieron exponencialmente. Se paseó por su despacho como un animal enjaulado. Byford la ignoró mientras tecleaba en su computadora portátil. En este momento, Mia la habría presionado para que soltara sus teorías. Lo que necesitaba en ese momento era otra mente con la que intercambiar ideas, darles forma y moldearlas en planes factibles. Ansiaba el oído de un experto para filtrar sus confusos pensamientos, pero Byford no parecía nada interesado.

Pero, no podía sentirse demasiado frustrada con él. La había salvado de una mujer histérica hacía unas horas.

Comenzó a escribir en la pizarra, pero sus pensamientos se desviaron demasiado como para hacer anotaciones coherentes.

—Ella, ¿qué pasa? —preguntó Byford, finalmente. Por fin, una invitación para exponerle sus ideas.

—¿Oíste lo que Tessa dijo que su marido vendía en su tienda? Cosas religiosas raras.

—Sí, ¿y?

—Revisé la tienda en línea y encontré de lo que hablaba. Mira esto. —Dio la vuelta a su computadora portátil para mostrar una fila de estatuas en miniatura. Una era una mano a la que le faltaban dos dedos, otra era una especie de monstruo demoníaco, otra era un feto deforme.

—No es algo que asociaría con las antigüedades, pero estoy seguro de que alguien las compraría —dijo Byford.

—No son cosas religiosas; son reliquias del ocultismo —dijo Ella  
—. ¿Y si estamos analizando mal todo esto?

—¿Mal cómo?

—He estado pensando en lo raro que es que un asesino en serie deje a sabiendas algo en la escena del crimen. Aparte de los artículos de utilidad, como las armas homicidas, es prácticamente inaudito. Dejar algo atrás solo le da a la policía más pruebas con las que trabajar, así que estas monedas deben ser la parte más importante de su ritual.

Byford se recostó en su silla.

—Bien, pero ¿qué tiene que ver esto con las reliquias religiosas?

—Porque muchos de los asesinos en serie que dejaron objetos físicos estaban motivados por la religión, el satanismo, las creencias ocultas. Había un tipo llamado Luke Woodham, un supuesto satanista que dejó cuernos de cabra. Estaba Michael Hardman que dejó biblias rotas. Michael Kelly, que dejó máscaras. Podría seguir.

Byford parecía impresionado.

—¿Así que crees que esto tiene que ver con qué, con el satanismo?

—No, no exactamente eso. Pero las monedas tienen una larga historia con las creencias ocultas. He estado leyendo sobre ello desde que volvimos. ¿Has oído hablar del Óbolo de Caronte? Es una antigua práctica griega en la que la gente solía poner monedas sobre los ojos de los muertos para que se las llevaran al inframundo. Los antiguos egipcios solían poner monedas sobre los ojos de los muertos para protegerlos de los horrores del más allá. Está todo ahí.

—Entonces, ¿por qué lo hace este tipo?

Ella se frustró de nuevo.

—No lo sé, pero es una coincidencia demasiado grande como para ignorarla. También hay un montón de religiones ocultas que hacen cosas similares. Una iglesia llamada «El Juicio Final» momificaba a sus muertos con monedas en las manos para que pudieran pagar algo llamado el peaje del barquero en el más allá.

—Ella, no lo sé. Suena muy rebuscado. ¿No podría ser simplemente que este sudes es un psicópata con una visión del mundo retorcida? ¿O tal vez solo esté loco? Todo esto suena demasiado específico.

Ella se dejó caer en su silla, las teorías le quemaban el cerebro. Había demasiadas como para centrarse en una sola y ese era el problema. No sabía por dónde empezar, y no podía consumir todo lo que necesitaba saber sobre estas extrañas prácticas por su cuenta. Y lo que era peor, Byford no parecía dispuesto a considerar esta idea en absoluto.

Mia lo habría hecho.

—Entonces, ¿qué sugieres que hagamos? Porque no veo muchas pistas aquí.

—Yo tampoco —dijo Byford—, y tus extravagantes afirmaciones tampoco producen ninguna pista. Todo esto son conjeturas. Incluso aunque esté haciendo algo parecido a lo que dices, ¿cómo nos ayuda a encontrarlo?

Ella no podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Cómo nos ayuda a encontrarlo? Hay cientos de maneras en que esto podría ayudarnos a encontrarlo. Podríamos buscar a otros practicantes de estas religiones en la zona. Podríamos tratar de encontrar su presencia en línea en un foro de la comunidad. Podríamos rastrear más víctimas potenciales.

Byford se levantó tanta fuerza como para empujar su silla hacia atrás al hacerlo.

—Entonces hazlo, pero yo creo que es una pérdida de tiempo.

—¿Una pérdida de tiempo? —dijo Ella—. ¿Para ayudar a salvar vidas?

—Estoy a favor de salvar vidas, pero no me gustan las especulaciones. Tenemos que basarnos en las pruebas.

—¿Y qué pruebas tenemos? Ambas víctimas tenían una tenue conexión con las monedas. Antigüedades y dinero. Eso es todo. Casi cualquiera que trabaje en estos campos podría ser un objetivo potencial. Son demasiadas personas. Tenemos que reducirlo.

A Ella no le gustaba esto. Se sentía como si estuvieran en dos extremos opuestos sobre el tema. Cuando discutía con Mia, siempre era por el bien del caso. Byford parecía no querer profundizar más allá de la superficie.

—Siempre puedes sugerir algo —dijo Ella, con la voz un poco más ronca de lo que había previsto.

—Lo haré —dijo Byford mientras se dirigía a la puerta—. Voy a buscar una bebida y despejar mi cabeza porque la has llenado de tonterías. Luego volveré para hacer un verdadero trabajo de detective en lugar de hacer conjeturas descabelladas.

Él salió de la habitación y dio un portazo al hacerlo.

Ella se quedó mirando la puerta gris, anonadada. ¿De verdad su compañero la había abandonado? ¿Todo por intentar avanzar en la investigación de un asesinato?

Se echó el pelo hacia atrás y luego se frotó el rostro para tratar de sacarse la incredulidad. Lo último que necesitaba ahora era más conflicto. Volvió a hundir la cabeza en sus apuntes, pero las palabras de la página solo pasaban rozando sus pupilas, y no pasaban de los ojos hasta el cerebro. No podía concentrarse. Le empezaron a sudar las palmas de las manos y, de repente, anheló tener otra alma en la que confiar, aunque solo fuera para hablar de algo mundano. De cualquier cosa. Solo quería saber que alguien estaba de su lado.

Mark fue el primer nombre que le vino a la cabeza, pero no quería lidiar con su paranoia ahora mismo.

¿Había alguien más?

Una persona, pensó. Una persona que podía ayudarla. La única compañera que siempre sabía exactamente qué decir para resolver las cosas.

Ella sacó su teléfono y encontró su lista de llamadas recientes. Probablemente el teléfono volvería a sonar sin respuesta, pero tenía que intentarlo. Volvió a marcar el móvil de Mia.

«Por favor, contesta —pensó—. Por el amor de Dios, te necesito».

\* \* \*

Mia Ripley estaba sentada sola en un bar de Manhattan después de dejar a Melissa en la comisaría local. Necesitaba alejarse de ella y despejarse. Llevaba tres semanas sin beber, así que bebía lo que ella llamaba un *whisky* virgen con Coca-Cola. No era del todo bueno, pero era mejor que nada.

Su teléfono sonó en la mesa frente a ella y, por lo que parecía ser la millonésima vez en la semana, el nombre de Ella apareció en la pantalla.

—Novata, tienes que dejarme en paz —dijo en voz alta—. Hemos terminado.

¿Pero qué pasaría si respondía? ¿Ella se disculparía desconsoladamente como solía hacer? ¿Intentaría justificarse por lo que hizo? ¿O buscaba algo más?

Mia no podía negar las capacidades de la novata. Era una compañera fantástica, aunque fuera un poco imprudente. Pero todos sus compañeros tenían sus defectos. ¿Acaso su primer compañero no se drogaba cada vez que estaban juntos? ¿Acaso aquella mujer rara con la que la emparejaron en 2006 no había intentado acostarse con su hijo? Sí, todos eran imperfectos, pero ninguno le ocultó auténticos secretos. Ninguno de ellos conversaba con el hombre que le provocaba pesadillas y dudas paralizantes. El hombre que le quitó todo y la hizo cuestionarse sus propias capacidades.

Era un acto imperdonable. No había vuelta atrás.

Mia ya había oído hablar del caso en serie en Delaware, y sabía que se lo habían asignado a Ella y a su nuevo compañero. Un dúo extraño, pensó, y seguramente Byford ya la estaría sacando de quicio. Mia tenía sus propias ideas sobre el caso, aunque había que admitir que se basaban en hechos escasos y nada más. Las monedas eran una parte crucial de la identidad del asesino y los

hombres eran sustitutos de algo mucho más grande. A estas alturas, la novata debería haberse dado cuenta de ello.

¿O no? ¿Las enseñanzas de Mia habían dejado huella o la novata no tenía ni idea de lo que hacer sin ella a su lado? Cuando trabajaron juntas por primera vez, Ella no era muy hábil para meterse en la cabeza de esos asesinos, pero en el último caso los estaba analizando como una perfiladora veterana.

No, la novata estaría bien. Tenía que estarlo. Mia no iba a estar a su lado para siempre, así que era hora de que aprendiera a manejar estas cosas por su cuenta.

Su nombre volvió a aparecer. Pasaron doce largos segundos antes de que se detuviera. Mia pasó el dedo índice por encima del botón verde de respuesta y pensó en la idea de hablar con ella una vez más, tal vez para intercambiar ideas sobre su caso. Quizá la novata también tuviera alguna idea que compartir sobre su caso de Manhattan.

Pero entonces recordó la carta de Tobias, el océano de secretos revelados que la ahogó. Mia nunca olvidaría esa sensación. Era como revivir de nuevo el pasado, aquella noche en la que Tobias le hizo quemar todas las pruebas que había encontrado. Se había enfrentado a innumerables criminales desde entonces, había estado a su merced más veces de las que podía contar, pero aquella noche con Tobias Campbell fue la única vez que sintió verdadera desesperación.

Podía ser el resultado del pasado, pero no iba a ser prisionera de él. Era hora de seguir adelante. Su corta etapa con Ella había sido memorable por una serie de razones, pero estaba más que dispuesta a dejar las cosas como estaban. Era hora de seguir adelante. Nuevos compañeros, nuevas aventuras.

Pero se mentiría a sí misma si dijera que no echaba de menos las teorías ocasionalmente descabelladas de la novata.

## CAPÍTULO OCHO

**D**estancó la puerta de la habitación olvidada de su casa y, de repente, se acordó de una vieja historia. En su lecho de muerte, Johann Sebastian Bach pidió a un organista que tocara una de sus sinfonías. El organista se detuvo antes de terminar la pieza, así que Bach saltó de su cama, corrió a su piano y la terminó. Bach no podía vivir con una melodía inacabada, y él tampoco. Por eso tenía que hacer lo que estaba haciendo.

Su habitación olvidada llevaba mucho tiempo sin ser tocada. El polvo y las telas de araña se extendían por las paredes como un papel pintado despegado y había un olor inconfundible que le recordaba al propio anciano. Sentía como si todavía hubiera una parte de él allí, que observaba desde entre las tablas, dispuesto a aparecer como un fantasma y reprenderle por sus malas acciones.

Nunca había calculado exactamente cuánto dinero valía esta colección. Tal vez unos pocos miles de dólares, nada que realmente valiera la pena teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que se había invertido en adquirir la colección. Las monedas estaban en bolsas y frascos, algunas en marcos y otras apiladas. Eran demasiadas como para poder contarlas, algunas eran de la época victoriana, otras de tierras lejanas. Pero las mejores y las máspreciadas estaban en la vitrina.

Sin duda, la colección supondría un gran placer para un apasionado de la afición, pero lo que él estaba haciendo valía mucho más. Se podía poner precio a una moneda conmemorativa de la guerra bañada en oro de 1950, pero la venganza no tenía precio. No

había un precio para recuperar años de juventud e inocencia perdidos. Dos muertos y muchos más por venir.

¿Quién sería el siguiente? No faltaban objetivos potenciales. Podría ser el viejo del banco que siempre le hacía sentir estúpido cuando hacía depósitos. Podría ser esa perra coleccionista de monedas que siempre buscaba esos raros peniques británicos.

Recorrió la habitación contemplando las imágenes y las circunferencias. Esta habitación había estado sellada durante Dios sabe cuánto tiempo. Él incluso había puesto relleno en las grietas de la puerta para que no pudiera entrar aquí, aunque lo intentaba.

Pero en los últimos meses, algo cambió. La habitación lo llamaba como el canto de una sirena, atrayéndolo hacia las reliquias prohibidas de su interior. Se preguntó si se sentiría diferente cuando viese las monedas, o si seguiría albergando la misma rabia y furia que sentía de pequeño.

Armado con un mazo, derribó la puerta y entró como un vikingo dispuesto a saquear. Había olvidado cuántas monedas había allí. En su mente, solo había un centenar, pero ahora se daba cuenta de que había cientos de miles. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de cuánto tiempo se había tardado en adquirir una colección tan vasta. El valor de toda una vida perdida. Ahora, era el momento de recuperarla.

Cogió una moneda nazi de 1942 de la mesa y la hizo rodar entre sus dedos. No, esa no serviría. Demasiado específica. Encontró una pila de monedas nigerianas de 1970, casi erosionadas hasta convertirse en polvo. No, necesitaba algo que enviara un mensaje real.

Levantó la mesa de cristal y eligió una de las supuestas favoritas. Una moneda china de la provincia de Shen.

—Sí, que aún tenía destellos visibles de oro. Comprobó el año. 1964.

Perfecto.

Ahora, ¿quién sería el afortunado receptor?

## CAPÍTULO NUEVE

Ella había estado sola durante diez minutos ya. Solo Dios sabía a dónde había ido Byford. Quería disculparse y volver a ponerse en marcha porque estar en dos longitudes de onda diferentes no los iba a llevar a ninguna parte.

Mia no le había contestado al teléfono las dos veces que lo había intentado. Tal vez nunca iba a suceder. Mia la había borrado de su vida y no podía hacer nada más que presentarse ante su puerta. E incluso entonces, ¿quién puede decir que no le cerraría la puerta en las narices? Esa era la opción más probable.

Intentó olvidarse de la situación de Mia y centrarse en el caso. Aunque Byford no aceptara su teoría, ella iba a seguir adelante a pesar de todo. Este asesino tenía una fijación religiosa, ya fuera ocultismo, cristianismo, satanismo o cualquier otra cosa que se incluyera bajo la bandera de la devoción ciega. Tenía que tratarse de eso. Eso es lo que mostraba el patrón.

El teléfono de Ella sonó en la mesa. Mark finalmente había decidido responder.

«¿Cómo van las cosas?».

Ella tecleó su respuesta. «Con altibajos. Estoy tratando de entender a este tipo, pero sigue desconcertándome. Estoy trabajando en una nueva teoría. ¿Cómo te va a ti?, x».

Su computadora portátil mostraba una pantalla dedicada a la olvidada religión de la santería. Según sus investigaciones, los santeros creían que ciertas monedas contenían cenizas de los dioses y que colocarlas entre los muertos las convertiría en objetivo de las

criaturas del infierno. Y además de esta cruel práctica, los santeros también realizaban sacrificios humanos rituales. Y más alarmante aún era que estos sacrificios eran siempre de no creyentes o de seguidores de otras religiones.

¿Es posible que este sudes pensara que Jimmy Loveridge formaba parte de una agrupación rival, por lo que le quitó la vida como sacrificio ritual?

Ella buscó a los santeros en Delaware, pero rápidamente descubrió que la religión había sido prohibida en ciertas partes del mundo. Estados Unidos era una de ellas. Profundizó en su búsqueda antes de que su teléfono la distrajera.

«¿Ese tipo? Déjame hablar con él».

Ella releyó su mensaje anterior para descifrar de qué diablos estaba hablando Mark. Entonces se dio cuenta. Él pensó que ella estaba hablando de Byford y no del asesino. Se corrigió a sí misma.

«¡Uy, perdón! Me refería al sudes, no a mi supuesto compañero. ¿Cómo van las cosas en la sede?, x».

Ella navegó por las páginas y descubrió que la religión de la santería seguía viva en los círculos clandestinos. Pero la pregunta era cómo adentrarse en ellos. Por lo visto, los seguidores de la religión mantenían en secreto sus prácticas de culto debido a la legalidad que rodeaba a la religión.

Otra respuesta.

«No lo llames tu compañero. ¿Qué han hecho juntos?».

Ella leyó el mensaje y luego tiró el teléfono con frustración. ¿Qué se le pasaba por la cabeza a Mark para que actuara así? ¿Dónde estaba la confianza? No podía asumir ciegamente que su pareja se iba a acostar con la primera persona que apareciera. Deseó haber visto esta inseguridad antes porque se hubiera replanteado la idea de salir con él. Dejó a Mark en visto. No tenía tiempo para esto. Su sudes podría estar eligiendo su siguiente víctima en este mismo instante, y ella no iba a dejar que una pareja celosa se interpusiera en su camino para detenerlo.

Algo la impulsó a levantarse de su silla. Necesitaba salir de esa sala. Al otro lado del pasillo, vio al comisario Hunter entrando en su despacho, así que se dirigió hacia él.

—Comisario —dijo ella—. ¿Podría aprovechar sus habilidades un segundo?

Él se acomodó en su silla y se frotó el rostro, la imagen del clásico oficial de policía sobrecargado de trabajo.

—Claro. ¿Cuál es la situación? ¿Alguna novedad?

—Unas cuantas. He encontrado un pequeño vínculo entre las víctimas, pero me encontré con algo mucho más interesante.

—¿Oh?

—¿Podría buscar algo en la base de datos de la policía, por favor? No tengo acceso a ella.

—No hay problema. —Hunter se puso las gafas y se conectó a su computadora—. ¿Qué debo buscar?

—Santería —dijo Ella.

Hunter la miró con confusión.

—¿Qué es eso? ¿El nombre de alguien?

—No, solo una palabra clave. Es una posibilidad remota, lo admito.

Hunter siguió su petición y lo tecleó. Ella le corrigió la ortografía mientras lo hacía. «BUSCANDO...».

—Podría llevar un tiempo —dijo Hunter—. No tenemos una tecnología muy avanzada aquí. ¿Qué es esta palabra?

—Es una antigua religión —dijo Ella mientras se inclinaba sobre el escritorio de Hunter, sin apartar los ojos de la pantalla—. Estoy manejando la teoría de que se trata de algún tipo de sacrificio.

—¿Como una actividad satánica? —preguntó Hunter con una mueca.

—Algo así, pero no del todo. Algo mucho más específico. Es una religión real, y tiene una profunda conexión con las monedas y los sacrificios humanos. Quizá nuestro sudes sea un devoto seguidor.

—Eso es algo desagradable. Viví el pánico satánico en los años ochenta. En mi opinión, era un montón de basura

sobredimensionada, pero algunos locos se lo tomaron demasiado en serio. Hoy en día sigue habiendo algún que otro criminal satánico, pero son...

La pantalla hizo un sonido que interrumpió la perorata de Hunter, «0 RESULTADOS ENCONTRADOS».

—Maldición, lo siento, chica. Punto final.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás mirando el techo. Decepción de nuevo.

—Como dije, era una posibilidad remota. Gracias por intentarlo.

—Ella se dirigió de nuevo a la puerta.

—Espera un segundo —dijo el comisario—. Me has hecho pensar.

Ella se dio la vuelta y se agarró al marco de la puerta, con la esperanza de que el comisario se sacara un milagro bajo la manga.

—Soy toda oídos.

—Santería. He oído esa palabra antes. ¿Dónde la he oído?

Ella se encogió de hombros.

—Podría ser en un millón de sitios. Está prohibida en este país. ¿Tal vez tenga algo que ver con eso?

Hunter arrojó sus gafas sobre la mesa y luego se golpeó la parte posterior de la cabeza contra la silla.

—No, no. Hubo un caso hace unos años. Lo recuerdo porque me recordó a ese guitarrista. Santana.

Volvió a surgir la esperanza. Ella sintió el subidón.

—¿Un caso relacionado con la santería? ¿Está bromeando?

—No, señora. Espera. Déjame aplicar mi magia. —Hunter tecleó, frustrantemente lento—. Había un chico. Un estudiante de posgrado. Se había vuelto loco y trató de matar a su profesor.

—¿Un chico? ¿Como un adolescente?

—Más bien un veinteañero. ¿Qué edad tienen los chicos en su último año de universidad? ¿Veintiuno?

—Sí, más o menos —dijo ella.

La computadora de Hunter hizo un sonido.

—Pum. Mira quién ha salido como resultado. Mira esto. —Agitó la mano en señal de entusiasmo.

Ella se apresuró a mirar la pantalla, «1 RESULTADO ENCONTRADO». Hunter hizo clic en el listado y apareció una foto de un chico con acné, con el pelo negro sucio cubriéndole la frente. Tenía una expresión de ojos muertos, como si hubiera pisoteado unos cuantos animales pequeños en su época.

—Santo cielo. ¿Quién es este tipo? ¿Qué ha hecho?

—Este, amiga mía, es Daniel García. Veintiún años, vive aquí en Elsmere. Este lunático atacó a su profesor en algún momento del año pasado, intentó matarlo. Nos llamaron de la universidad para que resolviéramos las cosas.

Ella examinó su expediente. Parecía un personaje enclenque, alguien capaz de entrar y salir fácilmente de los lugares sin ser visto. Y también parecía que tenía una inclinación por la agresión.

—Encaja en el perfil, pero ¿qué tiene que ver esto con la santería? —preguntó Ella.

El comisario hizo clic en la siguiente página y navegó por las notas.

—Ahí. En la sección inferior. Léelo.

Ella lo hizo, y no podía creer lo que estaba viendo.

—Oh... maldición.

—Te lo dije.

Unos segundos después, estaba de vuelta en su oficina con las llaves del coche en la mano.

\* \* \*

Durante su prisa por llegar al coche, se encontró con Byford fuera de la comisaría. No le había contado todo, solo que necesitaban investigar a alguien pronto. Ella condujo mientras Byford comprobaba el perfil de Daniel García en su teléfono.

—Tendrás que explicarme esto, Ella.

Entraron en las calles de Delaware. El GPS le indicó que la universidad estaba a solo cinco minutos.

—Pensarás que estoy loca, pero escúchame.

Byford suspiró audiblemente.

—De acuerdo.

Ella lo dejó pasar. No más discusiones, se dijo a sí misma.

—Estuve investigando sobre una antigua religión llamada Santería. Es una antigua religión diáspora originaria de Cuba, pero que se extendió rápidamente por todo el mundo. Una de sus tradiciones es el sacrificio humano que, escucha esto, implica enterrar a los muertos con monedas.

—Bien. Te sigo.

—Busqué en la base de datos de la policía y no encontré nada, pero entonces el comisario recordó un caso del año pasado. Este chico García era un estudiante de la carrera de ciencias de la antigüedad que tuvo un arrebató violento y atacó a su profesor.

—Bueno. —Byford se encogió de hombros—. Pero ¿por qué?

—Porque el profesor rechazó su trabajo. Y ¿adivina de qué trataba su trabajo?

—Oh, ya veo. De santería.

—Exactamente. Y este tipo también se ajusta al perfil. Es ágil, tiene un historial de violencia y no puede controlar sus impulsos. También debe ser bastante inteligente si es un universitario.

Byford bajó un poco el volumen de la radio.

—Bueno, debo decir que es un trabajo bastante bueno. Me impresiona que lo hayas conseguido tan rápido. El problema que veo aquí es que no hay una dirección para este sospechoso.

—Sí, yo también lo noté. Esperemos que el profesor que fue atacado tenga algunas respuestas para nosotros.

Las instalaciones de la universidad aparecieron y ocuparon toda la visión de Ella. Encontró el aparcamiento con un poco de dificultad y se metió en un espacio. Los agentes salieron y caminaron por la zona, se encontraron con una estatua en forma de libro gigante. Una mujer joven tomaba el sol sentada en él.

—Vestíbulo, por aquí —dijo Byford. Hacía solo unos años que Ella no iba a la universidad, pero ahora todo el recinto le resultaba

extraño. Las personas pululaban a su lado, la mayoría pegadas a los teléfonos móviles. Otros se sentaban en grupos sobre la vasta y frondosa hierba. Se sentía un poco incómoda aquí, como si fuera demasiado mayor para estar en un lugar así.

—Se siente extraño, ¿no? —dijo Byford.

—¿Tú también lo sientes?

—Oh, sí. Es la brecha generacional. Solo empeora a medida que te haces mayor.

Ella se rio. Por fin, algo de personalidad. Después de lo que pareció una caminata interminable, llegaron a la zona de recepción. Ella solicitó asistencia y esperó. Finalmente, un hombre mayor se apresuró a llegar al mostrador desde una habitación trasera.

—Hola, siento haberles hecho esperar —dijo—. ¿En qué puedo ayudarles?

Ella mostró su placa.

—Somos del FBI. Estamos buscando al profesor Casey. ¿Sabe dónde podemos encontrarlo?

El recepcionista no le quitaba los ojos de encima a la placa de Ella, como si le estuviera mostrando la foto de un espantoso experimento médico.

—Eh, sí. Puedo localizarlo. ¿Puedo preguntar de qué se trata?

—Me temo que no. Es confidencial.

—Bien, será un momento. —El recepcionista se apresuró a dirigirse a la sala de atrás. Ella aprovechó la oportunidad para conocer un poco más a su nuevo compañero.

—¿A qué universidad fuiste? —preguntó.

Byford se enderezó la corbata floja en el reflejo de la ventana de la recepción.

—Illinois. De hecho, estudié derecho.

Ella se dijo que tenía sentido. Parecía un abogado.

—Vaya, Illinois es una de las más importantes. El FBI es una especie de descenso después de eso —se rio.

—Podría decirse que sí. De hecho, el FBI me buscó a mí. No pude decir que no. Pero a veces desearía haberlo hecho, dadas algunas de

las cosas que he visto.

Ella quiso preguntar más, pero el recepcionista volvió.

—El profesor Casey bajará en un momento —dijo—. ¿Quieren tomar asiento mientras esperan?

Así lo hicieron. Los miembros del alumnado iban y venían, y les miraban con disimulo al pasar. Ella sabía que parecían fuera de lugar, pero le reconfortaba un poco que así fuera. No le habían gustado mucho sus años de universidad y se alegraba de que hubieran quedado atrás, pero definitivamente echaba de menos la falta de responsabilidad.

—¿Qué tipo de cosas viste en contraterrorismo? —le preguntó a Byford, incapaz de resistir el impulso.

Byford golpeó el pie contra el suelo de mármol. Se inclinó enérgicamente y se crujó el cuello.

—Algunas cosas me gustaría borrarlas —dijo—. Hay una razón por la que me alejé, y no fue por el sueldo.

—Nunca he tenido mucha interacción con ese departamento. Ni siquiera tienen sede en Washington, ¿verdad?

—No, están en la delegación de Chicago. Allí es donde estaba yo. Pero tuve que alejarme.

Un hombre con un jersey gris y pantalones rojos se acercó a la ventanilla de la recepción. Asomó la cabeza por debajo del cristal. El recepcionista señaló a los agentes. Era él. Ella y Byford se levantaron para presentarse.

—Hola, ¿profesor Casey? —preguntó ella mientras extendía la mano. Casey la aceptó con un apretón poco entusiasta.

—Hola. ¿Puedo ayudarles? ¿Ustedes son del FBI?

Parecía una persona tímida. De baja estatura y con unas cuantas canas en la cabeza. Tenía una barba de chivo descolorida que parecía ser de un estilo de otra época.

—Disculpe la intromisión, pero nos gustaría hablar con usted sobre Daniel García, si está dispuesto.

El profesor Casey se quedó con la cara desencajada al oír el nombre.

—Oh. Están aquí por eso. Ya se lo he contado todo a la policía.

—Esto es algo nuevo —dijo Ella—. García es sospechoso de un nuevo crimen y esperábamos que usted pudiera ayudarnos a localizarlo.

—¿Localizarlo? Bueno, no sé nada de eso. Solo sé que no quiero volver a ver a ese chico. Lo último que supe es que vivía con su madre. Se llama Elaine y vive en algún lugar de Elsmere. Eso es todo lo que sé.

Ella hizo sus anotaciones.

—Gracias, profesor. ¿Tiene un momento para explicarnos lo que ha pasado?

El profesor consultó su reloj.

—La verdad es que no, tengo prisa. Puedo darles la versión corta, pero cualquier cosa más específica tendrá que ser en otro momento.

Era mejor que nada, se dijo Ella.

—Por supuesto, lo entendemos. La versión corta estará muy bien.

—Daniel era un chico brillante. Excepcionalmente brillante, de hecho. Tenía un potencial increíble y yo lo impulsé a utilizarlo. Pero tenía una veta maliciosa. Su vida familiar no era perfecta y eso se reflejaba en su trabajo.

—Ya veo —dijo Ella.

—Para su tesis final, escribió un trabajo sobre la mitología antigua con un fuerte enfoque en una parte particular de la misma.

—Santería, ¿verdad? —preguntó Ella.

—Correcto. Santería. El trabajo estaba bien escrito e investigado a niveles excepcionales, pero era... —El profesor Casey se rascó la cabeza mientras buscaba la palabra—. Transgresor. Sensacionalista. Escribía como un simpatizante de las atrocidades. No pude aceptarlo, y cuando se enteró de que lo había rechazado, se presentó a las pocas horas con un cuchillo.

Ella y Byford cruzaron una mirada.

—¿Intentó apuñalarlo?

El profesor Casey asintió.

—Sí. Me fue a la garganta. Conseguí esquivarlo, pero fue difícil. Daniel es muy ágil. Muy escurridizo. Fue expulsado poco después.

—¿Usted presentó cargos? —preguntó Byford.

—No. Daniel es un producto de su vida familiar. No es su culpa que haya crecido siendo violento. El hecho de que encontrara consuelo en esa fe siniestra es preocupante y presentar cargos contra él lo habría enfadado aún más. Me aterrorizaba que volviera a buscarme, así que no quise agitar el avispero, por así decirlo.

Desde el punto de vista de Ella, tenían todo lo que necesitaban. Este tipo tenía que dar algunas explicaciones.

—Muchas gracias profesor. Eso es todo lo que tenemos para preguntarle.

—Ahora debo irme, pero si necesitan saber algo más, solo tienen que llamar a la universidad.

Los agentes estrecharon la mano del hombre y se despidieron. Volvieron a salir por la puerta, caminaron más de prisa al alejarse.

—Busquemos a este tipo. Parece que tenemos que encontrar a una Elaine García por aquí.

Ella tenía un buen presentimiento. Algo le decía que tenía que conocer a este joven.

—Pienso exactamente lo mismo. Encontremos a este tipo.

## CAPÍTULO DIEZ

Ella condujo un poco más rápido de lo que debía. Según la base de datos, solo había una Elaine García en la zona. El comisario Hunter le envió un mensaje con su dirección. Fue un viaje de diez kilómetros que Ella cubrió en la mitad del tiempo que debería haber tardado.

—Cielos, este lugar es... algo —dijo Ella.

La calle consistía en un camino estrecho y dos hileras de casas. En una de las vallas, el dueño de la casa había colgado su ropa sucia para que todo el mundo la viera. Una de las casas no tenía puerta principal, simplemente había un agujero donde debería estar.

—¿Estamos en el lugar correcto? —preguntó Byford—. Odio generalizar, pero no me imagino a un chico de por aquí yendo a la universidad.

—La universidad es barata hasta que te vas —dijo Ella.

—Supongo que sí. Aquí —señaló Byford—. El número diecinueve.

Ella se detuvo en la vereda de la casa. Tenía un pequeño porche, deteriorado hasta la ruina, y un tramo de escaleras que parecía a punto de derrumbarse. Toda la casa estaba pintada de un gris oscuro que no disimulaba en absoluto la decadencia exterior. Al otro lado de la calle, un joven en bicicleta observó su intrusión.

Ella golpeó tres veces la puerta. Un perro comenzó a ladrar al otro lado antes de que ella terminara. Luego llegó el sonido de la vida humana desde el otro lado. El rostro de una mujer apareció entre las grietas, pero Ella no pudo distinguir mucho sobre ella.

—Hola, ¿Elaine García?

La mujer inhaló con fuerza.

—¿Quién pregunta?

—El FBI. Soy la agente Dark y este es el agente Byford...

—¿FBI? —gritó ella con una estridencia penetrante—. ¿Qué les da derecho a venir aquí?

—Estamos aquí para hablar con su hijo —añadió Byford.

—Tendrá que decirme algo más que eso, amigo. Tengo seis.

—Daniel García —dijo Ella—. ¿Está en casa?

—Danny ya no vive aquí —dijo Elaine y fue a cerrar la puerta. Ella ya lo tenía todo previsto. Metió el pie en el hueco de la puerta.

—Bueno, ¿puede decirnos dónde está?

Elaine miró el pie de Ella como si fuera un artefacto de otro planeta. Empujó la puerta contra ella con más fuerza para que no entrara. Solo fue un dolor moderado, pero le provocó una subida de adrenalina.

—Estas botas no fueron hechas para caminar, señora García. Por favor, díganos dónde está su hijo.

Elaine alivió la presión y abrió la puerta. Miró entre los agentes como si estuviera esperando que ellos hicieran el primer movimiento.

—No sé dónde está. Ese mequetrefe podría estar en cualquier sitio ya.

—¿Qué quiere decir? Teníamos la impresión de que vivía con usted.

—¿De qué se trata? ¿Qué ha hecho ahora?

—No podemos decirlo. Es confidencial. Pero si usted nos ayuda a encontrarlo, tal vez podamos darle los detalles.

—¿Y cómo se supone que voy a hacer eso? ¿Quieren que le silbe? —dijo Elaine.

—¿No tiene su número de teléfono? —preguntó Byford—. Parece poco probable que no lo tenga.

—Danny se largó después de su pequeña pelea del año pasado. No he visto al imbécil desde entonces. ¿De acuerdo? —Intentó dar un nuevo portazo, pero el pie de Ella seguía clavado en su sitio—. ¿Ahora pueden dejarme en paz? No puedo ayudarlos.

El tono de Elaine no le agradó nada a Ella. Había grietas en su voz, como si fuera reacia a pronunciar las palabras que dijo. Si Mia estuviera aquí, diría que era una señal reveladora de que estaba mintiendo. Ella decidió arriesgarse.

—Señora García, perdone que sea tan directa, pero creo que nos está mintiendo.

El comentario despertó algo en la mujer.

—¿Mintiendo? ¿Quién eres tú para decirme que estoy mintiendo, pequeña zorra? —La puerta se abrió de golpe y Elaine se lanzó al exterior. Byford se interpuso entre ellas y retuvo a Elaine.

—¿Quiere que la arresten? —preguntó—. Porque eso es lo que ocurre cuando se agrede a un agente.

—Me importa un carajo —gritó Elaine. Ella se dio la vuelta y vio a unos cuantos curiosos que la observaban desde la puerta de sus casas. Entonces, vio al chico de la moto. Tenía el brazo extendido y señalaba algo junto a la casa de Elaine.

—¡Danny! —gritó el niño.

Ella siguió el gesto del niño y vio a un hombre vestido completamente de negro, que saltaba sigilosamente el muro del jardín. No pudo verle la cara, pero no era necesario.

—Es él —dijo mientras golpeaba a Byford en el brazo—. Está aquí.

El hombre de negro se congeló al oír su nombre, se volvió hacia los agentes y luego salió a toda velocidad por la calle. Las pisadas de este hombre sonaron estruendosamente mientras su silueta se reducía gradualmente, pero Ella se apresuró a perseguirlo. Saltó el muro, se alejó por la calle y no se detuvo a mirar atrás.

—Daniel —gritó tan fuerte como le permitieron sus pulmones—. FBI. Detente.

El sospechoso no obedeció, o tal vez ni siquiera escuchó. Las hileras de casas pasaron como un borrón mientras ella doblaba en una esquina, encontrándose frente a un pequeño parque. Había una gran zona de césped a su alrededor, pero lo más alarmante es que no había ni rastro de Daniel. Byford apareció junto a ella, sin aliento.

—¿A dónde fue?

—No lo sé. No puede haber ido lejos. Sabía que ella nos estaba mintiendo.

—¿Dónde irías tú si fueras él? —dijo Byford—. Piensa. Tú puedes meterte en su cabeza.

Ella lo intentó, pero la adrenalina le dificultaba pensar con claridad. El parque estaba desierto, así que cualquier figura que se moviera resaltaría de inmediato. No había ninguna.

Este tipo era rápido y ágil, pero también era discreto. Si podía entrar en las casas de la gente sin ser visto, eso significaba que podía esconderse bien. Ella examinó todos los elementos del parque. Un columpio, una estructura para trepar, un túnel, un carrusel. Muy pequeño, sin signos de intrusión. Incluso la verja estaba cerrada.

El viento primaveral le daba en la cara. Hacía crujir las hojas de los árboles de arriba. Se apoyó en el árbol más cercano para recuperar fuerzas y, al hacerlo, notó unos cuantos arañazos en la corteza.

Siguió el patrón hacia arriba. Más marcas.

Luego una huella de barro.

Ella retrocedió unos pasos y miró hacia el cielo. Algo poco natural se encontraba en medio de la naturaleza.

—¡Byford, ahí arriba! —gritó. Él siguió su línea de visión y se detuvo en lo mismo que ella. Sacó su pistola y apuntó hacia el cielo.

—Daniel, no vas a salir de aquí. Baja inmediatamente.

Entre el espeso grupo de ramas había un hombre vestido con una capucha negra, que ocultaba su rostro. Estaba encorvado, como un animal a punto de hibernar.

—Daniel, solo queremos hablar contigo —gritó ella—. Ya no hay escapatoria, así que es mejor que te rindas.

—No quise hacerlo —dijo una voz—. Fue un accidente.

—¿Qué fue un accidente, Daniel? —dijo Byford.

—Todo. Tengo problemas. No pueden ayudarme.

—No podemos, pero podemos arrestarte —dijo Byford—. Si no bajas en cinco segundos, voy a hacer un disparo de advertencia,

¿entendido?

Algo parecía raro. Un asesino como este no confesaría tan voluntariamente. Lucharía hasta que le fallara el cuerpo.

—Daniel, ¿de qué estás hablando? ¿Estás diciendo que mataste a dos personas por accidente?

A Daniel se le bajó la capucha y se le vio la cara por primera vez. Su pelo sin lavar colgaba hasta la barbilla y perfilaba sus rasgos flacos como un marco de fotos sucio.

—¿Matar a gente? —dijo. Las ramas volvieron a crujir cuando se ajustó—. No.

—¿Entonces a qué te refieres? —gritó Ella.

Byford intervino.

—Daniel, estoy contando. Cinco, cuatro...

Ella se acercó a él y le susurró.

—Detente. Está entendiendo. No se necesitará ningún disparo de advertencia.

Byford no escuchó.

—Tres.

—No he hecho nada —dijo Daniel de nuevo, con más desesperación en su voz.

—Nigel, en serio. Espera. No puede quedarse ahí arriba para siempre. Un disparo de advertencia solo servirá para que se ponga más a la defensiva —dijo Ella. Volvió a dirigir su voz al sospechoso—. Daniel, te prometemos que solo queremos hablar contigo.

—No me disparen. No he hecho nada malo.

—Dos... uno... —terminó Byford.

—Dan, solo quiero hablar contigo sobre la santería. ¿De acuerdo? Eso es todo.

El sospechoso se volvió y miró por primera vez a sus adversarios, pero el breve momento de conectividad se esfumó de repente. Un ensordecedor disparo destrozó los tímpanos de todos los presentes, e hizo temblar las ramas de los árboles como si fueran sacudidas por un gigante.

—¡No! ¿Qué estás haciendo? —gritó Ella mientras le sujetaba la muñeca a Nigel. El zumbido que sentía en el cerebro ahogó el sonido de su propia voz.

Lo siguiente que vio, en una cámara lenta surrealista, fue el cuerpo de Daniel García cayendo desde los árboles.

## CAPÍTULO ONCE

Mia rastreó la matrícula y la siguió a unos cuantos kilómetros de Manhattan. En el asiento del acompañante a su lado, Melissa jugueteaba con los diales de la radio hasta el punto de irritarla.

—Déjalo en una emisora —dijo Mia.

—Lo siento. No me gustaba esa canción.

—Concéntrate en la tarea que tienes entre manos. Están justo delante.

Las huellas dactilares de la escena del crimen de Manhattan habían revelado dos posibles autores. Un par de chicos locales llamados Billy y Patrick, de quienes se rumoreaba que formaban parte de una banda criminal según la policía local. Mia siguió al todoterreno negro por un camino rural, mientras se aseguraba de mantener una distancia prudencial.

—Van a entrar en la gasolinera —dijo Melissa, con la voz temblorosa. Mia reconoció ese tono. Era el tono de que estaba dándose cuenta de la realidad.

—Sí, y nosotras también vamos allí.

—¿Qué? ¿Los vamos a detener? ¿Aquí mismo?

—Vamos a hablar con ellos. Eso es todo. Tenemos sus nombres, sus matrículas y sus direcciones. Si se escapan, todavía podemos encontrarlos. No los vamos a sacar a rastras.

Melissa se aferró al asiento del acompañante.

—Pero son enormes. Has visto su tamaño, ¿verdad?

Mia observó cómo el todoterreno negro se acercaba al surtidor situado en el extremo más alejado de la pista. Ella escogió el de la

parte trasera. Vio las siluetas de sus sospechosos moverse de un lado a otro en el espejo retrovisor.

—Bien, ¿te sientes cómoda con esto? —preguntó Mia—. Sé que esto puede ser muy estresante, pero es parte del trabajo.

Melissa negó con la cabeza.

—No lo sé. Estoy preocupada. Todo esto se siente demasiado real ahora.

—Oh sí, eso pasará. Acostúmbrate a ello. Te diré algo, yo iré a hablar con él sola. Tú quédate aquí y observa. ¿De acuerdo?

Melissa estuvo de acuerdo.

—Hecho. Seré tu refuerzo.

Mia sacó su pistola de la funda y la colocó en la guantera.

—No hace falta que te diga que no toques esto, ¿verdad? Por razones obvias.

—Por supuesto.

Del mismo compartimento, Mia sacó una pistola eléctrica.

—¿Ves esto? Una pistola eléctrica. Tiene un radio de nueve metros, así que puedes dispararle a cualquier cabrón desde dos calles de distancia, ¿de acuerdo?

Melissa tomó la pistola eléctrica y la inspeccionó.

—Lo sé. He usado una pistola eléctrica antes.

—Bien. Mantente alerta. Ten las esposas preparadas también, por si acaso.

Mia salió del coche con la mirada fija en su sospechoso. Era un caballero grande y fornido, vestía chaleco y pantalones vaqueros. Tenía la cabeza completamente afeitada, lo que reflejaba la luz del sol de la tarde en su enorme cráneo. Sostenía la bomba del surtidor en la mano.

—Disculpe —dijo Mia, mientras sujetaba su propia pistola eléctrica en el bolsillo—. ¿Es usted Billy Graham?

El caballero la miró con gran desconfianza.

—Sí, lo soy. —El surtidor de gasolina se activó cuando él empezó a llenar su todoterreno de diésel.

—Soy la agente Ripley. Soy del FBI. ¿Podemos hablar un momento? —Vio que Billy apretaba el puño. Normalmente, los sospechosos emanaban un dejo de preocupación cuando ella anunciaba que era del FBI. Billy no pareció inmutarse por ello.

—Estamos hablando ahora, ¿no? —dijo él. Quitó las manos del surtidor y dejó que la función de llenado automático hiciera el resto.

—¿Podría decirme dónde estaba anoche a medianoche?

—Déjame pensar. Estaba en el bar.

—¿En cuál?

—Uno en la ciudad. No recuerdo el nombre. Dieciséis cervezas tienen ese efecto.

—Ya veo. En ese caso, ¿podría decirme por qué se encontraron sus huellas en una escena del crimen esta mañana? Un joven banquero llamado Tony Atlas. ¿Reconoce el nombre?

Billy le dio la espalda por un segundo mientras manipulaba la bomba del surtidor.

—No sé de qué estás hablando, cariño. Nunca había oído ese nombre.

—Qué raro. Porque las huellas de su hermano también se encontraron allí. ¿Por qué ambos visitarían a un banquero de inversión a medianoche?

—Para comprar hierba. Fin —gruñó Billy.

—¿Así que lo conocía? ¿Por qué dijo que no lo conocía?

—Tienes que dejarnos en paz —dijo Billy, todavía de espaldas a Mia—. Esto no tiene nada que ver contigo ni con nadie.

—El homicidio definitivamente tiene que ver conmigo. ¿Quiere empezar a contarme el...?

Billy cortó la frase de Mia con una repentina embestida en su dirección. En una milésima de segundo, le acercó las voluminosas manos al cuello. Mia estaba preparada para el ataque. Le agarró las dos muñecas y le dio una patada entre las piernas. Billy retrocedió, aturdido solo momentáneamente, y luego comenzó a acercarse a Mia de nuevo.

Un segundo después, estaba sobre ella. A ella le cedieron las piernas y cayó al suelo, con aquella bestia descomunal encima. El hombre llevó el puño hacia atrás y la golpeó en la frente, lo que le quitó todas las capacidades cognitivas del cráneo. Luego, las manos del hombre le rodearon el cuello, y lo único que Mia pudo hacer fue patearle la parte inferior de su cuerpo, que era sólida como una roca. No sirvió de mucho para someterlo, solo lo enfureció aún más.

Mia vio que el cielo se oscurecía un poco, y entonces se dio cuenta de que lo que ocurría era que estaba perdiendo la conciencia. Buscó su pistola eléctrica, pero no pudo agarrarla. Solo necesitaba un poco de palanca. En su abatido estado, le vino a la memoria muscular una pequeña maniobra. Mia una vez se refirió a ella como Muay Thai, pero su maestra siempre la corregía. En realidad, era «bujinkan».

Apretó las rodillas alrededor de su atacante y arqueó la espalda todo lo que pudo. Presionó los muslos contra las costillas del hombre e hizo todo lo posible para rodar hacia delante apenas un centímetro. Billy retrocedió un segundo, y eso fue todo lo que Mia necesitó para atacar. Encontró la pistola eléctrica, la sacó y le disparó a Billy en el pecho. El cuerpo del hombre perdió el control y se desplomó hacia atrás como una torre que cae, y arrancó el surtidor de gasolina diésel del vehículo, lo que hizo que el combustible se derramara por el suelo. Mia sintió que el diésel le caía a chorros en los tobillos, pero la sensación de ardor la hizo volver al presente.

Billy jadeaba en el suelo mientras Mia se apresuraba a esposar al hombre. Lo tenía boca abajo cuando otra persona se le apareció en su visión periférica. El pasajero de Billy se había bajado para ver la acción de cerca, pero la expresión que tenía en el rostro decía que no quería formar parte de aquello. Salió corriendo por el camino, y pasó por delante del coche de Mia mientras lo hacía.

—¡Melissa! —gritó Mia—. Atrápalo.

Su compañera salió lentamente del coche, provocando una gran frustración en Mia. Melissa observó cómo el fugitivo desaparecía por

el camino.

—Esposa a este idiota y mételo en el coche. ¡Ahora! Voy a perseguir al otro.

Melissa se acercó corriendo e hizo lo que tenía que hacer, sin dejar de temblar en todo momento. Mia oyó el tintineo de las esposas y eso fue suficiente para tranquilizarla. Billy estaría inconsciente durante al menos unos minutos. Tiempo más que suficiente para dejarle encerrado en el vehículo.

Mia salió por el camino, con la pistola eléctrica en la mano. Vio la figura del fugitivo a unos diez metros por la calle. Continuó durante unos segundos, apuntó con su pistola eléctrica, disparó y falló. El hombre se mantuvo implacable en su misión de escapar, y poco a poco iba desapareciendo de su vista.

¿Qué debía hacer? ¿Perseguirlo? ¿Considerarlo un éxito? Un sospechoso era mejor que ninguno.

Entonces, desde el otro lado, Mia oyó un grito. Volvió corriendo a la gasolinera y vio a Melissa tirada en el suelo de la pista agarrándose la nariz. Más lejos, Billy Graham escapaba en dirección contraria.

—Mierda —gritó. En un abrir y cerrar de ojos, Melissa se había puesto en pie y había sacado algo del lado del acompañante del coche.

«No, no te atrevas», pensó Mia. Todo sucedió demasiado rápido como para poder llegar a decir las palabras.

—¡Melissa, baja esa maldita cosa! ¡No dispaes esa pistola!

Billy Graham pasó junto a su coche y se dirigió a la colina. La forma en la que recobró la compostura tan rápidamente no se parecía a nada que Mia hubiera visto antes.

—Se está escapando —gritó Melissa. Ella se apoyó en el capó del coche y apuntó la pistola hacia el sospechoso que desaparecía.

—Los gases —gritó Mia—. Los malditos gases.

Melissa, apoyada contra el coche, disparó la pistola. El instinto de Mia era tirarse al suelo, pero en lugar de eso, se lanzó hacia su compañera tan rápido como le permitieron sus articulaciones.

Pero era demasiado tarde. Lo primero que oyó fue el impacto de la bala en el coche de delante. El tintineo del metal contra el metal. Luego le siguieron los fuegos artificiales. El coche de Billy explotó como un volcán en miniatura que entraba en erupción por primera vez en mil años. Una gigantesca nube de humo negro se extendió por el cielo de la tarde, y por un segundo Mia se preguntó si aquello era el fin.

Mia agarró la mano de Melissa y la apartó de la escena.

—¿Por qué? Por el amor de Dios, ¿por qué has hecho eso? —le gritó.

A Melissa se le congeló la mirada en una expresión de terror absoluto. Junto al coche en llamas, un grupo de empleados de la gasolinera apareció con extintores. Lanzaron un chorro de espuma sobre el vehículo en llamas, arriesgando sus vidas al hacerlo. Otra, una mujer joven, corrió hacia las agentes. Melissa abrazó inmediatamente a la mujer.

—¿Están heridas? ¿Necesitan una ambulancia? —preguntó la mujer, mientras miraba frenéticamente a las dos agentes.

Mia no sabía muy bien qué pensar de todo aquello. ¿Estaban heridas? No lo sabría hasta que se le pasara la adrenalina.

—Estamos bien. ¿Ustedes están bien? ¿Hubo algún otro herido? —preguntó Mia.

—No. No hay nadie más aquí. Solo el personal. ¿Qué diablos fue eso?

—Somos del FBI. Quizás ahora seamos ex-FBI. Por favor, esto fue un... accidente.

—Ni que lo digas —dijo la mujer—. No se preocupen, los bomberos están en camino.

—Dígale a esos tipos que se alejen del coche. ¿Y si los gases hacen ignición? Este lugar podría explotar.

La mujer negó con la cabeza.

—Los humos del diésel no se incendian. Además, he cortado el suministro. Está bien.

Melissa se dejó caer al suelo, aún pegada a los escombros ahora humeantes.

—No... no puedo creerlo.

Mia retrocedió y observó la escena, al tiempo que su visión se nublaba de furia. De repente pensó en los sospechosos fugados, pero había cosas más importantes de las que preocuparse ahora, como la forma en que le explicaría esto a los directivos del FBI. Melissa era una novata y era responsabilidad de Mia mantener su comportamiento bajo control, pero esto no era un simple error de novata. En el apartamento de la víctima del suicidio, Melissa actuó como lo haría cualquier aprendiz. Era comprensible, incluso esperable.

Pero este era un error catastrófico que podría haber provocado muertes masivas. Melissa había disparado a un sospechoso que huía, lo que sería difícil de justificar, pero no imposible. ¿Pero disparar mientras el combustible se derramaba por toda la pista de la estación de servicio?

Esto podría ser lo que pusiera fin a los treinta años de carrera de Mia.

Tal vez era el momento, pensó Mia mientras se arreglaba la cola de caballo. ¿No se había explicado bien con su nueva compañera? ¿Era culpa suya por no haber sido clara?

Los restos en llamas se convirtieron en un espeso tornado de humo negro, el riesgo de explosión se disolvía en el cielo. A lo lejos, oyó las sirenas de los coches de bomberos. Tenían que volver a la sede y recibir sus castigos de una vez por todas, y la idea de ello le provocó otro ataque de rabia.

Mia ya no sabía si tenía fuerzas para ello.

## CAPÍTULO DOCE

— **D**aniel —gritó Ella y corrió hacia el cuerpo al pie del árbol. Lo sacudió, le dio la vuelta y luego le golpeó las mejillas—. Byford, ¿qué te pasa? Podría haberse roto la columna al caer.

—Fue un disparo de advertencia. Y tenemos que arrestarlo. Es un sospechoso. No podemos simplemente hablar con él.

No había sangre, pero Daniel no respondía. La explosión debe haber conmocionado al chico hasta el punto de que perdió el control. Comprobó su pulso.

—Está vivo. Pero no gracias a ti.

Al tocarle la muñeca, Daniel se removió en el suelo. Ella lo soltó mientras él se ponía lentamente de rodillas.

—¿Qué diablos ha pasado? Estaba inconsciente. ¿Dónde estoy?

Los agentes se quedaron callados mientras Daniel volvía en sí. Él se sentó con la espalda apoyada en el árbol y parpadeó hasta recuperar la conciencia. Cuando vio a los agentes frente a él, le volvió la furia. Intentó ponerse en pie, pero no tuvo fuerzas.

—Ustedes dos. Mierda, creía que había soñado eso. ¿Qué quieren de mí?

—Daniel, solo queremos hablar, ¿de acuerdo? No te estamos acusando de nada. ¿Te sientes bien?

—Deshazte del idiota, y luego tú y yo podremos hablar —dijo Daniel. Destinó su veneno a Byford—. Él se va.

—Lo siento, pero tenemos que llevarte bajo custodia —dijo Byford—. Eres un sospechoso en una investigación de asesinato.

—¡No es así! —gritó Daniel. La fuerza le tiró de un nervio en alguna parte de la columna vertebral. Se agarró la columna y gimió de dolor—. Mierda, eso duele.

Ella se volvió hacia su compañero e hizo todo lo posible por disimular su exasperación. Byford no estaba cooperando con ella en esto. Daniel estaba en el medio de la cuerda, y ambos estaban tirando de diferentes extremos, pero ella no podía demostrar su irritación delante de un sospechoso. Tendría que lidiar con Byford en un ámbito más privado.

—Nigel, confía en mí en esto. Solo haz lo que pide.

—¿Hacer lo que pide? —se rio—. Este hombre podría haber matado a dos personas. Tenemos la obligación de detenerlo.

Ella no quería hacer eso. En una sala de interrogatorios, Daniel no sería él mismo. Aquí fuera, diría la verdad. Y había algo en él que le resultaba un poco extraño. Ahora mismo, ella no creía que Daniel fuera el responsable de los recientes asesinatos. Tenía un lado macabro, y sin duda era culpable de algo, pero el hecho de que fuera un asesinato o no ya era otra cosa.

Ella bajó la voz a un susurro.

—Yo nos he traído hasta aquí y voy a llevarnos más lejos. Espera a la vuelta de la esquina. Si huye, te llamaré. Llegado ese momento, lo detenemos.

Nigel se frotó las sienes en una muestra de frustración.

—Bien. Haz lo que quieras. —Echó una última mirada al sospechoso y se alejó de nuevo hacia la calle. «Justo lo que necesitaba —se dijo a sí misma—, otro problema del que ocuparme». Si Mia estuviera aquí, habría captado las intenciones de Ella, se habría dejado llevar y habría cambiado de táctica si no funcionaba. Byford trabajaba según las normas, y si algo había aprendido Ella en su corta carrera, era que el protocolo no siempre era válido.

Una vez que él estuvo lejos de su alcance, Ella le ofreció a Daniel algo de ayuda.

—¿Quieres que te ayude a levantarte?

Daniel se tomó un momento.

—De acuerdo. —Él tendió la mano. Ella la tomó y lo levantó desde la posición de sentado. Ella le sujetó los hombros para estabilizarlo.

—¿Te sientes bien?

—Sí, gracias. Pero qué caída.

—Se vio muy mal. Lo siento. No quería que sucediera así.

—Tu compañero es un imbécil —dijo Daniel mientras se apartaba el pelo de la cara. Soltó a Ella y se recompuso. Comprobó su equilibrio caminando de puntillas.

—Entonces, yo te he ayudado. Ahora tienes que ayudarme a mí. Necesito que seas sincero conmigo, ¿de acuerdo?

—Estoy siendo honesto. No sé de qué estás hablando.

—¿Quieres contarme lo que pasó contigo y tu profesor el año pasado?

Daniel se apoyó contra el árbol y se ajustó la capucha. Se subió los vaqueros y comprobó el contenido de sus bolsillos.

—Tuve un episodio. Eso es todo.

—¿Un episodio?

—Sí. Un episodio maniaco. Me dejé la piel en ese proyecto y me dijo que era una porquería. Eso lo que lo provocó.

—¿Así que tu respuesta fue atacarlo? Eso no es un comportamiento normal, incluso para un episodio maniaco —dijo Ella—. Sé sincero conmigo.

Daniel se cubrió la boca con la mano y respiró a través de las grietas de sus dedos.

—De acuerdo, ¿quieres sinceridad? Quería matarlo como lo habrían hecho los santeros. ¿Estás contenta? Por eso me escape cuando llamaron a mi puerta. Escuché el nombre del tipo y eso... despertó todo. Pensé que el profesor había ido a la policía a presentar cargos o lo que sea.

Ahí estaba. Ella sintió la sinceridad de cada sílaba. La inflexión de él cambió. Su tono era un poco más relajado. El sonido de la verdad.

—¿Pero por qué? ¿Por qué querías matar al profesor Cole? ¿Por una mala nota?

—No por una mala nota. Un rechazo total. Y debes entender que había estado leyendo sobre esa basura durante años. Era mi escape de mi vida de porquería. Algo de eso se alojó en mi cerebro, ¿de acuerdo? Pensé que matar al profesor sería una especie de... no sé... justicia poética.

—¿Y ya no practicas la religión? —preguntó Ella.

—¿Practicar la religión? No, claro que no. Nunca me creí nada de eso. Era genial, pero obviamente todo era una chorrada.

Ella volvió a sentir la sinceridad. Observó atentamente su lenguaje corporal y no vio ninguna barrera emocional o mental. Realmente él no practicaba la religión, y tal vez nunca lo había hecho. Las posibilidades de que fuera ese asesino se reducían cada vez más.

—¿Sabes que ha habido dos asesinatos recientes, y que ambos parecen sacados de una ejecución de santería?

—¿Qué? —preguntó Daniel—. ¿Asesinatos? ¿Santería? Tienes que estar bromeando.

—No lo estoy. Tenemos dos hombres, ambos fueron hallados muertos en sus casas con monedas en los ojos.

El labio inferior del sospechoso comenzó a temblar. En algunas personas, eso era un signo de culpabilidad o una confesión inminente. Pero Daniel mantuvo la calma.

—Eso es una locura. ¿Cómo los mataron?

—Les cortaron la garganta.

—Maldición. Bueno, eso es desagradable, pero no tuve nada que ver con eso. Lo juro por mi vida.

—Entiendes que es demasiada casualidad ¿no? —preguntó Ella. Ahora mismo, estaba tres cuartas partes segura de que Daniel no era su hombre, pero necesitaba pruebas para saberlo por completo —. Eres una persona obsesionada con la santería que vive a pocos kilómetros de estos asesinatos. Es difícil para nosotros no considerarlo.

Daniel comenzó a caminar. Si salía corriendo en los próximos segundos, era culpable. Ella se mantuvo atenta a la dirección en la que colocaba los pies.

—¿Cuándo los mataron?

—El 27 y el 30 de abril. En algún momento alrededor de la una de la madrugada.

Daniel volvió a recostarse contra el árbol. Volvió a mirar por encima de los árboles hacia su casa.

—¿La semana pasada?

—Sí.

—No pude haber sido yo. Estaba en casa de mi padre en Greensboro. Yo y todos mis hermanos.

—¿En serio? ¿Puedes corroborar eso? —Greensboro estaba a unos tres estados de distancia. Ella se dijo que no era imposible volver de allí, pero sí improbable.

Daniel apretó el puño en señal de éxito.

—¡Sí! Todavía tengo mi billete de autobús. Pregúntale a cualquiera. A mi padre, a mis hermanos, a mi tío. Incluso tenemos algunos vídeos de la semana.

—Tendremos que verlos, ¿de acuerdo? No es que no te crea, pero necesitamos pruebas para descartarte.

—Lo entiendo. Les mostraré todo.

—Enviaremos a un oficial a tu casa para que los busque. Por favor, dile a tu madre que lo espere —dijo Ella. Sintió una punzada de decepción por haber estado tan cerca y haber llegado a un callejón sin salida. Pero, por otro lado, se alegró de que Daniel no fuera el culpable. Parecía un alma perdida que aún buscaba su lugar en el mundo. Sentía compasión por él, no lástima ni asco. Probablemente no lo volvería a ver, pero no quería que se desperdiciara su potencial.

—Sí, a veces es una perra. ¿Puedes enseñarme alguna foto de la escena del crimen? —preguntó él.

Ella no podía creer su atrevimiento.

—Me temo que no. Eso es confidencial.

Daniel se metió las manos en los bolsillos. Se dobló el hombro hacia atrás y se lo crujió con fuerza.

—Ouch. Bueno, ¿puedo hacer una pregunta?

—Adelante.

—Dijiste que habían encontrado las monedas en los ojos de los tipos, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cara o cruz?

—Muy gracioso.

—No, lo digo en serio. ¿Qué lado se veía hacia afuera?

Ahora que Ella lo pensaba, no lo sabía. Eso no era algo que ella creyera necesario, pero ahora que Daniel lo mencionaba, podía ser un factor importante.

—Maldita sea, en realidad no lo sé. Déjame comprobarlo.

Sacó su teléfono y descartó algunos mensajes de Mark en el proceso. Encontró la foto de la escena del crimen que necesitaba.

—Cara.

—Ajá. Pues tienes que investigar mejor, porque los santeros no dejarían visible el lado de la cara.

Ella no podía creer que no hubiera tenido en cuenta esa parte. Probablemente era crucial para su ritual. Se maldijo en silencio.

—¿No lo hacen?

—No. Cuando hacen sacrificios, siempre es el lado de la cruz el que queda hacia afuera. Es simbólico. Quieren que los demonios del infierno persigan constantemente a sus sacrificios en la otra vida. Los demonios del infierno persiguen su cruz, ¿entiendes?

—Oh, maldición. No lo sabía. Gracias por explicarlo. —Eso cambiaba todo, se dijo Ella. Tal vez se había equivocado de enfoque con esta teoría desde el principio. Encima el pobre Daniel estuvo a punto de morir por culpa de sus ideas. La vergüenza le hizo un nudo en el estómago como si fuera una serpiente enroscada y, por un segundo, no pudo mirar al chico a los ojos. Estaba dispuesta a hacer borrón y cuenta nueva, por más que le doliera hacerlo.

—Sí, y eso de cortar la garganta... Otro imposible. Los santeros cortan a sus víctimas por el corazón. Nunca otra cosa.

Otro golpe, pero a estas alturas, uno bien recibido. Ella necesitaba volver y ordenar sus pensamientos.

—Gracias, Daniel. Has sido de gran ayuda, y lamento lo de mi compañero. ¿Volvemos?

Empezaron a caminar de vuelta por donde habían venido.

—Claro. No te preocupes por tu compañero. Son cosas que pasan. Estaré por aquí cuando venga la policía. Y buena suerte con todo.

—A ti también. Y por favor, vuelve y termina tus estudios cuando te lo permitan. No lo desaproveches.

—Ja. No puedo pagarlo. Has visto dónde vivo, ¿verdad? Tuve una beca y la arruiné. Perdí mi cabeza, perdí mi beca. Así de simple.

—Ve a otra universidad. Yo también crecí en un agujero, pero mis estudios me sacaron de allí. No tienes que ser un prisionero de tu pasado. —Ella vio a Byford esperando en su coche al borde de la carretera—. Aquí está mi transporte. Nos pondremos en contacto en breve.

Daniel la saludó con la mano y siguió caminando hacia su casa, ignorando a Byford en el vehículo. Ella subió.

—Volvemos al principio —dijo ella—. Vamos, estoy lista para descansar.

## CAPÍTULO TRECE

Ella se registró en el motel situado a dos calles de la comisaría. El empleado de la recepción le entregó una llave y le dijo que el desayuno se servía entre las seis y las nueve. Byford seguía en la comisaría terminando algunas cosas, pero ella se había topado con un muro. No podía pensar más, así que decidió que era hora de descansar.

Subió por las escaleras para hacer ejercicio, y observó las suntuosas barandillas de caoba mientras subía. El motel era un edificio de solo dos plantas, probablemente con unas cincuenta habitaciones en total. Hasta el momento, no había visto a nadie más, solo a un empleado y a un asistente de estacionamiento. Cuando llegó a su piso, sintió que su teléfono vibraba en su bolsillo, y ya sabía qué nombre vería en su pantalla. Desde que no había respondido a su último mensaje, él le había enviado más mensajes de los que ella creía posibles. Apenas llevaba un día ausente y él ya la perseguía como un galgo a un conejo. Todo eso era demasiado, incluso en esta etapa inicial.

Ella pasó su tarjeta de acceso por la puerta y entró en su alojamiento para el futuro inmediato. Tenía una cama individual, una mesita de noche y un televisor colocado en la esquina superior de la pared. Había algunas decisiones de estilo cuestionables, sobre todo en lo que respectaba a las cortinas rojas y amarillas, pero, de todos modos, no pensaba pasar mucho tiempo allí. A partir del día siguiente, tenía que resolver este asunto. Tenía los conocimientos y las habilidades para hacerlo, solo tenía que aplicarlos.

Dejó las maletas en el suelo y se sentó en la cama. El teléfono volvió a sonar, y en ese momento se dio cuenta de que fueron tantas veces que había perdido la sensibilidad en esa parte de la pierna. Entonces cogió el teléfono del bolsillo.

«¿Dónde estás?».

Mark otra vez. Ningún beso. Ningún saludo. ¿O era solo su estilo de escritura? Dicen que alrededor del setenta por ciento de toda la comunicación por texto se malinterpreta. Tal vez ella estaba dentro de ese porcentaje sin darse cuenta.

Abrió su agenda de contactos y seleccionó el nombre de Mark. No iba a pasar la noche dando vueltas con él de esta manera. Ella tenía que pensar.

Marcó. Un timbre. Mark contestó antes del segundo timbre.

—Por fin.

—Hola a ti también —dijo ella.

—No importa el hola. Te envié un mensaje de texto hace unas tres horas.

No parecía la misma persona. Había un tono venenoso en su voz. ¿Estaba borracho o algo?

—Sr. Balzano, estoy trabajando en una investigación de asesinato en caso de que lo hayas olvidado. He estado trabajando mucho. Delaware es un lugar complicado.

—¿No pudiste encontrar cinco segundos para responderme?

Él elevó el volumen de la voz. La línea crepitaba. Apenas podía creer que le estuviera hablando así.

—Mark, no he podido parar. He estado en la carretera, interrogando gente, persiguiendo a un sospechoso. La mayor parte del tiempo ni siquiera tenía mi teléfono conmigo. ¿Qué te bicho te ha picado?

—Ninguno. Solo quiero saber que estás a salvo. ¿Soy un imbécil por querer que mi novia esté a salvo?

Todavía no habían utilizado la palabra novia o novio. Era una conversación que aún no habían tenido, y hacía tanto tiempo que Ella no tenía novio que no recordaba cómo eran esas

conversaciones. ¿O en la actualidad solo se pasaban por alto? Las relaciones modernas tenían tantas etiquetas que ni siquiera estaba segura de cómo se clasificaban ellos. ¿Pareja de por vida, pareja exclusiva, amigo con beneficios? Definitivamente no la última, pensó. Ahora mismo, no parecía que estar con Mark tuviera muchos beneficios.

—No, en absoluto. Me encanta que te preocupes por mí. Pero tienes que aceptar que yo también tengo responsabilidades. No puedo dejarlo todo para enviar un mensaje de texto a mi... —Dudó al pronunciar la palabra. De alguna manera, no le parecía correcto llamarlo así. Se sentía demasiado permanente, un poco con demasiado compromiso. Pero lo hizo de todos modos, priorizando los sentimientos de él sobre su inquietud—. Novio —terminó.

—Sí, claro. Lo entiendo. ¿Soy tu primer novio en mucho tiempo y no puedes hacer tiempo para mí? He estado muy preocupado. ¿Y si estuvieras muerta?

Ella apartó el teléfono de su oído y respiró profundamente. Se sintió como si estuviera intentando pasar a hurtadillas por delante de un bebé dormido sobre un suelo hecho de explosivos.

—¿Muerta? ¿Tan poca fe tienes en mí?

—Podrías estarlo. ¿Cómo voy a saberlo si no me mandas un mensaje?

—¿Y qué, se supone que debo enviarte un mensaje cada minuto para decirte que estoy viva? Eso es ridículo y lo sabes.

—Claro, ahora yo soy ridículo. Si así es como tratas a tus novios, no me extraña que hayas estado soltera tanto tiempo.

Mark había lanzado un dardo envenenado y estaba esperando a que hiciera efecto. Ella se levantó y abrió la ventana. De repente, la habitación se sentía sofocante.

—Estaba soltera porque quería, en realidad. A veces las relaciones no parecen valer la pena.

—¿Eso es una indirecta? —preguntó Mark—. ¿Qué estás tratando de decir?

Ella sacó la cabeza por la ventana y respiró aire fresco. Se despejó lo suficiente como para darse cuenta de que esta conversación solo podía terminar de una forma.

—Solo trato de decir que los celos no nos llevarán a ninguna parte. Mira, estoy contigo, ¿de acuerdo? No con nadie más. Ni Byford, ni Roy en contabilidad, ni John Cena. Te elegí a ti, así que cálmate con la inseguridad. —Tal vez una broma lo calmara. Pero no pareció funcionar.

—¿Esto es gracioso para ti?

—No, no lo es, pero nuestros trabajos van a hacer que estemos separados de vez en cuando. Tú también volverás pronto al campo. ¿Qué pasará entonces? ¿Vamos a estar al teléfono constantemente?

—Nos mensajaremos. Como he intentado hoy.

Ella se sentó en el borde de la cama y miró la quietud de abajo. No se movía ni un alma. Las farolas naranjas estaban alineadas en la calle como centinelas.

—Sí, lo haremos, cuando tengamos tiempo. Además, si hablamos demasiado te vas a hartar de mí. —Ella cerró de golpe la ventana porque empezaba a hacer un poco de frío en la habitación.

Mark dejó de hablar un segundo. Se preguntó si la línea se había cortado por accidente. ¿Acaso sería tan malo?

—Envíame una foto —exigió él, y su voz estridente la sobresaltó.

Ella se asustó un poco. ¿Se trataba de esa cosa de *sexting* de la que Jenna siempre hablaba? Si era así, no estaba de humor. Además, sonaba como algo más incómodo que agradable.

—¿Una foto? ¿De qué?

«Por favor, no digas lo que creo que vas a decir».

—De ti. En tu habitación.

—Eh, de acuerdo. ¿Puedo preguntar por qué?

—Porque acabo de oír un ruido.

Ella miró a su alrededor. Podía ver cada centímetro cuadrado de la habitación y no había oído ningún ruido.

—¿Qué? ¿Crees que alguien está tratando de entrar en mi habitación?

—No, y deja de hacer bromas. Creo que alguien más está en tu habitación contigo. Algo se golpeó. ¿Quién más está ahí?

Ella reprodujo los últimos segundos en su mente. Entonces recordó.

—Fue la ventana, tonto. La cerré.

—Envíame una foto y hazlo rápido. Y envíame la confirmación de tu reserva de motel. Quiero saber que tú y tu nuevo compañero están en habitaciones separadas.

Ella creía que debía ser una especie de broma. Era imposible que Mark estuviera hablando en serio.

—Mark, ¿qué diablos...? —dijo antes de darse cuenta de que estaba hablando sola al teléfono. No, por lo que parecía, hablaba muy en serio. De todas las cosas que podían confundirla esa noche, no esperaba que fuera su propio novio.

Ahora que había colgado el teléfono, se dio cuenta rápidamente de lo absurdo que era todo esto. Se sentía más sola que cuando estaba soltera y sentía que se había convertido en un costal de boxeo humano. No podía tratarla como a una niña, ni como a una esclava obediente.

No habría fotos. Ni vídeos. Ni controles constantes. Mark tendría que vivir en la misma realidad que ella, no en un mundo de fantasía en el que ella hacía el papel de su sirvienta.

Cuando volviera a Washington, tenía que tener una conversación difícil.

\* \* \*

En su sueño, estaba atrapada en una celda fría. No era una celda moderna como la que había visto en el correccional de Maine, sino una vieja y oxidada jaula con barrotes de hierro y candados gigantes y paredes grises. En la celda de enfrente, otra mujer estaba sentada balanceándose de un lado a otro. Las dos llevaban monos blancos

holgados con números en la parte delantera. Ella tenía el número 13 y su nueva amiga el 12.

Ella apretó la cara contra los barrotes.

—¿Qué pasa? —le preguntó a la reclusa. Al mirar más de cerca, se dio cuenta de que la mujer estaba llorando.

—Es mi día.

—¿Tu día?

—El 2 de mayo a las 7 de la mañana. Es el día en que me llevan.

—¿Quién? ¿Quién te lleva?

La mujer se echó el pelo castaño y desaliñado hacia atrás y le mostró la cara. Ella no la reconoció.

—Ellos. Las arenas del tiempo se agotan.

Sonaron pasos junto a ellas y una figura de negro apareció entre las dos celdas. El hombre encapuchado se paró dándole la espalda a Ella, y le decía versos de la Biblia a la mujer del otro lado. Ella escuchó la palabra amén, y luego la figura desapareció tan rápido como llegó.

—Ya es mi hora de irme —dijo la mujer, secándose las lágrimas—. Si sales, dile a mi hijo que lo echaré de menos. Dile que lamento haberme equivocado.

Llegaron dos guardias, ambos sin rostro. Uno de ellos abrió la celda de la mujer, la cogió de la mano y la puso en pie.

—Es hora de irse, señora —dijo. Ella extendió la mano para agarrar a la mujer y retenerla, tal vez para concederle unos preciosos segundos más de vida. Pero, aunque su mano tocó la tela raída, descubrió que no poseía fuerza ni agarre en este extraño mundo.

Desaparecieron en la negrura del pasillo, el suelo crujía a cada paso. Cuando el silencio se reanudó, fue roto por el sonido de una risa. No podía ver a nadie más, pero podía oír a alguien. Tintinearón unas llaves, y entonces un carcelero se manifestó desde la oscuridad. Golpeó las llaves contra los barrotes y las puso delante de Ella como si fueran comida para un animal hambriento. Esta vez, Ella reconoció el rostro.

—Mark —dijo—. Eres tú.

—Sí, soy yo. ¿Quién creías que era?

—¿Qué está pasando? ¿Qué estoy haciendo aquí? —gritó Ella.

—Mira por la ventana.

Ella se volvió hacia la pared del fondo, y recién en ese momento notó un pequeño vidrio rectangular detrás de las rejas. Acercó el rostro al cristal todo lo que pudo. En el exterior, en una larga extensión de hierba, se encontraba la horca. Dos guardias empujaban a la nueva amiga de Ella hacia allí, mientras la chica intentaba escapar de su agarre. No pudo, y cuando estuvo en la plataforma, pareció aceptar su destino.

Ella se volvió hacia el carcelero.

—¿Cuándo me toca a mí? —dijo—. Soy la siguiente en la fila.

Mark echó la cabeza hacia atrás y volvió a reírse.

—Muy graciosa. Lo siento, agente Dark, pero el ahorcamiento es demasiado bueno para ti. Me temo que te quedarás aquí para siempre —dijo mientras desaparecía de nuevo en la oscuridad. En su estado de ensueño inmóvil, Ella no pudo responder, solo pudo aceptar el castigo. Se volvió hacia la ventana para ver a la mujer, que ahora tenía una bolsa en la cabeza, mientras esperaba inerte a que llegara su destino.

Y sorprendentemente, Ella envidió a la mujer.

«PUM».

Oyó el golpe en un mundo lejano a su propia realidad. Se le estremeció el cuerpo y se despertó de repente en la cama de un motel en algún lugar de Delaware. El alivio le llegó en forma de fuerte oleada. No estaba en una celda del siglo XIX. Era libre. No habían ahorcado a nadie.

—Dios —dijo en voz alta mientras recuperaba el aliento. ¿Por qué se sintió tan real? Solo era una pesadilla.

Volvió a oír el golpe, el mismo que se produjo cuando se abrió la trampilla de la horca. Se preguntó por un segundo si no seguía en el mundo de los sueños, pero confirmó que no era así cuando vio sus pertenencias terrenales. Su bolsa, su pistola, aquellas cortinas rojas

y amarillas. Algo en ese lugar estaba haciendo ruido y esta vez no era la ventana.

Ella salió de la cama, y descubrió que su habitación estaba helada. Se apresuró a entrar en el cuarto de baño para comprobar si había alguna gotera, o tal vez un ratón aventurero. Encendió la luz y no vio nada vivo. Solo un inodoro, una bañera, un lavabo y un cubo de basura vacío.

De vuelta a la habitación principal, encendió la lámpara y se dirigió a la puerta. Tuvo un repentino *déjà vu* de su último caso. Miró por la mirilla hacia el pasillo, y esperó a que su vista se adaptara a la oscuridad.

Cuando lo hizo, sintió que de repente se le entumecía el cuerpo. Alguien la miraba fijamente. Una figura estaba de pie frente a su puerta.

La adrenalina de la medianoche se disparó, y Ella retrocedió corriendo y cogió su pistola de la mesita de noche. Un segundo después, tenía la mano en el pomo de la puerta, la abrió y salió con un movimiento rápido. Apuntó con la pistola en una dirección y luego la desvió hacia el otro lado.

Solo había espacio vacío.

No lo había soñado. No pudo haberlo hecho. Dos ojos la miraban fijamente cuando miraba por la mirilla. Apostaría su vida a ello.

Entonces, ¿por qué no oyó a nadie correr? ¿Dónde estaba esa persona ahora?

En el largo pasillo, Ella se sentía totalmente expuesta. Allí había lugares para que la gente se escondiera. Estaría más segura en su habitación.

Retrocedió, pero se detuvo al ver algo que no estaba allí antes.

Un trozo de papel había sido pegado en la puerta. Un sobre. Ella se aferró a su pistola e hizo un último barrido de la zona. Cuando estuvo segura de que no había nadie, arrancó el sobre de la puerta y volvió a entrar en su habitación.

El sobre estaba en blanco, pero sin cerrar. Abrió la lengüeta, metió la mano y desplegó un trozo de papel escrito.

Cuando vio las palabras, volvió a envidiar a la mujer colgada.  
«No pensaste que me había olvidado de ti, ¿verdad?».

## CAPÍTULO CATORCE

Él se dio cuenta de que este iba a ser un poco más difícil que los otros. No había puntos de entrada fáciles, ni zonas aisladas en las que refugiarse. Era la una de la madrugada, así que la gente estaba dormida, pero eso significaba que sus actividades eran los únicos sonidos que podían despertar a los vecinos curiosos. La casa estaba separada del resto, por lo que podía escabullirse por los lados, pero al hacerlo corría un gran riesgo.

Hacía mucho tiempo que no estaba allí. Apenas podía creer que el viejo siguiera viviendo en el mismo lugar. Debía amar mucho este pueblo.

Pero qué tonto era el viejo. Eso solo significaba que encontrarlo era mucho más fácil de lo que él creía.

Observó las casas en busca de alguna luz y solo vio una al final de la hilera. Se deslizó por el lateral de la casa del anciano y descubrió que lo único que bloqueaba su salida al jardín era una puerta de hierro. La sacudió suavemente para asegurarse de que no estuviera suelta, y luego utilizó el asa como punto de apoyo para impulsarse por encima de ella. La saltó con un solo movimiento y cayó con los pies en el césped al otro lado. Apenas hizo ruido en el proceso.

Se escondió bajo la cobertura de la pared de ladrillos y al mirar a su alrededor vio una puerta de cristal que daba al salón. Una nueva incorporación, pensó el hombre. No se veía así hacía años.

La televisión estaba encendida, parecía que estaba con alguna película antigua, que hacía que la habitación se tiñera de gris. Frente

al televisor, el anciano estaba tumbado en el sofá bajo una manta. Dada su edad, probablemente llevaba mucho tiempo dormido.

El pomo de la puerta rechazó su intrusión. Estaba cerrada con llave. Pero al ver ese jardín, aunque era muy diferente de lo que recordaba, le traía una gran cantidad de familiaridades. Él se quedaba aquí mientras los hombres hacían negocios dentro, deambulaba, pateaba la tierra y se subía a las estatuas del anciano. Nunca pensó que volvería a ver esta parte de la ciudad, ni tampoco quería hacerlo, pero en estas circunstancias, era más que aceptable.

Entonces se acordó de ese pequeño lugar que el viejo llamaba su guarida.

Con la cabeza gacha y la capucha puesta, se apresuró a pasar por delante de la ventana hacia el otro lado del jardín. La memoria muscular le hizo recordar todo en segundos. Debajo de la cocina había unas escaleras muy estrechas, que bajaban a la zona que aquel joven temía pisar. Era un espacio reducido, y había un contenedor de basura metálico en la parte inferior; lo rodeó sin perturbar el silencio de la noche.

La incipiente puerta roja era su obstáculo, pero la suerte le sonrió cuando vio la llave de bronce incrustada en ella. La giró, lo que provocó un fuerte tintineo, y luego esperó a ver si su estruendo había importunado a alguien en el interior.

Pasaron treinta segundos. Un minuto.

Decidió que no había peligro. Tiró suavemente de la manija de la puerta, pero descubrió que estaba atascada, probablemente por llevar años sin abrirse. Sacó su cuchillo de la chaqueta, lo metió entre las rendijas y liberó la puerta de sus trabas. Se abrió de golpe y el aire del sótano le invadió instantáneamente los sentidos.

Entró, sintiéndose como si hubiera abierto la caja fuerte de un museo. Cuando iluminó con su minilinterna las posesiones del interior, se dio cuenta de que era básicamente como pensaba. Esta era la habitación donde las reliquias del anciano venían a morir. Tenía todos los ingredientes de un sótano típico: muebles viejos, herramientas eléctricas oxidadas, sacos de cemento endurecido.

Pero entre estas piezas definidas había sacos de lo que el viejo habría llamado alguna vez objetos de colección. Estaban desparramados por el suelo en montones sin gracia, y no pudo evitar agacharse a inspeccionarlos. Algunos le resultaban familiares, tal vez los había visto en su propia colección, pero los dejó en su sitio. No le importaban. Había asuntos más urgentes que atender.

La escalera de madera fue su siguiente punto de atención. Solo con verla se dio cuenta de que era propensa a crujir, así que pisó con cuidado y se mantuvo alejado de su centro. Al llegar a la cima, destrabó la puerta y llegó a un pasillo oscuro. Hacía mucho tiempo que no veía este lugar, pero la distribución era exactamente igual a como la recordaba. Su linterna expuso el mismo reloj, el mismo papel pintado y el mismo espejo gótico de antaño. Parecía que los gustos del viejo Barry no habían cambiado después de todas estas décadas.

El suelo alfombrado silenció su recorrido desde el pasillo hasta el salón, y allí vio al objeto de su deseo, que yacía inerte en el sofá con un control remoto en la mano. Qué visión tan triste. Así sería su muerte, frente a una vieja película en blanco y negro que probablemente ya había visto mil veces. Más triste aún era que este hombre probablemente no sería extrañado por nadie. Un funeral barato y una pequeña lápida, y en los próximos años, alguien pronunciaría su nombre por última vez.

Empezaron a rodar los créditos finales de la película, justo a tiempo para su último aliento. El viejo Barry estaba tendido con la boca entreabierta y un brazo colgando del lado del sofá. El hombre volvió a agarrar su cuchilla y se preparó. Esta parte no era fácil. Tenía que ser preciso para crear el mínimo desorden. Si se equivocaba por un centímetro, las cosas podrían resultar muy diferentes de lo que había planeado, y el anciano no estaba en una posición óptima precisamente. Además, el sofá estaba pegado a la pared, así que no podía moverse por detrás para conseguir el mejor ángulo.

Bajó su reluciente cuchilla hasta el gordo cuello del hombre, que se extendía y retraía al ritmo de la música sinfónica de la banda sonora de la película. Quería volver a oír su voz, quizá mirarlo a los ojos antes de acabar con su vida. Pero hacerlo era un riesgo que no valía la pena correr. Con la muerte era más que suficiente.

Pero entonces, su mano sufrió un repentino espasmo, y presionó la cuchilla contra la carne del hombre, pero no con la fuerza suficiente para hacer nada. La sala adquirió nuevos colores y una voz estruendosa bramó detrás de él.

La película había terminado y había pasado a los anuncios, lo que provocó un repentino cambio en la dinámica del volumen. El pánico atenuó su objetividad tranquila hasta que todo su interior se estremeció de espanto. Todo ocurrió en una fracción de segundo, y cuando volvió a mirar a su posible víctima, tenía los ojos muy abiertos.

—¡Ah! —le gritó el anciano en la cara mientras estiraba los brazos y las piernas en una serie de movimientos torpes pero eficaces. Se levantó de golpe hasta quedar sentado y golpeó el cráneo de su agresor con los puños enloquecidos. El hombre retrocedió, se desplomó contra la pared y blandió su cuchillo con imprudencia. Sintió que entraba en contacto con la carne, pero en el repentino cambio de dinámica, no pudo decir exactamente dónde.

El anciano se tambaleó hacia atrás, se golpeó contra el brazo del sofá y perdió brevemente el equilibrio. El atacante se lanzó hacia él con la cuchilla en la mano, y le hundió el arma en el estómago. Chorros de líquido brotaron de la herida, lo que empapó de sangre caliente a ambos y a la alfombra amarilla que había debajo. Penetrar en el tejido carnoso del estómago era una sensación nueva para él, mucho más suave, como desmenuzar las tripas crudas de un cerdo. Al retirar el cuchillo, salieron nuevos chorros de sangre, y el anciano se apretó la herida con ambas manos mientras sucumbía al dolor punzante.

Su víctima volvió a tumbarse en el sofá, y pataleó con las piernas en un vano intento de protección. A estas alturas, el ADN del

hombre debía estar por toda la casa. La revelación produjo un agarre hermético alrededor del mango de su cuchillo, que empujó con toda la fuerza en la garganta del hombre. Sintió el aliento rancio contra el rostro, pero no lo soltó hasta que el viejo se quedó completamente inmóvil.

«Qué desastre», pensó. Este frágil anciano le había causado más dificultades que todos los demás juntos. ¿Había sido descuidado? ¿Había cometido errores? Había logrado el objetivo final, pero no de la manera que él quería, y esa constatación le provocó un ataque de ira que le quemó las sienes.

Gruñó de rabia, y luego liberó la furia en forma de una desgarradora puñalada en el corazón del hombre.

—Maldita sea —gritó—. Te mereces esto. Por todo lo que has hecho. Siempre te he odiado. Hace años que te quería muerto.

Sacó la cuchilla como si estuviera sacando la espada de Excalibur de la piedra. Dio un paso atrás y analizó su obra, pero no estaba nada contento con ella. Metió la mano en su chaqueta ensangrentada, cogió lo que se suponía que eran las joyas de la corona y las sostuvo ante los ojos del anciano. Al menos encajaban perfectamente. Las introdujo hasta que sintió que los globos oculares se hundían, y luego reacomodó los párpados para mantenerlas en su lugar.

Segundos después, se había adentrado de nuevo en la noche.

## CAPÍTULO QUINCE

Ella se acostó y, en su mente, vio un carrusel de rostros de hombres dar vueltas y vueltas. Primero fueron Jimmy Loveridge y Alan Yates, luego Mark se unió a la vuelta, después Byford y Daniel García. Y el último, que parecía cambiar de posición en cada rotación, era Tobias Campbell.

Se sentó y miró la nota en su mesita de noche, con un miedo irracional de que la nota pudiera tener algún secreto siniestro que aún no había revelado. El reloj le indicaba que eran las seis de la mañana y que llevaba horas sentada allí. Eso significaba que alguien había ido a su habitación en mitad de la noche para entregarle esto.

¿Habría cámaras de seguridad? ¿Podría preguntarle al recepcionista si había visto a alguien? ¿O eso solo haría que todo fuera más real? En aquel momento, podría tratarse de un engaño, ¿o tal vez fuera Mark jugando con ella? El estrés se combinó en una ola de temor ardiente que obstruyó su mente con preocupaciones innecesarias. Durante las dos últimas semanas, había hecho todo lo posible para olvidarse de Campbell. Desde que él le había enviado la carta a Mia explicándole su engaño, rezaba para que su suplicio con él hubiera llegado a su fin. Tal vez eso fuera suficiente para saciar su sed de manipulación. No recordaba la letra de la otra carta, así que no podía compararla, pero tenía la sensación de que él estaba detrás de todo eso.

Miró los hechos. Tobias Campbell estaba en una celda subterránea y nunca volvería a ver la luz del día. Había sido condenado a cinco cadenas perpetuas, por lo que la posibilidad de

libertad condicional era prácticamente nula. Sin mencionar el hecho de que los tribunales nunca pondrían en libertad a un asesino en serie tan conocido. La reacción que se produciría sería demasiado severa para que mereciera la pena.

Pero Campbell tenía secuaces, discípulos. Mia lo describía como una araña en el centro de una telaraña, por lo que sin duda podía llegar a ella si así lo deseaba. Ella ya lo había descubierto de primera mano cuando el mes anterior le había dejado un animal muerto en la puerta de su casa.

Pero ¿por qué ella? ¿Qué quería de ella? Había millones de personas con las que podía jugar, objetivos mucho más fáciles que ella. ¿Todo esto era porque ella lo invitó a su vida? ¿Porque ella quería aprender de él, y esta era la retorcida manera que él tenía de hacerlo?

Ella se levantó de la cama y se acercó a la mesita de noche. Captó su reflejo en un espejo y odió la imagen que se le ofrecía: bolsas bajo los ojos, piel manchada, incluso una cana suelta entre el negro del cabello. No era el aspecto de una mujer normal de 29 años, sino el de una mujer en plena crisis.

Examinó la letra con más detenimiento. «No pensaste que me había olvidado de ti, ¿verdad?». Las palabras estaban alineadas, sin ninguna inclinación. Las tildes se inclinaban ligeramente hacia la izquierda. Los puntos y las cruces estaban escritos en línea recta. No había curvatura en la «h». La «r» tenía esquinas afiladas en lugar de un arco. Según sus limitados conocimientos de grafología, era la letra de un hombre de mediana edad. Tobias tenía 51 años. Podría ser fácilmente la suya. Tenía que compararla con la antigua carta para estar segura.

¿Dónde la había puesto? Como todo lo que significaba algo para ella, la había dejado en la caja gris de su armario. Tal vez Jenna podría buscarla y enviarle una foto.

Mientras cogía su teléfono, le asaltó otra preocupación. ¿Y si no se trataba de una amenaza? ¿Y si se trataba de algo más?

¿Y si se trataba de una petición? ¿Tobias quería volver a verla en persona?

La idea la heló desde las terminaciones nerviosas hasta la médula. La mera idea de volver a pisar esa prisión era suficiente como para hacerla estremecer después de todo lo que le había hecho pasar. Una vez era suficiente, dos veces era volver a hacer el papel de tonta, pero tres veces era absolutamente absurdo. No iba a jugar más a sus juegos, y si él venía a buscarla, que así fuera. Ya fuera él, uno de sus secuaces o cualquier otra persona, estaría preparada y esperando con la recámara llena de balas para el desgraciado que la encontrara.

Pero tenía que saber si era él o no. Si tenía una respuesta, podría prepararse para lo que le esperaba. Si continuaba siendo un misterio, la consumiría. Revisó sus contactos hasta que encontró el número de Jenna en su agenda, pero justo cuando estaba a punto de pulsar el botón de llamada, un número diferente apareció en la pantalla.

Un número de móvil que no reconocía.

—¿Hola? —respondió.

Conocía la voz. Simplemente le dijo:

—Anoche hubo otro asesinato.

Ella se apretó la base de la nariz y suspiró. Otra capa de dolor a la pila.

—Ahora mismo voy, comisario —dijo.

\* \* \*

Ella y Byford llegaron al lugar del crimen poco después de las siete de la mañana. La casa de Barry Windham estaba situada en el número 23 de la avenida Hartshone, un barrio suburbano escondido detrás de un embalse de Newark. La vivienda en cuestión estaba situada en la última fila, pero la visibilidad desde las casas de alrededor era alta.

—No es tan discreta como las otras casas —dijo Byford, mientras se arreglaba la corbata al salir del coche.

—No. Según la primera impresión, debe haber apuntado a esta casa específicamente.

—De acuerdo. Veamos qué tenemos.

Oficiales de policía uniformados rodeaban el jardín para mantener alejados a los curiosos. En la puerta, Ella y Byford mostraron sus placas al oficial a cargo. Él les hizo un gesto para que pasaran.

—Esperen —dijo. Encendió su radio y se la llevó a la boca—. Los federales están aquí.

Un segundo después, el comisario Hunter apareció en la puerta principal y les hizo un gesto a los agentes para que se acercaran. Ella percibió el anillo rojo alrededor de sus ojos, lo que le sugería que hacía tiempo que él no dormía bien.

—Nos ha tocado una mala —dijo el comisario Hunter—. Baño de sangre.

El horror comenzaba a aumentar. En una situación así, lo mejor era que la escena del crimen fuera idéntica a las demás. Los patrones eran más fáciles de seguir que el caos. Si las cosas eran diferentes, significaba que el asesino estaba evolucionando o experimentando, lo que dificultaba mucho las cosas para los investigadores.

—Máscaras y guantes por favor, damas y caballeros. —El comisario Hunter les entregó el material. Se los pusieron y entraron en la vivienda, primero accedieron a un pasillo alfombrado. El olor característico de la sangre cobriza se impuso sobre el tenue aroma a caoba que Ella percibía en los muebles. Incluso con la máscara puesta, Byford se tapó la nariz.

Cuando doblaron la esquina hacia la sala de estar, apareció el verdadero horror. Esta vez, las monedas aún no habían sido retiradas de las cuencas oculares de la víctima, por lo que Ella pudo ver esa monstruosidad en persona.

—Por Dios —dijo ella y apartó los ojos por un momento—. Esto es atroz. Pobre hombre. —La víctima debía de tener unos sesenta años o más, y además era un poco robusto. Estaba tendido en el sofá, tenía dos monedas brillantes que ocultaban sus ojos y tres heridas que decoraban su cuerpo. Se volvió hacia Byford, que estaba contemplando la escena con una mirada de inquietud.

—¿Estás bien, Nigel?

—Sí —dijo él—. Es increíble. Las cosas que podemos hacer. Esto ni siquiera parece algo de este mundo.

Ella se sorprendió un poco ante su muestra de emoción. Tal vez era humano después de todo.

—¿Qué sabemos hasta ahora? —ella dirigió su pregunta al comisario.

—Este es Barry Windham, 62 años, vive solo. Trabajó como electricista hasta el año pasado.

Banquero, anticuario, electricista. En lo que respectaba al mundo de las monedas, una de esas cosas no era como las otras.

—¿Quién lo reportó? —preguntó Byford.

—El vecino de al lado. Oyó un grito alrededor de la una de la madrugada y luego escuchó unos golpes. Fue entonces cuando nos llamó. Llegamos rápidamente, pero no vimos a nadie. También patrullamos la zona toda la noche. Nada.

—Un disturbio. Eso no ocurrió con los otros —dijo Ella. Junto al sofá, una técnica se arrodilló y tomó algunas fotos de cerca de las heridas de Barry. Cuando se fue, les indicó a los agentes que la escena era suya.

Ella se acercó al cuerpo y empezó por la parte conocida: el cuello. Todas las víctimas, incluida la actual, tenían profundas laceraciones en el cuello. Pero en este caso había algo diferente. Los otros cortes habían sido precisos, intencionados, casi quirúrgicamente exactos. Pero el profundo corte en el cuello de Barry Windham era todo menos eso. Se veían fragmentos de hueso y tejido muscular, y si el objetivo era la muerte, no había necesidad de que fuera así. En contraste con la precisión mostrada con las

otras víctimas, el golpe mortal de Barry Windham fue caótico e incontrolado.

—Hubo muchas más puñaladas —dijo el comisario Hunter.

Ella continuó avanzando por el cuerpo y llegó a la siguiente herida cerca del corazón. No llegó a atravesar el corazón, tal vez quedó a dos centímetros. De repente recordó lo que Daniel García había dicho sobre los sacrificios de la santería y se asustó un poco, preguntándose por un segundo si no había cometido otro grave error. Miró las monedas de los ojos, y descubrió que ambas estaban colocadas de cruz.

Se tomó un momento para considerarlo. Estos eran los hechos. Ella no podía cambiarlos, pero no había sido igual con las otras víctimas. Si Ripley estuviera aquí, le diría a Ella exactamente eso. «Moldear las teorías para que se ajusten a los hechos, no al revés». Con eso en mente, borró la palabra «santería» de su cabeza y se centró en el cadáver que tenía delante.

Lo siguiente era un corte en el estómago de la víctima. Tenía unos cinco centímetros de ancho, lo que significaba que la cuchilla había penetrado en la carne y luego había sido desplazada hacia abajo. Esto no era una indicación de un ataque planeado. De nuevo, era desordenado, casi desesperado.

—Estos dos se enfrascaron en una pelea, pero nuestro sudes logró dominarlo.

—Esta salpicadura de sangre va desde el sofá hasta la pared —añadió Byford—. En algún momento, lucharon por aquí, luego nuestro asesino lo trasladó de nuevo al sofá.

—Eso creo. Sabemos que nuestro asesino ataca a la gente cuando está durmiendo, así que tal vez Barry logró verlo antes de que el asesino atacara.

—Es eso o le impidió el avance. —Byford inspeccionó las manchas de sangre contra la pared—. La salpicadura es un poco menos intensa aquí, así que lo más probable es que lo apuñalara aquí primero. O bien tuvieron un enfrentamiento, o Barry lo estaba esperando cuando dio la vuelta a esta esquina.

Ella volvió a mirar a la víctima de arriba a abajo.

—No, mira. Esta manta está envuelta alrededor del tobillo de Barry. Eso sugiere que se levantó de este lugar a toda prisa.

Byford se acercó e inspeccionó a la víctima.

—Es cierto. Buena observación.

Ella había visto todas las heridas que necesitaba. Solo le quedaba una cosa más por comprobar.

—Comisario, ¿puede pedirle a la forense que regrese?

—Claro. —Él desapareció por la esquina y volvió unos segundos después con la misma forense que había tomado las fotos. El comisario Hunter señaló a Ella y la técnica se acercó.

—¿Alguna duda? —preguntó la mujer. Ella pudo ver detrás de su máscara que era de ascendencia asiática, pero no pudo saber más.

—¿Sería posible sacar estas monedas? Nos gustaría comprobar algo.

La técnica asintió y se arrodilló frente al sofá. Con las manos enguantadas, ensanchó la zona alrededor del ojo con una mano y extrajo la moneda con la otra. La colocó dentro de una pequeña bolsa de plástico y se la pasó a Ella. Byford y Hunter también la observaron atentamente.

Esta vez se trataba de una moneda de oro, que tenía caracteres asiáticos en los bordes y un dragón en espiral en la superficie. En el otro lado, la cara de un hombre calvo. Esta vez, no había ninguna marca en inglés.

—¿Qué es eso, japonés otra vez? —preguntó Hunter.

—No, no reconozco estos símbolos en absoluto. Esto no es kanji. Podría ser coreano o...

—Es chino —dijo la técnica—. Es el presidente Kai-shek en la superficie.

—Oh, gracias —dijo Ella—. ¿Puede leer estos símbolos? —Le pasó la moneda.

—Sí que puedo. —La técnica la tomó y sostuvo la bolsa a la altura de sus ojos—. «Esperanza y prosperidad bajo el gobierno de Kai-shek. Provincia de Shen-Si. 1964».

El ambiente cambió cuando se escuchó la fecha. Volvió a sentir esa sensación y Ella tuvo que evitar apretar el puño en señal de euforia.

—¿Qué año era? ¿1964? —preguntó.

—Sí. —La técnica señaló una pequeña inscripción en el borde inferior de la moneda—. Se escribe de forma diferente en las monedas para ahorrar espacio. Normalmente, tendría siete caracteres, pero aquí solo han utilizado los números individuales, así que solo son cuatro. ¿Eso les ayuda?

Ella no necesitaba más confirmación. Las monedas en cada escena del crimen eran de 1964. No podía ser una coincidencia.

—Sí. Muchas gracias.

La técnica comprobó la segunda moneda del cuerpo.

—Esta es igual. Exactamente la misma moneda. ¿Hay algo más que necesiten?

—No. —Ella miró a Byford y al comisario—. ¿Ustedes?

Ambos negaron con la cabeza.

—Puede llevárselos para analizarlos —dijo Ella. Se levantó y se alejó de la escena hasta llegar a una puerta del invernadero que daba al jardín. El panel de cristal llegaba desde el suelo hasta el techo. Si el sudes entró por la parte trasera, habría podido ver a su objetivo durmiendo.

—Comisario, ¿sabemos cómo ha entrado el delincuente? —preguntó. El comisario Hunter llegó junto a ella en la ventana.

—No. Eso es algo en lo que ustedes podrían ayudar. Cuando llegamos aquí, todas las puertas estaban cerradas. Todas las puertas. Tuvimos que usar el ejecutor en la parte delantera para entrar, e incluso esa estaba cerrada con cerrojo desde el interior.

Por lo que Ella dedujo de las conversaciones de los policías a lo largo de los años, el ejecutor era un ariete.

—Así que cerró las puertas al salir.

—Podría ser —dijo el comisario—. Podría haberse llevado una llave.

—Podría haberlo hecho, pero ¿por qué? No lo hizo en las otras escenas, simplemente dejó las puertas abiertas. Y esto no es un asesinato de oportunidad. Nuestro sudes quiere que la gente encuentre estos cadáveres.

El comisario se quitó la máscara y la arrojó sobre una mesa auxiliar.

—Para prolongar el proceso, tal vez. No lo sé. Tú eres la experta en comportamiento.

Sí, lo era, y tenía que averiguar cómo había logrado acceder este sudes. Volvió a salir al frente de la casa y la miró con ojo criminal. La puerta principal estaba cerrada, no había ventanas que pudieran abrirse. La única otra ruta posible era a través del jardín. Se dirigió a la puerta exterior, una puerta de hierro relativamente baja que podía ser fácilmente superada. Desbloqueó el pestillo y se dirigió hacia el lateral de la casa. Allí se encontró al otro lado del gran cristal. También estaba cerrada, y las ventanas no se abrían lo suficiente como para que un hombre adulto pudiera pasar por ellas.

Ella retrocedió unos pasos, observó el edificio y pensó que el sudes podría haber trepado por la tubería de desagüe hasta una ventana del piso superior. Siguió con la mirada la tubería a lo largo de los cimientos del tejado, y observó cómo serpenteaba hacia la izquierda y luego desaparecía milagrosamente.

—¿Qué? —dijo en voz alta. Se desplazó hacia la izquierda y allí, en un hueco muy estrecho entre la casa y la valla, había un conjunto de escalones. Ella se acercó a ellos y descubrió que descendían hasta el nivel inferior.

Los siguió, apartó un cubo de basura y llegó a una gran puerta roja. No estaba bien ajustada en su marco. Ella se dio cuenta de que alguien la había abierto recientemente.

Un tirón de la manija permitió descubrir el interior. Ella entró en un pequeño sótano, donde tropezó con una pila de herramientas eléctricas. La luz de la mañana lo iluminó todo, y no fueron las sillas desechadas ni el viejo motor lo primero que le llamó la atención: fueron los sacos.

—Dios mío —dijo, y de repente, este caso parecía muy diferente al anterior—. Byford, Hunter. Bajen aquí —gritó—. Van a querer ver esto.

Tenía todo lo que necesitaba. Esto era todo. Así era como iba a atraparlo.

## CAPÍTULO DIECISÉIS

Ella se apresuró a volver a la comisaría con la cabeza llena de fantasmas, de ideas vagas con el potencial de manifestarse al completo con suficiente energía. Lo que había encontrado en el sótano había cambiado por completo su rumbo. Hasta ese momento, las piezas del rompecabezas estaban dispersas en el aire, pero esa mañana descubrió la fuerza que las unía.

Habían encontrado monedas. Miles y miles de ellas. Barry Windham debe haber sido un coleccionista de monedas en algún momento, pero había abandonado el *hobby* por alguna razón. ¿Este asesino podría estar atacando a la gente en el negocio de las monedas? Si así fuera, ¿cómo encajaban las dos primeras víctimas? Eso es lo que iba a averiguar.

En su oficina, llenó su escritorio de papeleo. Para poder hacerlo, necesitaba copias físicas, no palabras en una pantalla. Tener algo en la mano ayudaba a que todo fuera más auténtico. Byford la siguió.

—Así que nada que ver con la religión o el sacrificio —dijo con una pizca de prepotencia. Ella estaba dispuesta a admitir cuando se equivocaba, un rasgo que mucha gente necesitaba adoptar en su profesión, pensó.

—Nada de eso. Me equivoqué de rumbo y lo siento.

—Podría habértelo dicho ayer. Oh, pues bien —dijo él.

Ella no estaba dispuesta a entrar en otra discusión con el hombre. A veces, parecía que tenía el potencial de ser un gran compañero. Otras veces, era un excelente argumento para trabajar en solitario.

—Lo hiciste y siento no haber escuchado. Pero tenemos una tonelada de pruebas que respaldan esta teoría, así que ¿qué tal si ponemos manos a la obra y la desciframos?

Byford apoyó las manos en la mesa.

—Estoy contigo en esto. El vínculo de la moneda está claro con esta víctima. No tanto con las otras, pero quizá sea porque no hemos buscado lo suficiente. Y este vínculo de 1964 podría ser lo que nos ayude a encontrar al culpable.

El vínculo con el año 1964 era innegable, pero Ella aún no sabía lo que simbolizaba. Todos estos hombres tenían edades diferentes, así que no eran sus años de nacimiento. Tampoco podía ser el año de nacimiento del sudes, ya que eso supondría que tenía casi 60 años. Una persona de sesenta años, por muy sana o atlética que fuera, no podría hacer gala de la astucia necesaria para llevar a cabo estos ataques. Era raro, casi inaudito, que un asesino en serie comenzara su carrera de asesinatos tan tarde.

Pensó en las dos primeras víctimas, un antiguo director de banco y un anticuario. ¿Cómo podría indagar en sus vidas? Si tenían un vínculo con el mundo del coleccionismo de monedas, tenía que encontrarlo. La primera víctima, Alan Yates, empezó como director de banco y luego se jubiló a los cincuenta años para dedicarse a obras de caridad. Rebuscó entre sus papeles todo lo que tenía sobre Alan Yates, lo analizó y no encontró ningún vínculo con el mundo de las monedas. Frente a ella, Byford se dedicó a revisar los nuevos informes.

Ella se sentó y acercó su computadora portátil. Tuvo que recurrir al mundo virtual para encontrar algo sobre él. Buscó en Internet la palabra «ALAN YATES NEWARK DELAWARE» y le aparecieron más de tres millones de resultados, demasiados para poder examinarlos. Añadió la palabra «filantropía» y se redujo considerablemente. Comenzó a buscar en los resultados.

—Vaya, parece que Alan Yates era un gran benefactor. —Encontró menciones a escuelas, hospitales y organizaciones benéficas tan solo en la primera página de resultados. El primer

resultado en el que profundizó fue el titulado «BENEFACTOR LOCAL REGALA EQUIPOS DE PROTECCIÓN INDIVIDUAL AL HOSPITAL». El artículo contenía una foto de Alan Yates, que estrechaba la mano de una mujer con bata de enfermera. Buscó algo útil en el artículo, pero no encontró nada.

Siguió avanzando por la página. El siguiente resultado detallaba la donación de Alan a una organización benéfica local para niños desfavorecidos. Libros, juguetes, juegos, ropa, aparatos electrónicos. El tipo era un verdadero héroe, se dijo Ella. El hecho de que un hombre tan generoso pudiera ser asesinado tan cruelmente la hacía consciente de su propia mortalidad.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Byford.

—Alan Yates donó una pequeña fortuna, pero no encuentro ningún vínculo con el mundo del coleccionismo de monedas.

—Tal vez deberías probar con páginas de coleccionistas o ver si hay comunidades en la zona.

Ella no creía que fuera a servir de mucho.

—Si Alan fuera un coleccionista, habríamos encontrado monedas en su casa. El comisario dijo que buscó en ese lugar por todas partes y no encontró nada. Lo mismo con Jimmy Loveridge.

—Supongo. —Byford se encogió de hombros y no aportó nada más. Ella deseaba que fuera un poco más entusiasta a veces.

Exploró cinco artículos más, pero encontró más de lo mismo. Alan parecía hacer notables donaciones con regularidad, como si estuviera ansioso por regalar toda su fortuna. Como último recurso, se dirigió a la sección de imágenes y encontró casi todas las fotos que ya había visto en los artículos. Se desplazó por ellas. Por ejemplo, Alan sonriendo con un grupo de niños, Alan estrechando la mano del alcalde, Alan en una entrega de premios.

La calidad de las imágenes fue disminuyendo a medida que llegaba al final de la página. A aquellas alturas, estaba encontrando cosas que no tenían nada que ver con la tarea que estaba realizando. Se recostó en la silla y dejó que el resplandor blanco de la pantalla envolviera su visión, y luego se sumió en una ensoñación

al volver a pensar en la extraña nota de su habitación de motel. El reciente descubrimiento del hábito coleccionista de Barry Windham le había hecho olvidar la nota, pero cuando el caos se calmó, Tobias Campbell aún estaba allí acechando sus reflexiones. Estaba a tres mil kilómetros de distancia, pero al mismo tiempo estaba a su lado.

Por un momento fugaz, se preguntó si la mejor solución posible a todo esto era visitar el correccional de Maine por última vez, esconder una Glock del 22 y meterle una bala en el corazón de Campbell. La fantasía se convirtió rápidamente en algo que la consumía, y no fue hasta un minuto después que se dio cuenta de que en la pantalla de su computadora había una imagen muy familiar.

Ella se agarró al borde de la mesa y apartó cualquier pensamiento sobre Tobias. Cuando volvió al presente, se dio cuenta de que la última imagen de los resultados de su búsqueda era la de un niño pequeño, con el pelo rubio y brillante, con una sonrisa como si acabara de beberse un océano de chocolatada. La calidad de la imagen era baja, como si hubiera sido sacada de una noticia de hace décadas y el niño en cuestión no se parecía a ningún niño que ella hubiera visto en su vida.

Pero lo que le llamó la atención fue el objeto que tenía en la mano.

—Nigel —dijo—. Mira.

Byford se levantó rápidamente de su silla y fue junto a ella al otro lado de la mesa. Ella amplió la imagen y descubrió que apenas tenía trescientos por trescientos píxeles.

—Oh, Dios. Eso es... —Él entornó los ojos—. La moneda del yen japonés. La que encontraron en la escena de Yates.

Lo primero que Ella pensó fue que se trataba de un descomunal accidente por su parte y que había alterado los resultados de la búsqueda durante su trance mental. Comprobó todo de nuevo. No, no lo había hecho. Los resultados seguían diciendo «ALAN YATES NEWARK FILANTROPÍA». Hizo clic en el artículo correspondiente y la página cargó una pantalla completamente en blanco.

—Es un enlace inactivo —dijo Byford.

Ella golpeó la palma de la mano contra la mesa.

—Mierda. Tiene que haber una forma de acceder.

Copió la ubicación del enlace, lo pegó en la barra de URL y obtuvo la misma página en blanco. Probó con otro navegador y obtuvo el mismo resultado.

—Déjalo, no va a funcionar.

Ella recordó que Mia había dicho algo sobre la tecnología la última vez que Internet les falló. No recordaba la frase exacta, pero era algo así como «dejen de exigirle tanto a la tecnología y empiecen a exigirselo a ustedes mismos». Ella lo interpretó como que, si querías resultados, tecnológicos o no, tenías que esforzarte.

—La página debe estar almacenada en algún lugar —dijo. En la página en blanco, escarbó en el código HTML a través de la consola de comandos del navegador. Su corazón empezó a latir con fuerza cuando vio cinco archivos de texto, dos de imagen y un montón de extensiones que no reconocía. Allí había algo.

Extrajo el primer archivo de texto a un documento del bloc de notas y descubrió que era el primer párrafo del artículo caído.

—¡Sí! —dijo—. Lo tenemos.

«19 de marzo de 2002. Un banquero de inversiones y benefactor local hizo sonreír a muchos esta semana tras presentarse sin previo aviso en una escuela local provisto de sacos llenos de golosinas para que los niños disfrutaran. Alan Yates sorprendió a los escolares de la Escuela para Niños Desfavorecidos de Wood Green con cajas de juguetes, juegos de mesa, herramientas creativas y consolas Nintendo».

—No veo nada de monedas —dijo Byford. Ella deseó que fuera un poco más paciente y extrajo el siguiente párrafo.

«Pero una pila de los objetos del arsenal del Sr. Yates fue el mayor éxito entre los niños: sus bolsas de monedas antiguas. “A veces encontramos alguna que otra moneda extranjera en los depósitos del banco, —continuó diciendo el Sr. Yates—. No nos sirven de mucho, así que las saco y las guardo. Sé que los tazos

están de moda estos días, ¡así que pensé que los niños les darían más uso que yo!"».

—¡Lo tenemos! —dijo Ella. Apretó los puños y los golpeó contra la mesa con entusiasmo—. ¡Lo sabía! Alan solía regalar monedas a los niños. Eso tiene que ser parte de todo este asunto.

Byford dio un paso atrás y se frotó la barbilla con fuerza.

—Es interesante, cuando menos, pero ¿cómo?

Ella se dio cuenta ahora de que Byford era una de esas personas que se apresuraban a ofrecer problemas, pero rara vez soluciones.

—No lo sé, pero es un punto de partida. Ahora, si podemos establecer que Jimmy Loveridge tenía algún vínculo con este mundo, tenemos una conexión sólida que podemos explorar.

—Pero este artículo es de hace veinte años.

Ella no respondió, y en su lugar esperó a que Byford propusiera algo más que un inconveniente. Él no propuso nada, así que Ella se encargó de ello.

—¿No dijo la mujer de Jimmy algo sobre las casas de empeño? ¿Jimmy no trataba con algunas?

—Lo dijo.

—Vamos a hablar con la que mencionó. Puede que nos digan algo.

—Muy bien, déjame terminar —dijo Byford.

Ella leyó el resto del artículo mientras esperaba a su compañero, pero no encontró nada interesante. Alan Yates solía encontrar monedas extranjeras en sus remesas, así que las regalaba a los niños para que jugaran con ellas. Recordó los tazos de cuando era niña, y Alan tenía razón, a los niños les habrían encantado. Una decisión bastante creativa por parte de Alan, pensó.

Para terminar, comprobó los dos archivos de imágenes. La primera era la foto del niño sonriente con la moneda, la segunda era una imagen que aún no había visto y que le puso la piel de gallina.

—Dios mío —dijo. Pensó que el conjunto de cansancio y estrés le estaba jugando una mala pasada a la vista—. Nigel, mira esto.

—¿Y ahora qué? —preguntó él mientras llegaba a su sitio. Tomó su chaqueta antes de acercarse. Cuando llegó a la pantalla, él también se quedó helado de sorpresa—. Santo ci...

La imagen mostraba a Alan Yates como un hombre más joven, sonriendo de oreja a oreja mientras sostenía dos monedas sobre sus ojos.

## CAPÍTULO DIECISIETE

Ella estacionó su vehículo a unos 60 metros de su destino. Una de las ventajas de pertenecer a las fuerzas del orden era la flexibilidad para estacionar, pero encontrar espacios en una ciudad tan ajetreada como Newark era una tarea ardua. Ella encontró un cordón vacío fuera de una ferretería donde no obstruiría el tráfico.

Ases & Ochos era una antigua tienda tradicional de ladrillo en la calle Dragon Run, en el centro de Delaware. Tenía un toldo a rayas que descendía del techo, inmaculadamente limpio y a Ella le pareció sorprendentemente atractivo. El escaparate anunciaba «COMPRAMOS ORO» en letras gigantes que eran imposibles de ignorar. Ella se dio cuenta de repente de que nunca había estado en una casa de empeño en su vida.

Unas campanillas de viento anunciaron su entrada por la puerta de madera. El interior olía a pino fresco y a limón, y parecía que cada centímetro de espacio contenía alguna reliquia antigua. El recorrido por la tienda estaba determinado por una pequeña franja en la que apenas cabían dos personas. Atravesaba la tienda linealmente, como una especie de atracción de feria manual. A su izquierda, Ella vio dos máscaras alargadas que la miraban fijamente, con aspecto de pertenecer a alguna lejana tribu africana. Todas las cosas extrañas parecían estar en la parte delantera, mientras que la parte trasera estaba adornada con bicicletas, guitarras, aparatos electrónicos y joyas.

Se dirigieron al mostrador y no encontraron a nadie. Ella gritó para pedir asistencia.

—Hola. ¿Hay alguien aquí?

—Ya salgo —respondió una voz. Segundos después, un caballero sudado apareció desde una habitación trasera—. Lo siento, hay cosas pesadas ahí atrás. ¿Están bien?

El caballero increíblemente fornido. Las canas le adornaban el rostro, desde el pelo revuelto por el viento hasta la gigantesca barba que le llegaba al pecho. Si Ella tuviera que adivinar, tendría unos cincuenta años. Llevaba un chaleco gris que dejaba al descubierto sus brazos que parecían troncos de árbol. No eran musculosos en sí, pero parecían capaces de aguantar unos cuantos kilos.

—No queremos molestarle, señor, pero soy la agente Dark y este es el agente Byford del FBI. Estamos buscando al dueño de esta tienda.

—Ese soy yo. Soy Ace. Del FBI, ¿dice? Bueno, yo no lo hice, lo prometo —dijo y se rio.

—Estamos seguros de que no lo hizo. En realidad, estamos investigando un caso de homicidio y creemos que usted podría conocer a la víctima.

—El viejo Jimmy —intervino Ace antes de que Ella pudiera terminar—. Sí, me enteré. Tenía la sensación de que la policía iba a venir a visitarnos, de hecho. No conozco todos los detalles, pero es impactante. Espantoso.

—¿Nos esperaba, señor? —preguntó Byford.

—Sí. Y no me digas señor, pueden tutearme. Llámame Ace, lo que significa «as» en inglés. Llamé a esta tienda así porque mis ocho hijos me ayudan a dirigirla.

Ella ató cabos.

—Vaya, ¿ocho hijos? ¿Vendes televisores aquí? Porque creo que necesitas una para tu dormitorio.

—¡Buen chiste! —Jimmy se rio—. Todos han crecido y me han dejado ahora. Tendría otros ocho si mi mujer estuviera todavía con nosotros. Pero, de todos modos, Jimmy y yo éramos tan unidos

como cualquier pareja casada, así que pueden preguntarme cualquier cosa. Tengo todo el día.

Ella agradecía la cooperación de Ace. Mucha gente tendría miedo de ser tan servicial por si eso los hiciera sospechosos. Dado el tamaño de Ace, dudaba que pudiera escabullirse en tres casas sin ser descubierto.

—Gracias. La esposa de Jimmy dijo que tú y él a veces se peleaban. ¿Puedes hablarnos de eso?

—¿Peleas? —Ace se rio—. Ella está hablando sin saber. Este es un negocio de hombres y las bromas son parte del negocio. Jimmy y yo podíamos no estar de acuerdo en algunas cosas, pero nueve de cada diez veces éramos como hermanos. Le tenía mucho respeto al viejo.

Ella decidió ahondar en su relación antes de llegar a la verdadera pregunta.

—¿En qué no estaban de acuerdo?

—Sobre todo en los precios. Su tienda está muy cerca de la mía. Nadie va a comprarle un jarrón cuando yo tengo lo mismo por la mitad de precio. Siempre me decía que subiera mis precios, pero yo le decía que no tenía sentido. Si lo hacía, ninguno de los dos conseguiría la venta.

—Parece el clásico sistema de precios del mercado de la competencia —dijo Byford.

Ace se tiró de la barba y la retorció. Ella tuvo que preguntarse cómo esa cosa no le hacía picar la cara.

—Totalmente. Pero él tenía a sus amantes de las antigüedades y yo tengo a mis cazadores de gangas. Los dos tenemos nuestro propio nicho, pero nos solapamos cuando se trata de cosas como adornos, joyas, monedas. Cosas cotidianas.

Ella y Byford cruzaron una mirada cuando Ace mencionó la palabra mágica.

—Has mencionado algo que nos interesa mucho, Ace. ¿Sabes si Jimmy tenía alguna relación con las monedas? ¿Específicamente con monedas raras?

Ace apoyó las manos en la barra.

—¿Monedas has dicho? Bueno, no encontrarás un anticuario que no venda monedas, pero sí, Jimmy vendía unas cuantas.

Ella sintió que las paredes se hacían más pequeñas. Cada vez que conseguía una conexión como esta, la entumecía durante unos segundos, y luego el subidón de dopamina entraba en acción. Era la sensación por la que vivía.

—¿En serio? ¿Sabes qué tipo de monedas? ¿O si tenía algún comprador habitual?

—Eh, bueno, no estoy seguro de las transacciones particulares de Jimmy ni de nada. Sé que a veces vendía monedas por lotes. ¿Puedo preguntar por qué las monedas son tan especiales en este caso?

—Es confidencial —intervino Byford, tan brusco como siempre.

Ella pensó que tal vez deberían contestar un poco. Era evidente que Ace y Jimmy eran íntimos, y no parecía justo no informarle de algunos aspectos del asesinato de su amigo.

—No podemos decir demasiado, pero se encontraron dos monedas en el cuerpo de Jimmy. Creemos que pueden tener algún significado en el crimen, como quizás un cliente agraviado que busca venganza. Todavía no tenemos todas las respuestas.

Ace retrocedió un poco ante la nueva información. Probablemente estaba imaginando la escena en su cabeza. La gente tenía la tendencia a mantener una distancia indirecta de las cuestiones de asesinato, pero cuando se le presentaban detalles específicos, hacía que todo se sintiera más real.

—Por Dios santo. Lamento escuchar eso. Pero ahora que lo mencionas, puede que tenga algo que te sirva. —Ace desapareció en su almacén. Ella lo oyó buscar a tientas y luego regresó con una plancha de madera. La volteó para mostrársela a los agentes. Tenía una decena de fotos de personas clavadas en ella.

—¿Qué es esto? —preguntó Byford.

—¿Ven esto? Estos son todos los tipos expulsados de mi tienda. Gente maleducada, ladrones, imbéciles en general. Lo que sea.

Ella examinó las fotos y no reconoció a nadie. Algunas de las fotos eran retratos en primer plano, mientras que otras eran instantáneas borrosas con pantalla de cámaras de seguridad.

—Parece un grupo amistoso —dijo ella.

Ace señaló la segunda foto desde la derecha.

—¿Ven a este tipo? Este es Aleister Black. Un tipo despreciable, como mínimo. —Le pasó la foto a Ella. El hombre de la fotografía tenía ambos lados de la cabeza afeitados, y en la parte superior tenía el cabello largo y negro. Tenía ojos azules penetrantes, rasgos delgados y una cicatriz en el labio. En las partes afeitadas de su cabeza había tatuajes tribales.

—¿Qué hizo él? —preguntó Ella.

—¿A mí personalmente? No mucho. Ha estado en mi tienda un par de veces, pero solo se limita a echar un vistazo y se va. Me da una sensación realmente espeluznante, si les soy sincero.

—¿Eso es todo? —preguntó Byford.

—No. Este tipo es un coleccionista. Un obsesivo. Creo que tiene algunos problemas mentales porque actúa de forma extraña. No hace contacto visual, tiene espasmos, ya conocen esa clase de persona.

Parecía una gran generalización, pero Ella no quería mencionarlo. Las posibilidades de que su sudes tuviera algún tipo de problema de comportamiento eran casi seguras, así que sin duda valía la pena investigar a este caballero Aleister Black.

—¿Sabes lo que colecciona?

—Monedas —dijo Ace. Dejó que el silencio acentuara su declaración. Ella movió la cabeza en dirección a su compañero. Byford parecía tan sorprendido como ella.

—¿De verdad? Es un coleccionista de monedas. No tiene pinta de serlo.

—Como he dicho, tiene problemas. Aparentemente, Aleister le dio una paliza a un comerciante de monedas en New Castle por no ceder uno de sus tesoros. Jimmy también tuvo algunos roces con

Aleister, hasta donde sé. De hecho, fue Jimmy quien me dio esta foto.

Eso era todo lo que Ella necesitaba oír. Tenían que investigar a este hombre. Si había cometido una agresión, lo más probable era que estuviera en la base de datos de la policía. Incluso la foto de él parecía una foto oficial de una ficha policial.

—Muchas gracias, Ace —dijo Ella—. Esto es fantástico.

—De nada. Cuando atrapen a esa escoria, denle uno de mi parte, ¿sí? —Ace cerró el puño y golpeó el aire.

—Lo haremos. Una última cosa antes de irnos —dijo Ella—. ¿Podrías darnos una lista de los clientes habituales que compren monedas aquí? Idealmente los que hayan hecho compras recientes.

—Solo le he vendido a un tipo y el viejo bastardo murió hace semanas. Creo que le dio un ataque al corazón. Sin embargo, buscaré en mis registros, por si he pasado por alto a alguien. Si me necesitan, en realidad vivo aquí arriba, así que no desaparezcan. Adiós.

Los agentes salieron de la casa de empeño y volvieron al coche. Ella arrancó y se dirigió de nuevo a la comisaría. En su bolsillo, sintió el zumbido de su teléfono y decidió que era el día en que su relación cambiaría para mejor. El único hombre para el que tenía tiempo ese día era un violento y obsesivo coleccionista de monedas.

\* \* \*

Antes de localizar a este hombre, necesitaba saberlo todo sobre él. En su despacho, Ella encontró el expediente policial de Aleister Black y lo revisó con precisión quirúrgica.

—Ace tenía razón, este Aleister atacó a un hombre en New Castle el año pasado —le dijo a Byford a su lado.

—¿Fue a la cárcel?

Ella continuó.

—No, solo hizo trabajo comunitario. Pero no se queda ahí. Ha sido detenido tres veces en los últimos cinco años. Violencia, desorden público. El asesinato es una progresión natural de eso.

—No es un mal hallazgo —dijo Byford—. ¿Cuál es su historial laboral? Seguramente alguien tan inestable debe ser un vago.

Ella comprobó la siguiente sección.

—En realidad, no. Parece que trabajaba para Quanta Services Newark.

Byford se rascó el costado de la cabeza.

—¿Quanta? ¿Dónde he oído ese nombre recientemente?

Ella apartó los dedos del teclado.

—¿En serio? Nunca he oído hablar de ellos. ¿Quiénes son?

—Son una empresa de electricidad. Tienen sucursales en todo el país. —Byford se acercó a su pila de papeles y los revisó. Cogió el informe policial del asesinato de Barry Windham y lo hojeó—. Toma, mira.

Ella cogió el expediente y sintió que el corazón le daba un vuelco cuando vio las palabras.

—¡Maldita sea! Barry Windham también trabajaba para ellos.

Byford chasqueó los dedos.

—Lotería. Tenemos una conexión. Me está gustando cómo se ve este sospechoso.

Ella sentía lo mismo. Solo por su foto, podía imaginarse a este hombre entrando en las casas, cortando gargantas y dejando reliquias extrañas. Sentía que las piezas encajaban perfectamente bien.

—Así que sabemos que tiene vínculos con Jimmy Loveridge y Barry Windham. Voy a ver si encuentro algún vínculo con la primera víctima y entonces debemos hacerle una visita a este hombre. —Pensó en Alan Yates. Llevaba diez años jubilado, pero había trabajado para JPMorgan Chase antes de dejarlo. Consumió todo el texto de la página, pero no encontró ninguna mención a los bancos. No había más texto que leer.

—Espera —dijo Byford—. ¿No decía que Aleister había vandalizado algunos edificios de la ciudad?

Ella volvió a mirar hacia atrás, y captó rápidamente el hilo de pensamiento de Byford.

—Sí, lo decía. Bien pensado. Déjame verificarlo. —Su entusiasmo duró poco—. No. Vandalizó una farmacia y una tienda de comestibles. Maldita sea. —Volvió a hojear el expediente para ver si se le había escapado algo y se centró en los términos más destacados.

—No importa, es suficiente. Consigamos su dirección y...

—Espera un segundo —interrumpió Ella, al posarse en una palabra que le llamó la atención—. Alan Yates. El comisario nos trajo las monedas de todas las escenas del crimen, ¿recuerdas?

—Sí. ¿Qué pasa con ellas?

—¿Recuerdas qué tipo de monedas eran?

Byford volvió a hojear su archivo.

—Monedas japonesas. Mil yenes. Okinawa 1964 según este archivo.

Ahí estaba. Otro chispazo. Más piezas cayendo en su lugar.

—Mira. Aleister Black vivió en el extranjero durante un año. Mira dónde.

Byford se inclinó para ver la pantalla con más claridad.

—Maldita sea. Okinawa, Japón.

—Vamos —dijo Ella, incorporándose a toda prisa—. Tengo su dirección. Es hora de conocer a este hombre en persona.

## CAPÍTULO DIECIOCHO

La dirección que figuraba en el expediente policial era la de un edificio de apartamentos gentrificado llamado Apollo House, que quizá fue en su día un almacén o un edificio industrial. La fachada había sido recientemente estucada y los cuatro apartamentos de la parte delantera tenían ventanales de cristal con plomo.

Ella pasó por delante del edificio y aparcó justo fuera de la vista. Conocía la mentalidad de un asesino, y si Aleister Black lo era, no le iba a abrir la puerta a dos desconocidos. Salió del coche, examinó los buzones y comprobó que el número 1 pertenecía a un «A.B». Tras las persianas de la ventana, vio una silueta que se movía de un lado a otro.

Como aún no eran las nueve de la mañana, Ella ideó un plan. Volvió al coche y le dijo a Byford que esperara con ella. Acercarse a los sospechosos en una zona pública hacía menos probable que se volvieran hostiles. Era una de las técnicas de Mia. En sus propias casas, los sospechosos mantenían un aire de superioridad. En terreno neutral, la cosa cambiaba.

Observaron el tráfico peatonal que iba y venía por la calle. Después de unos diez minutos, Ella se inquietó. Salió del coche, cruzó la calle, se apoyó en un poste telefónico y sacó su teléfono. Fingió mantener una conversación. Los teléfonos móviles eran, sin duda, el mejor accesorio de vigilancia jamás inventado, pensó.

Finalmente, la puerta del complejo de apartamentos se abrió. La primera persona que salió del edificio fue una mujer mayor, bien

vestida y con accesorios sofisticados. Cuando llegó a la acera, se detuvo, rebuscó en su bolso y volvió a entrar en el edificio. Evidentemente, había olvidado algo. Un minuto después, apareció un segundo residente. Una imagen muy diferente esta vez.

Iba vestido con un abrigo negro, unos vaqueros ajustados y unas pesadas botas negras. Llevaba el pelo oscuro recogido, lo que dejaba al descubierto los tatuajes tribales que tenía a un lado de la cabeza. Por lo que Ella pudo ver, uno de ellos tenía forma de dragón. Su piel era alarmantemente pálida, como si no hubiera visto el sol en décadas.

El hombre cruzó la calle, sin apartar la mirada del suelo. Cuando llegó al coche, Ella se dirigió a él.

—Disculpe, ¿señor Black?

Aleister levantó la vista del suelo y se encontró con la mirada de su interlocutora. Movié los ojos de un lado a otro y finalmente se posó en las rodillas de Ella. Ella lo reconoció como un signo de timidez o de problemas de salud mental más graves.

—¿Te conozco? —preguntó. Su postura no delataba signos de agresividad ni de huida. Por el contrario, parecía agradablemente curioso, aunque un poco asustado.

A los pocos segundos de su encuentro, vio los síntomas que mencionó Ace. Aleister parecía inestable, movía las extremidades en espasmos sin ningún patrón en particular.

—No lo hace. Soy la agente Dark y pertenezco al FBI. ¿Podríamos hablar un momento?

Aleister miró su placa y luego volvió a mirar la mitad inferior de Ella. A la luz de la mañana de primavera, tenía los ojos de un azul pálido, casi incoloro. Un duro contraste con su apariencia totalmente negra.

—¿FBI? Está bien, pero no me imagino qué podría decirte. O a tu compañero de allí.

Ella se rio. No se esperaba que aquel hombre fuera tan observador. O tal vez ella y Byford habían sido descuidados.

—Bien visto. ¿Acaso sabe por qué estamos aquí?

Aleister se cruzó de brazos y cargó su peso sobre una pierna. Ella no sabía qué pensar de este hombre. ¿Un delincuente violento? ¿Un autista problemático? ¿Algo más?

—Sí. Es por los asesinatos, ¿no?

Otro comentario inesperado, pero uno poco deseado.

—Sí, lo es. ¿Está al tanto de ellos?

—Sí. Lo sé todo sobre ellos. Leo las noticias. Mucho. —Aleister volvió a mover el peso del cuerpo y de la espalda, como si estuviera bailando al compás de un ritmo invisible. A Ella le costaba hacerse una idea de la personalidad de este hombre, pero su historial delictivo hablaba por sí mismo. Había atacado a un hombre, había vandalizado edificios y había tenido una conducta disruptiva. Aunque tuviera problemas mentales, eso no podía pasarse por alto.

—¿Conocía a las víctimas? —preguntó Ella, ya sabía la respuesta, pero quería evaluar su grado de honestidad.

—Conocía a Jimmy, pero todo el mundo conocía a Jimmy. Eso es todo.

Ella captó su lenguaje. Referirse a una víctima recientemente fallecida en tiempo pasado, especialmente cuando se trataba de alguien con quien se tenía una conexión, se consideraba una bandera roja. No era una prueba concluyente, pero valía la pena tenerlo en cuenta. Ella vio que Byford había salido del coche y estaba de pie a su lado.

—Usted tuvo un enfrentamiento con él, ¿correcto?

Aleister se metió las manos en los bolsillos del abrigo y empezó a balancearse. Movié los hombros con espasmos mientras hablaba.

—Una vez. Pero volví y le pedí perdón. Cometí un error.

—¿Puede decirnos qué pasó? —preguntó Ella. Volvió a comprobar que su pistola y sus esposas estuvieran al alcance de la mano. Algo le decía que este hombre tenía una faceta agresiva y que era solo cuestión de tiempo para que saliera a la superficie.

—Le pedí a Jimmy que me guardara un objeto. Dijo que lo haría, pero cuando fui a comprarlo, se lo había vendido a otra persona. El

otro comprador le ofreció más dinero. Eso me rompió el corazón. Realmente quería el objeto.

El lenguaje de Aleister parecía muy clínico, casi ensayado. Ella no estaba segura de si se comportaba así siempre o si era una actuación. La máscara del psicópata solo se caía cuando estaba acorralado.

—¿Qué era ese objeto? —preguntó ella.

—Una moneda. Una muy buena. Las colecciono. Esta habría completado mi colección soviética de 1942.

—Sr. Black, ¿sabe que se descubrieron monedas raras en cada escena del crimen? Dado su anterior encuentro con Jimmy Loveridge, puede ver por qué tenemos la necesidad de interrogarlo —dijo Ella.

Byford se acercó lentamente hasta el lugar de los hechos y se situó detrás del sospechoso. Aleister lo percibió, se dio la vuelta y comenzó a retroceder hacia el edificio de apartamentos.

—No se vaya a ninguna parte —dijo Byford. Quédese ahí mismo.

Aleister se quedó congelado en su sitio y luego levantó las palmas de las manos hacia los agentes.

—Por favor, no me gusta que me rodeen. ¿Podrían retroceder unos pasos, por favor?

—Lo siento, señor, pero usted es buscado en relación con una investigación de asesinato. No podemos tomarnos esto a la ligera. Por favor, ¿puede venir con nosotros?

«Maldita sea, Byford —se dijo Ella—. Ya lo tenía controlado». Ella deseaba que él pudiera interpretar la situación un poco mejor antes de precipitarse con el protocolo. A veces, el protocolo no era tan bueno como se creía.

—No —dijo Aleister mientras retrocedía más—. No voy a ir con ustedes. No pueden obligarme.

—Por favor, Aleister, vamos a relajarnos un poco. No estamos...

—Aléjense de mí, los dos. —Sus espasmos se volvieron más intensos, y él empezó a perder el equilibrio mientras intentaba sortear a los agentes. De repente, Aleister tropezó y chocó con Ella.

Ella lo agarró para mantenerlo en pie, pero Aleister la empujó con fuerza contra la farola. Eso hizo que le crujiera la columna vertebral contra la farola, lo que le quitó el aliento, y al ver lo que había hecho, el sospechoso emprendió la huida.

Su dirección prevista era cruzar la calle, pero Byford se le echó encima inmediatamente. Golpeó a Aleister con el hombro y lo tiró al suelo provocando un chasquido repugnante, mientras Aleister arañaba desesperadamente a su atacante. Ella se sobrepuso al dolor y corrió hacia el lugar del conflicto para ayudar a su compañero. Aleister se zafó del agarre de Byford, pero Ella lo estaba esperando. Lo tomó por la muñeca, se la retorció por la espalda y le extendió el hombro hasta el punto de incomodidad. Por alguna razón, tal vez una profunda empatía, no quería herir a este hombre.

—Aleister, tenemos que llevarlo en custodia, ¿de acuerdo?

—No. Por favor, no. No he hecho nada malo —gritó—. Por favor, no me esposen. No me gusta que me inmovilicen.

—No lo haré, si promete venir con nosotros, ¿de acuerdo? —Ella alivió la presión, manteniéndolo presionado contra el suelo con su rodilla—. No lo estamos arrestando. Solo tenemos que hablar.

Aleister presionó la frente contra el frío suelo.

—De acuerdo. Lo haré.

Pero cuando Ella retrocedió un paso, Byford se colocó en su sitio. Antes de que ella pudiera protestar, él ya había cerrado las esposas en las muñecas del sospechoso. La respuesta de Aleister fue una crisis nerviosa intensa, que le hizo lanzar patadas con los pies y lanzar gritos ensordecedores.

—Nigel, ¿por qué? —preguntó Ella—. No era necesario que hicieras eso.

Byford levantó al sospechoso, sin hacer nada para calmar su arrebató. Ella miró a su alrededor y vio a todos los residentes de pie fuera del edificio de apartamentos que observaban con asombro.

—Es un sospechoso de asesinato. No soy tan ingenuo como para confiar en él. —Byford metió al hombre en la parte trasera de su

coche y trancó la puerta. Los gritos de Aleister cesaron, pero a través del cristal, Ella lo vio hiperventilar.

Ella no tenía un buen presentimiento sobre esto. Algo estaba pasando, pero había algo muy extraño en todo ello. De vuelta a la comisaría, necesitaban tener una larga charla con Aleister Black.

## CAPÍTULO DIECINUEVE

**A**l verlo a través del vidrio reflectivo de la sala de interrogatorios, Aleister Black le recordaba a Ella a un niño. Los gestos, los arrebatos, la incapacidad de regular sus emociones. Pero incluso, ¿eso significaba que era inocente? Un individuo mentalmente impedido sigue siendo capaz de cometer atrocidades y, además, no había ninguna garantía de que todo esto no fuera una actuación digna de un Oscar.

El comisario Hunter se acercó a Ella, mientras se le notaba el humo rancio en la ropa.

—¿Crees que este es nuestro hombre?

Ella no sabía qué responder. Si tenía que adivinar, la balanza se inclinaba a favor de la culpabilidad, pero había suficientes dudas razonables como para dudar de su suposición.

—Es como lanzar una moneda —dijo. De repente, ahogó un grito al ver su error—. Lo siento. No quise decir eso.

—Un error fácil de cometer, dadas las circunstancias. ¿Qué tienes sobre este tipo?

—¿Qué no tenemos? Es un coleccionista de monedas. Tiene un historial de actividad criminal. Tuvo una pelea con Jimmy Loveridge. Trabaja para la misma compañía que Barry Windham. Incluso pasó un tiempo en Japón, en el mismo lugar de donde proceden las monedas de la escena del crimen.

El comisario Hunter se quedó con la boca abierta.

—Bueno, diablos. Creo que cualquier juez del mundo pondría a ese tipo tras las rejas en un segundo.

—La cosa no pinta bien para él, lo admito. Es que...

—¿Qué? ¿No crees que sea él?

—Los policías siempre me hablaron de esa sensación visceral que tienen. Como si pudieran mirar a un sospechoso y saber que es culpable o inocente.

—Oh, sí. Lo sé. Es una verdadera arma de doble filo.

—Sí, bueno, yo siempre pensé que eso era una tontería. Pero ahora que estoy en este trabajo, tengo la misma sensación.

—Se llama intuición —dijo Hunter—. Captamos cosas fuera de lo habitual, nuestro cerebro no lo entiende.

Una versión simplificada, pensó Ella, pero bastante precisa.

—Sí. Hay algo en él que no entiendo. Es imposible descifrarlo. Tengo mis dudas, si te soy sincera.

Byford se unió a ellos con un café en la mano. No le había traído uno a Ella, que ya estaba desesperada por una dosis de cafeína. No había tomado ninguno hoy y el síndrome de abstinencia empezaba a notarse.

—¿Vamos? —preguntó.

El café tendría que esperar.

—De acuerdo. Vamos a presentarle las pruebas.

—No, acusémoslo de ser el asesino —dijo Byford—. Podemos empezar como queremos seguir.

A Ella le parecía que Byford estaba mostrando su época de servicio. Las acusaciones inmediatas eran el enfoque de la vieja escuela en los interrogatorios del FBI, pero ese método hacía tiempo que había sido sustituido por un enfoque más natural y conversacional.

—El estilo de acusación murió hace años —dijo Ella—. Ya no es un estilo de interrogatorio viable.

—Sí, lo es. Se aconseja en situaciones con amplias pruebas, que es lo que tenemos.

—No tenemos muchas pruebas. Tenemos unos pocos vínculos tangibles. Nada sólido conecta a Aleister Black con estas escenas del crimen.

Byford accedió.

—Muy bien, hagámoslo a tu manera. Vamos.

Ella no podía creer que su compañero quisiera utilizar esa técnica. Era una técnica que se había considerado anticuada durante todo el tiempo que ella llevaba en el FBI. Tal vez Byford necesitaba un curso de repaso. Con un poco de tensión entre ellos, los dos agentes entraron en la habitación ante un sospechoso acobardado. Aleister Black tenía los brazos doblados en torno al cuerpo, como un niño que se aferra a un peluche invisible. Los dos agentes tomaron asiento frente a él.

—Señor Black, sentimos haberlo traído así, pero entiende el motivo, ¿no? —dijo Ella.

Aleister asintió. Movi6 la cabeza de golpe hacia la izquierda. Un nuevo movimiento que Ella no había visto aún. Esta ansiedad debía de suponer un infierno para él.

—¿Puede hablarnos de su pelea con el señor Loveridge? ¿Qué pasó exactamente?

—Solo le grité. No le pegué. Me disculpé al día siguiente.

—Bien. ¿Y qué hay de su ataque al traficante en New Castle? En su expediente dice que usted lo agredió.

—Ese fue el hombre que le compró la moneda a Jimmy. Solo le di un puñetazo en la nariz, pero no le hice ningún daño. Un tipo como yo no pega tan bien.

Ella notó la clara falta de tono muscular en el hombre. Eso, combinado con el color de su piel, hacía suponer que sufría de problemas de alimentación.

—Bien, su expediente dice que vivió en Okinawa, Japón, durante un tiempo, ¿es cierto? ¿Puede hablarnos de eso?

Aleister sonrió por primera vez desde que lo conocieron. Tal vez tenía algunos buenos recuerdos de su tiempo allí, recuerdos que evocaba a través de su colección de monedas, tal vez.

—Sí, lo hice. Quería alejarme de todo. La gente de este país no es tan amable con la gente como yo. Pero en Japón, nadie me prestaba atención. Sentí que pertenecía allí, así que me quedé todo

el tiempo que pude. Pero se necesita un visado para vivir allí y yo no lo tenía. Después de nueve meses, tuve que volver.

—¿Por casualidad se trajo algunas monedas para su colección? —preguntó Byford.

—Sí, muchas. Y muy raras. Japón tiene muchas monedas estupendas.

Ella vio en la expresión de Byford que él consideraba esto como un momento de «te tengo», pero Ella no sentía lo mismo. Un hombre culpable, independientemente de su ingenuidad, no mencionaría tal cosa.

—Señor Black, se encontró una rara moneda japonesa en la casa de una de nuestras víctimas. ¿Qué tiene que decir al respecto?

Aleister levantó la vista de la mesa por primera vez desde que entró en la sala.

—¿Qué tipo de moneda era?

—Mil yenes. Okinawa 1964. ¿Significa algo para usted?

—Significa mucho, pero no es una moneda rara. Esas monedas se pueden encontrar muy fácilmente.

—¿Usted tiene alguna en su colección? —preguntó Byford.

—Varias. Todo coleccionista las tiene.

De nuevo el reconocimiento. Ella estaba esforzándose realmente por encontrarle sentido.

—Señor Black, ¿en qué trabaja? —preguntó.

—En un depósito.

—Usted trabaja para una compañía eléctrica, ¿es eso cierto?

—Sí. Quanta. ¿Por qué?

—¿Cuánto tiempo lleva allí? —preguntó Ella.

—En total, diez años. Trabajé allí durante siete años, luego lo dejé para ir a Japón. Luego volví a trabajar allí cuando volví al país.

—Entonces, usted debe conocer bastante bien a algunos de los otros empleados de allí —dijo Byford, al captar el proceso de pensamiento de Ella.

—Conozco a todo el mundo. Es un lugar grande, pero conozco todos los nombres y las caras. Es parte de mi Asperger. No puedo

olvidar algo una vez que lo he memorizado.

Ella sabía todo eso. Tampoco ella podía olvidar muchas de las cosas que deseaba. Ni siquiera las cosas trágicas, sino cosas menores como la fecha de nacimiento de un desconocido.

—¿Tiene una memoria fotográfica? —preguntó. Nunca había conocido a alguien más que la tuviera.

—No exactamente. Solo tengo una compulsión por memorizar todos los detalles que encuentro. Veo mi cerebro como un archivador que crece constantemente, incluso cuando no quiero.

Ella quiso continuar, pero Byford tomó la iniciativa.

—Así que debe conocer a un caballero llamado Barry Windham. Creo que se retiró hace unos años, pero trabajó en Quanta durante un tiempo.

—Barry. —Aleister sonrió al nombrarlo—. Era mi favorito. Me trataba como a un hijo.

Ella y Byford pusieron la misma expresión, un híbrido de sospecha e incertidumbre. Cada uno esperó a que el otro diera el golpe de gracia. Byford volvió a tomar las riendas. Él buscó debajo de la mesa, sacó una carpeta marrón y la abrió. Deslizó una foto de la escena del crimen hacia el sospechoso.

—¿Tenía este aspecto cuando usted lo conoció? —preguntó Byford.

Aleister miró la foto con desconcierto al principio. Ella lo observó atentamente en busca de cualquier signo de culpabilidad, distanciamiento o familiaridad. La persona que había cometido el asesinato reaccionaría intensamente ante ella, sobre todo teniendo en cuenta que se habían cometido errores en la escena del crimen. Presentar fotos de la escena del crimen a los sospechosos era todo un reto.

Pero este sospechoso reaccionó como ningún otro que hubiera visto antes. Aleister Black apoyó la cabeza en la mesa de la sala de interrogatorios y comenzó a llorar. Sus sollozos empezaron de forma leve y luego se convirtieron en violentos gemidos, como los de un niño pequeño que acababa de romper su mejor juguete.

—Sr. Black, ¿por qué está afligido? —preguntó Byford.

Aleister lloró durante un minuto más antes de volver a sentarse derecho en la silla y cerrar los ojos con fuerza.

—Está muerto. No puedo creer que esté muerto —dijo Aleister.

—¿Entonces usted conoció al Sr. Windham? —preguntó Ella—. Por favor, díganos la verdad, Aleister. Esto es muy importante.

Aleister se limpió la cara con la manga y se empapó el brazo de varios fluidos corporales.

—Conocí a Barry muy bien. Era muy bueno conmigo. Mucha gente en el trabajo se burlaba de mí, pero Barry era muy amable. Siempre me ayudaba cuando lo necesitaba. Quería formarme como electricista para sacarme del depósito, pero... —Aleister levantó las manos por un momento. Le tembló la mano derecha de forma violenta—. No puedo hacer algo así con mi condición.

Volvió a llorar, esta vez con más fuerza, y sacudió la cabeza como si pudiera deshacerse de la realidad de la muerte de Barry. Sus intensos gritos llenaron la habitación y los tímpanos de Ella, y por la expresión de la cara de Byford, incluso él estaba empezando a dudar de la culpabilidad de este hombre.

—Aleister, no creemos que usted haya hecho esto —dijo Ella. Byford quiso intervenir, pero Ella le sujetó rápidamente el brazo en un gesto de «confía en mí»—. Bueno, para ser claros, yo no creo que usted haya hecho esto.

La declaración no sirvió para detener las lágrimas del sospechoso. Se sucedieron a raudales, lo que le confirmó a Ella que la exhibición que tenía delante era de auténtica emoción. A su entender, Aleister Black no era el asesino. La conclusión fue a la vez decepcionante y bienvenida. Este hombre ya tenía suficientes dificultades como para ser también un presunto asesino.

—¿No lo crees? —preguntó finalmente.

—No. Pero debe decirnos dónde estuvo las noches de las muertes de estas personas, ¿de acuerdo?

—Puedo hacerlo —dijo mientras respiraba con dificultad.

—El 27 de abril, el 30 de abril y el 1.º de mayo. Entre la medianoche y la una de la madrugada en todos ellos. ¿Podrá hacerlo?

—Estaba en casa. En todos ellos. Lo prometo.

—¿Alguien puede confirmarlo? —preguntó Ella.

Aleister negó con la cabeza mientras le brotaban más lágrimas.

—No. Vivo solo. Pero puede que tenga algunos registros de juego que demuestren que estuve conectado. ¿Eso cuenta?

La verdad era que sería difícil de explicar en un tribunal, pero era mejor que nada.

—Sí, cuenta. Cualquier cosa que usted tenga sería genial.

—Los conseguiré. Lo haré. Por favor, atrapen al que le hizo esto a Barry.

—Confíe en nosotros —dijo Ella—. Lamentamos que se haya enterado de esta manera. Ahora le dejaremos en manos de otros oficiales. Ellos lo sacarán de aquí. ¿Va a estar bien?

Aleister la miró a los ojos y asintió en silencio. Dejó de llorar cuando se dio cuenta de que su calvario estaba llegando a su fin.

—Si necesita algo, llame a la comisaría y pregunte por la agente Dark, ¿de acuerdo?

Los agentes salieron de la sala y se unieron al comisario Hunter en el otro lado. Ella soltó un fuerte suspiro, se sentía como si acabara de salir de un *ring* de boxeo con un campeón del mundo. Estos interrogatorios le socavaban el alma a cualquiera, pensó. Cada vez que veías a una persona inocente afligida, eso te mataba un poco más por dentro.

—Si es un actor, es uno muy bueno —dijo el comisario.

—No creo que él lo haya hecho —añadió Byford—. Al principio pensé que era nuestro hombre, pero no es capaz de esto. No tiene instinto asesino. Solo es un chico con problemas.

Ella apoyó la frente en el vidrio reflectivo, y observó al hombre destrozado que había en su interior. Pensó en sus propios problemas y se preguntó cómo se comparaban con los de él. Este tipo era un hombre solitario, con problemas mentales y ahora era sospechoso

de asesinato. Para colmo, acababa de descubrir que una de las pocas personas que lo trataban bien estaba muerta. ¿Cuál de ellos se encontraba peor?, pensó. ¿Él o ella?

—Ella, ¿estás bien? —preguntó Byford. Se acercó a ella y le puso la mano en el hombro. Hasta lo que recordaba, era el primer contacto físico que tenían.

—He estado mejor, pero gracias por preguntar. ¿Estás bien?

—No te preocupes por mí. ¿Por qué no vas a desayunar o algo así? Parece que necesitas un descanso.

No tenía hambre, pero un descanso era bien recibido.

—Buena idea. ¿Quieres algo?

—No, estoy bien. Tómame tu tiempo.

Byford y Hunter se marcharon. Dos oficiales abrieron la sala de interrogatorios y entraron. Una vez más, Aleister se encogió como si fuera a ser torturado por la Inquisición española. De repente, Ella pensó en Mia y se preguntó cómo habría reaccionado ella ante este sospechoso. ¿Habría seguido las pruebas circunstanciales o habría analizado el arrebató de emoción de Aleister y habría llegado a la misma conclusión que ella?

No, Ella se rio para sus adentros. No habría sido así en absoluto. Si Ella conocía bien a Mia, y creía que lo hacía, Mia habría sabido que el tipo era inocente desde el momento en que lo había visto.

Nadie que tuviera unas manos tan temblorosas podría hacer las incisiones tan precisas que hizo su asesino.

\* \* \*

Tras una videollamada de una hora con el director, Mia Ripley recogió sus cosas en la oficina de Manhattan y se preparó para volver a casa. Melissa, que apenas había dicho una palabra desde su terrible experiencia en la gasolinera, hizo lo mismo a un ritmo mucho más lento. Sus sospechosos habían sido capturados por la policía local.

El director se había pasado la mayor parte de su llamada hablando atropelladamente. Se había enterado del desastre antes de que Mia tuviera siquiera la oportunidad de contárselo; algo que siempre irritaba a Edis sin importar la situación. Había machacado a las agentes como si fueran tabaco barato e incluso había hecho llorar a Melissa. A Mia, no tanto. Ya lo había visto todo, pero su sanción había sido más de lo que esperaba: dos semanas de suspensión. En realidad, Mia no había hecho nada malo, pero las acciones de Melissa eran responsabilidad suya.

El castigo de Melissa había sido mucho peor. Mia había explicado todo con todo detalle, para gran disgusto de Melissa. Desde la reticencia a abandonar su vehículo hasta disparar a un sospechoso que huía y causar daños por valor de doscientos mil dólares. Por todo ello, Melissa había sido relegada a su trabajo de oficina. Su carrera en el campo empezó y terminó el mismo día.

Mia pensó en oponerse a la decisión, pero era lo mejor a largo plazo. Melissa no tenía los instintos naturales que necesitaba un agente de campo, y ella se dio cuenta. Los libros de texto no podían enseñarte todo. Necesitabas tener un poco de sentido común para sobrevivir en este juego. Todo el mundo creía tenerlo, pero no era hasta que te enfrentabas a las dificultades reales cuando descubrías si realmente lo tenías.

—Lo siento, Ripley —dijo Melissa mientras se echaba la bolsa al hombro. Ya se le habían secado las lágrimas—. Solo estoy... en estado de *shock*. Doscientos mil dólares. Podría haber matado gente.

«No tenía sentido pegarle a la chica cuando estaba en el suelo», pensó Mia.

—Nadie salió herido. Y doscientos mil dólares no van a llevar a la bancarrota al FBI.

—Supongo que tuvimos suerte.

«Suerte», pensó Mia. Esa no era la palabra que usaría ahora.

—Tómalo como una lección. El trabajo de campo no es para ti.

—Estoy destrozada. Realmente quería explotar esta oportunidad.

—Y vaya que estuviste cerca de explotarla. —Vio que la expresión de la chica volvía a ser de desconsuelo—. Lo siento. No quise decir eso.

Melissa se dirigió a la puerta con la cabeza gacha y la mirada en el suelo. Mia sabía que ambas recordarían esto el resto de sus vidas, y no por las razones correctas. Melissa por haber estado a punto de hacer explotar una gasolinera, Mia por haber tomado una serie de malas decisiones que condujeron al hecho. ¿Cómo había hecho tantas cosas bien con Ella, pero había errado completamente con Melissa?

Pensando en ello, tal vez tenía suerte después de todo.

Mia agarró el último objeto que había quedado. Su teléfono. Al recogerlo, vio las notificaciones en la pantalla. Demasiadas para contarlas, pero un nombre se destacó para ella. El nombre que había visto en su teléfono todos los días durante las últimas dos semanas.

—Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma —dijo Mia. Otra llamada perdida de su antigua compañera.

Melissa se dio la vuelta.

—¿Qué?

Mia no se había dado cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—Lo siento. Nada. ¿Puedes esperar abajo? Hay una última cosa que tengo que hacer aquí.

Melissa esperó un segundo antes de responder, probablemente por temor a que la tarea de Mia involucrara su infracción de alguna manera.

—Eh, de acuerdo. Te veo abajo.

Mia se sentó de nuevo en su escritorio y se desplazó por todos los mensajes y llamadas perdidas de Ella de las últimas semanas. Eran demasiados como para poder contarlos. Mia suspiró, abrió la sección de mensajes y la volvió a cerrar.

No, ya era hora. Tenía que hacerlo.

Esto había durado demasiado.

## CAPÍTULO VEINTE

Ella se encontró conduciendo por Newark sin ningún destino concreto en mente. Los callejones sin salida ya eran un terreno conocido para ella, pero no por ello dejaban de molestarle cada vez. Dos días, dos sospechosos, dos liberaciones. No se hacía más fácil.

Tal vez por familiaridad subconsciente, descubrió que estaba en la misma calle de su motel. Bien podría tomarse un café en su habitación, pensó. No sería tan agradable como uno de franquicia, pero sería mucho más barato. En cada uno de sus casos, dudaba de su capacidad para llegar con éxito a la meta, pero eso era de lo único que solía dudar. Ahora, sus crecientes problemas empezaban a asfixiarla y, por una vez, sus habilidades como detective eran el menor de sus problemas. Durante toda la mañana, había sentido vibrar continuamente su teléfono y no se había atrevido a comprobar los mensajes porque sabía cuál sería su reacción: ira.

¿Era culpa suya que no le gustara su relación? ¿Había hecho algo malo para que Mark reaccionara así con ella? ¿Él sería así si ella fuera diferente, tal vez si fuera alta, bronceada y rubia? Bueno, no estaba dispuesta a averiguarlo, porque la próxima vez que hablara con él, le diría la verdad: no quería estar más con él.

Estacionó su coche y entró en el motel. Decidió que tomaría un café en la habitación y que además podría buscar el cargador de su teléfono. Con la cantidad de mensajes, debía estar casi muerto. Comprobó el nivel de la batería y vio que estaba al once por ciento, pero al hacerlo, se dio cuenta del aluvión de notificaciones en su

pantalla de inicio. Siete mensajes de Mark, dos llamadas perdidas y un mensaje de un nombre que no esperaba volver a ver.

Mia Ripley le había respondido. Ella vio su nombre, sintió alegría y abrió su mensaje mientras estaba en las escaleras del motel.

Luego, el temor volvió a empujarla hacia la desolación.

«Por favor, deja de intentar ponerte en contacto conmigo».

En ese momento, Ella podría haberse acurrucado en posición fetal y haber dormido para siempre. Se sentía como si hubiera perdido su lugar en el mundo, como si estuviera luchando contra una corriente de batallas constantes, crecientes e interminables que no quería ni necesitaba en su vida.

Primero, estaba el sudes. Era una persona, alguien con quien ella podría haberse cruzado en la calle, que estaba matando sistemáticamente a la gente que se dedicaba a coleccionar monedas. Cada vez que aparecía un nuevo cuerpo, ella quedaba con sangre en las manos. Era su responsabilidad detener a este maníaco, e incluso con tres escenas del crimen, tres cadáveres y un sólido vínculo entre todos ellos, su caso seguía sin dirección por el momento.

Además, estaba Mark, el hombre que se había mostrado tan prometedor en su primer encuentro, pero que se transformaba en un monstruo inseguro y celoso ante la mera mención del nombre de otro hombre. Eso no era normal. Sus exnovios no hacían eso. Los novios de sus amigas no lo hacían. Ningún hombre o mujer debería hacer eso. Era lo que los jóvenes llamaban comportamiento tóxico, según su búsqueda nocturna en Google.

Y luego Mia, la mujer que le dio este trabajo en primer lugar, el cual era una oportunidad que pocas personas tendrían, la despreciaba. Ella se merecía alguna consecuencia por sus acciones. Estaba más que dispuesta a admitirlo. No le deseaba ningún mal a Mia por haber actuado como lo hizo. Más que nada, Ella se odiaba a sí misma por haber sido tan poco previsora durante toda la odisea.

Sacó su tarjeta de acceso y abrió la puerta del motel. Los sobres de café parecían tentadores, pero la cama tenía mejor aspecto. Quería desplomarse en ella, dormir unos días y despertarse con el

caso resuelto. No más muertes, no más cuerpos, no más monedas. Solo la felicidad y la vida sin estrés que de repente ansiaba. Tal vez había llegado el momento de volver a Inteligencia y quedarse allí, retomar su vida de responsabilidades mínimas y tal vez conseguir divertirse con la escalada y los torneos de artes marciales.

No fue hasta que se sentó en la cama y ordenó sus pensamientos que recordó la nota. La nota que estaba en su mesita de noche, posiblemente enviada por el asesino en serie más sádico del país. Intentó no mirarla, pero su visión periférica traicionó sus intenciones. Por algún extraño mecanismo de su sistema cognitivo, la nota parecía más larga, más extensa en su visión periférica. Se dio por vencida y decidió aceptar el miedo, se dio la vuelta y la miró.

La nota parecía más larga porque había otra junto a ella.

Ella rogó que fuera producto de su estrés. O una era la carta y otra el sobre. Se acercó a la mesita de noche y encontró dos sobres uno al lado del otro.

Se le hizo un nudo en el estómago y tuvo que tragar con fuerza para evitar que la bilis se le subiera hasta la garganta. ¿Cómo había llegado esto aquí? ¿La limpiadora lo había movido? ¿Alguien había estado en su habitación? ¿Cómo diablos era posible? Justo cuando alargó la mano para cogerlo, un suave golpe en la puerta le erizó los pelos de la nuca. Ella se levantó de la cama y sostuvo su pistola en la posición Weaver en un solo movimiento. Se acercó a la puerta, miró a través de la mirilla y vio una cara conocida al otro lado. Bajó el arma y abrió la puerta.

—¿Nigel? —preguntó—. ¿Está todo bien? Solo estaba tomando un café.

Nigel le sostuvo la mirada durante unos segundos, lo máximo que había hecho en los últimos dos días.

—No, no lo estabas haciendo —dijo.

—¿Qué? Lo estaba haciendo. Lo juro.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

Toda la situación parecía increíblemente inusual en él. ¿Qué estaba pasando aquí? Miró de nuevo a su habitación y rápidamente

la examinó para asegurarse de que estaba presentable.

—De acuerdo, ¿pero por qué?

Byford pasó junto a ella y tomó asiento en el tocador.

—Cierra la puerta, por favor.

Ella hizo lo que le pedía, volvió lentamente a la habitación y se sentó en el borde de la cama.

—Nigel, ¿qué pasa? Estoy preocupada.

—No lo estés. De hecho, eso es parte del problema. Puede que sea nuevo en este trabajo, pero reconozco a un agente con problemas cuando lo veo. Ella, estás pasando por un mal momento, ¿verdad?

Ella se puso nerviosa y se le enrojeció la cara. No sabía si optar por una honestidad brutal o por una modesta falta de sinceridad. Le sorprendió más el repentino cambio de comportamiento de Byford.

—Sí, es cierto. ¿Es obvio?

—No para la mayoría de la gente, pero he sido entrenado para detectar la angustia. Exhibes todas las señales clásicas. ¿Quieres decirme qué te pasa y veré si puedo ayudarte? Trabajar con casos en serie ya es bastante difícil, y aún más con una compañera estresada.

—¿Quieres la versión corta? Todo va mal. El trabajo, las relaciones, este caso, todo. Todo ha llegado de golpe, como un tsunami de angustia.

Byford se inclinó hacia delante en la silla.

—¿Y la versión larga?

Ella se rio.

—Eso llevaría mucho tiempo.

—Te sorprendería lo minúsculos que son tus problemas en el gran esquema de las cosas. Las relaciones, empezemos por ahí. ¿Problemas con tu marido, novio, novia?

—Novio. —Ahí estaba esa palabra de nuevo—. Solo hemos estado saliendo dos semanas, pero básicamente, no confía en mí. Cuando le dije que mi compañero era un hombre, se volvió loco.

—Vaya, ha pasado mucho tiempo desde que era el «otro tipo». Supongo que por esa declaración no me ha visto la cara. —Byford se rio. Era la primera vez que Ella lo veía con otra expresión que no fuera completamente seria.

—Quizás lo haya hecho. No lo sé. Es Mark Balzano.

—¿Mark es tu novio? Lo conozco. Un buen agente, pero no tiene madera de novio. ¿Lo amas?

—No. Ni cerca. —Ella se sorprendió de lo fácil que era declarar algo así.

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer. Y si él está rozando el abuso, tienes que hacerlo pronto.

—Romper con él —dijo Ella.

—Sí. Cuando la gente te muestra quiénes son realmente, créeles. Ahora, en este caso, ¿cuál es el problema?

—¿No es obvio? No estamos cerca de la línea de meta.

—¿Y? Seguiremos trabajando hasta que lo estemos. Es tan fácil como eso. Que hayas resuelto casos en una semana, no significa que todos vayan a ser así. Nos llevó diez años localizar a Bin Laden.

Normalmente, Ella odiaba condensar las soluciones en una sola frase, pero en este caso, parecía funcionar. Byford tenía razón. Lo único que podían hacer era seguir adelante.

—Es cierto. Es obvio, pero tienes razón.

—A veces solo necesitas que otra persona diga las palabras. Ahora, ¿qué otra cosa del trabajo te está afectando? Llevo quince años en el FBI, así que lo he visto todo. Ya pasé por todo, ya lo he hecho todo.

Aquí venía la parte complicada. Ella no sabía si realmente quería involucrar a Byford en ese mundo de problemas. Además, a Mia no le haría mucha gracia que Ella fuera por ahí contando su discusión.

—Yo y mi excompañera. Compañera del FBI. Fui a sus espaldas e hice algo que no debería haber hecho. Por eso estoy contigo y no con ella.

—¿Quieres hablar de lo que hiciste?

—Visité a alguien que ella no quería que visitara y no se lo dije. Ella se enteró a través de la otra persona, y luego todo se fue al diablo.

Byford parecía poco impresionado.

—¿Y qué? ¿Y eso fue con la agente Ripley?

—Sí, lo fue.

—Bueno, no puedo hablar por ella, pero parece que ambas están siendo demasiado dramáticas aquí. Probablemente no deberías haber hecho eso, pero al mismo tiempo, ella debería darte la oportunidad de disculparte. ¿Lo ha hecho?

—No. No lo ha hecho.

—Entonces está siendo injusta. Esto no es culpa tuya. Cometiste un error. Son cosas que pasan.

Ella agradeció la sugerencia de que ella no era la mala en esta situación. No era perfecta, pero tampoco lo era la otra persona involucrada.

—Gracias por el ánimo. Pero que Mia se separara de mí me hizo sentir como un fracaso absoluto, como si la hubiera defraudado. Era lo único que no quería hacer, pero me enredé en esta red y las cosas fueron empeorando. ¿Sabes?

Byford acomodó su silla y volvió a inclinarse hacia delante.

—Oh, sí lo sé. ¿Recuerdas que el otro día me preguntaste por qué dejé la lucha antiterrorista?

Ella recordó su conversación en la parte trasera del taxi.

—Sí, lo recuerdo.

—Esta es la historia. Puede que después te sientas mejor. Así que, esto fue hace unos tres años, me desperté con una llamada telefónica en medio de la noche del director. Me quería en Inglaterra inmediatamente. Un fanático religioso con un rifle de asalto había tomado veinticuatro rehenes en una tienda de comestibles. Llevaba ya dos días allí y la policía británica no tenía las competencias necesarias. Así que me subí a un avión y durante todo el viaje intenté entender a este tipo. ¿Qué era lo que quería? ¿Cómo podía hablar con él? Toda esta escena no era nueva para mí, así que

estaba bastante seguro de poder convencerlo de que liberara a los rehenes.

Ella escuchó atentamente. Por fin, estaba vislumbrando a la persona, no solo la carrera.

—Llegué allí y hablé por teléfono con el hombre armado. Le di lo que quería, que era un estatus. Quería ser mencionado en las mismas ligas que los grandes terroristas, así que le dije que tenía a todo el país paralizado por el miedo. Le dije que, si salía en ese momento, no pasaría su vida en la cárcel, pero que lo haría si se perdía alguna vida. Llegamos a un acuerdo, y ese acuerdo fue que me encontraría con él en la puerta y me daría su arma.

Ella se puso en situación. No sabía cuál sería la mejor opción. No podía imaginarse jugando un papel tan crucial en la vida de tantos.

—Pues había unas mil personas observando. La policía, la prensa, incluso el Primer Ministro de Inglaterra. Me dirigí a la puerta, la abrí y fue entonces cuando vi a ese terrorista de pie, riéndose. En ese momento me di cuenta de que todo había terminado. Ese fue el momento en el que todo mi ser se hizo añicos y nunca se reparó. Mi carrera se terminó, mi mente se destrozó, y es muy probable que mi vida también.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Vi cómo el agresor acribillaba a todos los que estaban en esa tienda delante de mí. Nunca olvidaré el terror en sus rostros cuando se dieron cuenta de lo que estaba a punto de suceder. Miedo paralizante, aceptación de la muerte. El hombre armado descargó sus balas contra los rehenes y, por más rápido que fuera, no pude hacer nada frente a la ráfaga de disparos de una Beretta 93R. Siete personas murieron antes de que lograra detenerlo. La sangre corría por los pasillos y me llovían partes de cuerpos. Aún hoy veo la masacre cada vez que me voy a dormir. Sé que nunca escaparé de ello.

—Santo cie... ¿eras tú? —dijo Ella, boquiabierta. Recordaba muy bien el caso, pero no tenía ni idea de que Byford estuviera

involucrado. Byford fue manipulado por un terrorista para asistir a una matanza masiva. No había palabras suficientes para consolarlo—. Lo siento. Eso es...

—Imperdonable —dijo—. Lo sé. Nunca me lo perdonaré. Me carcome día tras día. Me tomé un año sabático. Tuve que pasar por un extenso tratamiento psicológico, pero aprendí a vivir con ello. Aprovechar el desprecio que tengo por mí mismo y usarlo para hacer del mundo un lugar mejor para los demás. Lamento haberme puesto tan oscuro, pero espero que eso ponga en perspectiva a tus propios problemas. Hablaste con alguien que no le agradaba a tu compañera. La mujer adulta lo superará, ¿de acuerdo? Ahora, ¿qué tal si nos tomamos un café, volvemos al trabajo y detenemos a este desgraciado antes de que mate a alguien más?

De repente se sintió como una imbécil por juzgar a Byford con tanta facilidad. El hombre había pasado por una guerra, había vivido para contarlo y había afrontado el trauma como un soldado. No se acobardó ni se refugió en un escondite para el resto de su vida. Ella comprendió que él había asumido su responsabilidad. Eso era lo que ella tenía que hacer.

—Claro que sí —dijo Ella y se puso de pie—. Hagamos esto. Esa fue una historia brutal, pero me has ayudado a poner las cosas en perspectiva. Gracias por venir.

—Cuando quieras, compañera. Dejaré que te organices. Nos vemos abajo cuando termines. Byford se levantó de su silla de un salto y salió de la habitación. Ella se tomó un momento para sí misma y para procesar los últimos diez minutos en silencio. Se acercó al espejo del baño, se echó un poco de agua en la cara y comprobó su reflejo. No se veía bien, pero había cosas más importantes de las que preocuparse que de su aspecto. De vuelta en el dormitorio, vio las cartas de nuevo y se dio cuenta de que ni siquiera había leído la segunda carta.

La cogió, la sacó del sobre y vio la misma tinta, la misma letra.

«TE VERÉ PRONTO».

Esta vez, no la asustó. No la perturbó en absoluto. Cogió la otra carta, arrugó las dos y las tiró a la basura.

—Sí, me verás pronto, pedazo de basura —dijo mientras salía por la puerta.

## CAPÍTULO VEINTIUNO

**A**l otro lado de la mesa del despacho, veía a Byford diferente, como si tuviera algo sustancial detrás de esa apariencia corporativa. Ella había llegado a la comisaría con una nueva determinación de resolver el caso, así que su primer punto de atención fue la investigación. Algo en sus abundantes notas le daría una dirección para explorar, ella y Byford solo tenían que encontrarlo.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Byford—. Tú nos has traído hasta aquí, así que considérame tu sirviente.

—Por favor, no digas eso. Somos iguales. Tú también has hecho tu parte. ¿Ha llegado algún informe nuevo al que podamos echar un vistazo?

Byford organizó su papeleo. Sacó dos hojas nuevas.

—Estos llegaron mientras tú no estabas. El comisario hizo venir a un experto para tasar todas las monedas. Esto es lo que encontré.

—Le acercó los papeles a su parte del escritorio. Ella los leyó.

—Entonces, no hay nada particularmente raro aquí. Un valor intermedio también.

—Sí. ¿Te has dado cuenta de que aumentan de valor en cada escena del crimen? Las monedas de cinco centavos Kennedy casi no tienen valor, los yenes valen unos veinte dólares cada uno y las monedas chinas unos cincuenta.

Ella vio el mismo patrón.

—Interesante. Sugiere que nuestro asesino está evolucionando. O que está apuntando a sus víctimas en términos de importancia.

—La siguiente sección del informe decía que las monedas podían proceder de un número incontable de fuentes, por lo que rastrearlas a través de los anteriores propietarios sería imposible.

—Creo que tenemos que profundizar en este mundo del coleccionismo de monedas —dijo Byford—. ¿Qué pasaría si revisáramos los archivos de la policía y buscáramos cualquier delito que implique monedas, dinero o deudas? Entonces podríamos cotejar sus nombres con los de las personas de las comunidades de coleccionistas de monedas.

A Ella le gustó el optimismo, pero la tarea sugerida era una labor descomunal.

—Los oficiales locales lo hicieron ayer. Los resultados fueron varios miles.

Además, con la cantidad de coleccionistas de monedas que hay solamente en Newark, incluso reduciendo los nombres de los coleccionistas conocidos se obtendrían demasiados resultados para revisar. Es una gran idea, pero necesitaríamos mano de obra.

El teléfono de Ella se encendió. Por una vez, no era de Mark. Era una notificación de que sus cafés para llevar habían llegado.

—Vuelvo en un segundo. Llegó el desayuno.

Salió del despacho, atravesó la zona abierta de la oficina y bajó los escalones hasta el vestíbulo. Abrió la puerta y recogió el pedido del repartidor. Justo antes de cerrar la puerta, oyó una voz.

—¿Señorita Dark?

Ella se asomó a la puerta. De pie contra la pared exterior estaba Aleister Black. Parecía estar arrastrando los pies de un lado a otro mientras se agarraba el antebrazo con la mano contraria. Ella reconoció los signos inmediatamente. Una ansiedad abrumadora. Retención de un secreto, tal vez.

—Aleister. ¿Estás bien? ¿Qué haces todavía aquí? —Ella dejó sus cafés y se reunió con él fuera.

—Estaba de camino a casa, pero he vuelto.

Tenía la cara desencajada. Parecía que había pasado por una guerra.

—¿Por qué? Tienes que ir a descansar.

—Tenía algo que quería decirte. Es algo pequeño, pero pensé que era mejor que lo supieras.

A Ella le picó la curiosidad.

—Por supuesto. Te escucho. Por favor, di lo que tengas en mente.

—Mencionaste que habían encontrado una moneda de Okinawa de 1964 junto al cuerpo de Jimmy, ¿no es así?

—Sí, es así. De oro. Mil yenes.

—Esos detalles no son importantes. Lo importante es el año. Siempre se trata del año. Olvida todo lo demás sobre las monedas. Céntrate en el año.

Ella levantó las cejas. Hasta donde ella sabía, Aleister no era consciente de que las otras monedas también eran de 1964.

—¿Es un símbolo de algo?

—No. —Aleister negó con la cabeza—. Pero si tu asesino también es un coleccionista de monedas, entonces nació en 1964.

Ella comprobó su entorno para asegurarse de que no había nadie escuchándolos.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué piensas eso? —preguntó.

—Es la mentalidad del coleccionista. Puede que no tenga sentido para la gente normal, pero cada coleccionista tiene lo que llamamos un interés especial dentro de su propio nicho de coleccionismo. Para mí, son las monedas soviéticas. Otros pueden centrarse en las monedas de la época de la guerra. Pero para la mayoría de los coleccionistas, sobre todo los de mayor edad, es el año de su nacimiento. Creo que es su forma de dejar algo de sí mismo en cada escena. Los coleccionistas son personas naturalmente posesivas. Les gusta presumir de las cosas que poseen.

Ahora que lo había oído de boca de otra persona, le parecía obvio. Estaba tan concentrada en pensar que las monedas eran simbólicas para cada víctima que no se detuvo a pensar que las monedas podrían ser simbólicas del sudes. Si el asesino nació en 1964, tendría 57 años.

Basándose en los ataques furtivos, había perfilado al asesino como joven y ágil, pero ¿era realmente tan necesario que lo fuera? ¿Por qué un hombre mayor no podía lograr el mismo nivel de astucia?

—Aleister, muchas gracias —dijo. Se acercó a él y lo abrazó, con la esperanza de que ese afecto disminuyera su sensación de vulnerabilidad. Aunque no podía verle la expresión, percibió su incomodidad.

—Tengo que irme —dijo él—. Tengo que ir a trabajar.

Aleister desapareció por la calle y Ella volvió a su despacho. Estaba tan excitada que se olvidó de recoger el café. Subió las escaleras, atravesó la comisaría y volvió a su despacho.

—Nigel —dijo Ella al volver—. Hagamos tu idea. ¿Podemos conseguir los registros de todos los delitos relacionados con monedas o deudas en los últimos veinte años?

—Vaya —dijo Byford—. Espera un momento. Dijiste que eso llevaría mucho tiempo.

—Lo hice, pero estoy retractándome. Es una buena idea y sé cómo podemos reducir los resultados.

Byford hizo clic en su computadora portátil.

—Todavía tengo el archivo guardado que me envió el comisario. Puedo volver a utilizarlo. ¿Cómo lo reducimos?

Ella se encorvó sobre la pantalla de Byford mientras él buscaba el archivo.

—Aleister me sorprendió justo mientras estaba fuera.

—¿Todavía está aquí?

—Se estaba yendo y volvió, pero me dijo que muchos coleccionistas de monedas obtienen juegos de monedas de sus años de nacimiento, especialmente los más veteranos. Dijo que nuestro sudes debía haber nacido en 1964. Dijo que era algo que tenía que ver con la mentalidad de los coleccionistas. Pero si soy sincera, creo que hay otra razón por la que Aleister pensó eso.

—Porque eso es lo que Aleister haría si fuera este asesino —dijo Byford.

Era como si le hubiera leído la mente.

—Es exactamente lo que se me pasó por la cabeza.

—Tal vez estamos en sintonía después de todo. Aquí están los resultados.

En la computadora portátil de Byford aparecieron interminables columnas de datos, todos en un texto apenas lo suficientemente grande como para poder comprenderlo. El recuento en la esquina inferior izquierda decía que había 3426 resultados.

—Eso es mucho, pero vamos a desglosarlo por agresores nacidos en 1964.

Byford se desplazó por la pantalla buscando las opciones de filtro.

—Debes tenerme paciencia —dijo—. No conozco este sistema. Ya está, lo he encontrado. —Tecleó la información.

Los 3426 se redujeron a 32. Los resultados mostraban crímenes que involucraban monedas, aunque fueran insignificantes o triviales. Podía tratarse de delitos cometidos con fines económicos o de un jubilado golpeado hasta la muerte con una bolsa de monedas. Ella no iba a sumergirse en cada caso individual hasta estar segura de que habían agotado todas las opciones de filtro.

—Mejor, pero todavía es mucho. ¿Cómo podemos reducirlo más? —preguntó Byford.

—Buscamos a un hombre blanco que viva o trabaje en un radio de 16 kilómetros de la primera escena del crimen. Código postal 19711. Un sudes como este no se alejaría mucho del territorio conocido, especialmente para su primer asesinato.

Byford siguió las indicaciones de Ella.

—Hecho. ¿Algo más? —Trece resultados desaparecieron, y quedaron 19 en su lugar.

—Habría empezado con problemas menores, como alteraciones del orden. Podría haber sido diagnosticado con problemas de salud mental desde una edad temprana.

Byford marcaba y desmarcaba casillas, rellenaba palabras clave y hacía clic en la base de datos con dolorosa lentitud.

—Lamento demorar tanto. No quiero meter la pata. —Hizo clic en el botón de acción y los resultados bajaron a tres—. Pum, y el relleno ha desaparecido —exclamó.

Tres. Eso sería lo mejor que se podía conseguir, se dijo Ella. Sería diferente si estuviera divulgando un simple perfil psicológico para un asesinato reciente, pero ella estaba buscando crímenes que se hubieran cometido en cualquier momento de las últimas dos décadas. Eso hacía más difícil determinar los filtros necesarios.

—Comencemos a investigar. ¿Cuál es el primero?

Byford hizo clic en el primer nombre y leyó las notas.

—Vincent Jones. Mató a una mujer en la calle y le robó una moneda del bolso. Esto fue en 2006.

—No es nuestro hombre. Nuestro asesino solo tiene como objetivo a hombres, además robó algo de la escena en lugar de dejar algo.

Byford lo cerró con un clic y pasó al siguiente nombre.

—Adrian Neville. 2011. Mató a un hombre por accidente cuando tiró una moneda desde lo alto de la Torre del Río. Definitivamente no —dijo Byford y volvió a hacer clic para ver el siguiente nombre.

Ella respiraba el doble de rápido. El último nombre de la lista. Si este nombre no tenía sentido, tenían que volver a empezar desde cero.

—Último concursante, veámoslo.

Byford cargó la pantalla. Las primeras palabras que Ella vio fueron: «Sospechoso de homicidio».

—Oye, esto es más apropiado —dijo Byford—. Creo que podríamos tener algo.

Ella se deslizó por el informe y se formó una imagen de este posible sospechoso en cuestión de segundos. Se llamaba Kevin Steen, pero era una categoría de criminal diferente a la de los otros sospechosos.

—Maldita sea. Es un ladrón profesional —dijo Ella.

—Tiene toda la pinta de serlo. Mira esta parte. —Byford movió el cursor—. Robó una tienda de antigüedades en 2016. Luego, unos

días después, el propietario fue asesinado. Bastante sospechoso.

—No es una broma. Parece que también solo robó monedas raras. ¿Puedes comprobar su último paradero conocido?

Byford indagó en la situación actual de Steen.

—Estuvo en prisión por robo hasta... —Se detuvo a mitad de la frase. Ella la terminó por él.

—El mes pasado. —Cruzaron una mirada que decía lo mismo—. Maldita sea. Tenemos que consultar con el agente de libertad condicional de este tipo. ¿Puedes conseguir sus datos?

—Un segundo —dijo Byford. Ella cogió su teléfono y abrió el teclado numérico. Byford leyó en voz alta el número que necesitaba. Ella lo llamó.

Sonó una vez.

Dos.

—Hola, servicios comunitarios de libertad condicional y cuidado posterior, habla Julia, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, soy la agente Dark del FBI. Necesito hablar con... —Ella miró a Byford, dándose cuenta de que no había conseguido el nombre del agente que necesitaba.

—Kathy Starks —dijo Byford.

—La señorita Kathy Starks —repitió Ella—. Esto es referente a una persona en libertad condicional a su cargo.

—Un momento, por favor —dijo la recepcionista. La línea se silenció y luego se escuchó una música sinfónica. La intensidad del volumen estaba completamente alterada.

Otra voz se unió a la línea un segundo después.

—Hola, soy la oficial de libertad condicional Starks.

—Hola, señorita Starks —dijo Ella—. Soy la agente Dark del FBI, designación C131. ¿Puedo hablar con usted sobre un preso en libertad condicional llamado Kevin Steen?

—El Sr. Steen está actualmente desaparecido, agente. ¿Tiene información sobre su paradero?

—¿Desaparecido? —preguntó ella. Dirigió el comentario tanto a Byford como a su nueva amiga al teléfono.

—Sí, agente, el Sr. Steen no se presentó a su último control de libertad condicional. Hemos intentado localizarlo sin éxito. ¿Qué es lo que necesitan saber?

—Creemos que el Sr. Steen puede ser responsable de una serie de asesinatos en Newark. ¿Usted cree que sería capaz de hacerlo?

Kathy Starks dudó un momento.

—Me temo que no podría responderle en calidad de profesional. ¿Podría hacerme un pequeño favor, agente Dark? ¿Podría llamarme al móvil? Tengo problemas para oírle en esta línea.

—De acuerdo. Puedo hacerlo.

Kathy recitó el número y luego colgó. Ella marcó el nuevo número mientras miraba a Nigel confundida.

—Qué raro. Me pidió que la llamara al teléfono móvil —dijo Ella.

—¿Dijo que él había desaparecido? —preguntó Byford.

La llamada se conectó. La misma voz contestó al otro lado.

—¿Hola, agente Dark?

—Hola, ¿puede oírme mejor ahora?

—Señorita Dark, lamento tener que hacerle esto. La verdad es que la oí bien por la otra línea, pero necesitaba hablar con usted extraoficialmente. No puedo hacerlo en mi línea de trabajo.

La curiosidad de Ella se disparó hasta niveles incontrolables.

—¿Extraoficialmente? Claro, pero ¿por qué?

—La cortesía profesional me impide especular y hacerlo puede costarme el trabajo. Pero ¿ha dicho que Kevin Steen es sospechoso en un caso de asesinato?

—Lo es, sí. Tres asesinatos. —Ella oyó a Kathy suspirar imperiosamente por el teléfono, como si estuviera luchando por controlar su respiración. Bajó la voz hasta convertirse en un susurro.

—Kevin Steen es un ladrón famoso, pero también es muy peligroso. Supongo que conoce su pasado.

—Sé que estuvo en la cárcel por ladrón.

—Fue juzgado por el asesinato del mismo dueño de la tienda, pero fue absuelto por falta de pruebas. Pero en conversaciones privadas conmigo, Kevin prácticamente admitió que lo había hecho.

Ella hizo un gesto para captar la atención de Byford. Agitó el brazo en un intento inútil de transmitir la conversación.

—¿De verdad? ¿Lo ha admitido?

—Si me lo pregunta, sí. Pero la cosa no acaba ahí. Durante nuestro último contacto, me dijo que «tenía grandes planes». Yo no sabía de qué estaba hablando. Pensé que solo estaba actuando con su habitual grandilocuencia. Pero dijo que iba a ir a por «los cuatro grandes» y que lo iba a hacer en el plazo de una semana.

—¿Los cuatro grandes? —dijo Ella—. ¿Alguna idea de lo que significa?

—No. Pensé que solo era Kevin siendo Kevin. Quizá estaba hablando de cambiar su vida. Luego vi la noticia de Alan Yates y Jimmy Loveridge, y se me encogió el corazón.

Ella digirió la información, trató de procesar todo y darle sentido.

—Espere un segundo, ¿por qué supuso que Kevin Steen tenía algo que ver con sus muertes? —Detectó la duda de Kathy, a pesar de que estaban a cientos de kilómetros de distancia. La línea crepitó con estática.

—Esto es extraoficial mente, ¿verdad? Esta información no puede ser utilizada en un tribunal.

—No, lo prometo.

—Bueno, esto no está en absoluto confirmado. Es un rumor más, uno perpetuado por el propio Kevin.

—Estoy escuchando.

—Es sobre Alan Yates y Jimmy Loveridge. Kevin Steen era su proveedor. Él robaba artículos para ellos. ¿Cómo creen que ambos hicieron tanto dinero?

—Oh, Dios. Eso es... muy útil —dijo Ella—. ¿Sabe dónde puede estar Kevin ahora?

—No. Hace varios días que la policía lo está buscando. Debía presentarse el 26 de abril, pero nunca lo hizo.

Ella se volvió hacia la línea de tiempo de la pizarra. Ese fue el día anterior al primer asesinato. Algo estaba pasando aquí.

—Gracias, señorita Starks.

—De nada. Por favor, no mencione esta conversación en ningún ámbito oficial.

Ella entendió la importancia de esto.

—Confíe en mí. Una última cosa antes de que se vaya. ¿El nombre Barry Windham significa algo para usted? —Ella escuchó un golpeteo al otro lado de la línea.

—Windham, Windham —repitió Kathy—. Sí, pero.

Kathy se detuvo. Ella intuyó que se avecinaba una revelación.

—¿Usted lo conoce?

—Acabo de revisar las notas de Kevin. El dueño de la tienda que Kevin era sospechoso de matar era el hermano de Barry Windham.

«Eso es», pensó Ella, por fin veía una imagen clara por primera vez. Todo encajaba en su sitio, como un rompecabezas de un millón de piezas que se habían desperdigado por Newark. La revelación le produjo un subidón de euforia que nada podía igualar.

—Gracias por su ayuda. Puede que nos hayas ayudado a encontrar a un asesino. —Ella colgó, se volvió hacia Byford y no supo por dónde empezar.

«Este asesino está despejando los cabos sueltos», se repitió.

## CAPÍTULO VEINTIDÓS

**S**iempre volvían a su casa. No importaba si eran delincuentes de poca monta o fugitivos buscados. Si estaban huyendo, el único lugar que volvían a visitar era su casa. Por eso Ella estaba sentada en un coche a unos cien metros de la casa de Kevin Steen, con los ojos clavados en ella como un halcón. El edificio era una casa de dos niveles, tenía un conjunto de escalones de madera que conducían a la puerta principal. Las persianas de color crema ocultaban el interior, y entre ellas y las ventanas de una sola hoja había una hilera de plantas en macetas. No era precisamente como se imaginaba la casa de un famoso ladrón. Byford y ella comenzaron su tercera hora de espera.

—Ella, esto es genial y todo, pero no podemos estar aquí todo el día —dijo Byford.

Ella estaba empezando a sentir lo mismo. Steen acabaría volviendo, pero podrían pasar días o semanas antes de que lo hiciera. Los criminales profesionales tenían lugares donde podían esconderse a largo plazo.

—Sí, tienes razón. ¿Qué quieres hacer?

—¿Qué tal si patrullo las calles? Conseguiré que algunos de los policías locales vengan conmigo. Podemos cubrir más terreno de esa manera.

—Suenas como un plan. Si detectas a este tipo, avísame de inmediato.

—Lo mismo. Si llega a su casa, pide refuerzos. No intentes atrapar a este tipo tú sola. —Byford sacó su teléfono móvil e hizo

una rápida llamada a la comisaría—. Voy a subirme a un coche patrulla en la calle. Nos mantendremos dentro de un radio de unos pocos kilómetros.

Byford salió del coche y desapareció por la carretera, dejando a Ella sola. Había mirado la casa durante tanto tiempo que la imagen estaba grabada en sus retinas. Había memorizado todos los detalles exteriores, de modo que si algo cambiaba cuando pestañeara, lo sabría.

Ella pensó en el sospechoso y en cómo podría estar funcionando su proceso de pensamiento. Kevin Steen tenía una conexión con cada una de las víctimas y un motivo para matarlas. Ella se puso en la cabeza de él y repasó los acontecimientos de los últimos cinco años. En 2016, Kevin Steen robó en Gold Rush Coins en Wilmington, Delaware. Steen fue sorprendido en el acto por el dueño de la tienda, pero logró huir. Tres días después, el dueño de la tienda apareció muerto.

Steen fue juzgado por el crimen y finalmente fue declarado inocente de asesinato, pero tal calvario le pasaría factura. Guardaría rencor hacia el hombre que lo atrapó y lo hizo someterse a un largo proceso de juicio, así que después de eso, ¿podría Steen tener como objetivo a las personas de su pasado? Si los rumores de que Steen suministraba bienes a la gente de Newark eran ciertos, ¿qué le llevó a quitarles la vida? ¿Intentaba hacer borrón y cuenta nueva, o tal vez vengarse de la gente que le utilizó?

¿Y quiénes eran «los cuatro grandes» de los que supuestamente hablaba? ¿Cuatro víctimas, cuatro personas de su pasado? Si ese era el caso, eso significaba que podría estar planeando atacar esta noche. Una mente desquiciada como esa estaría sedienta de venganza después de los errores que cometió con Barry Windham la noche anterior. Ahora mismo, estaría dudando de sí mismo, y la única forma de mejorar las cosas sería llevando a cabo una escena del crimen impecable como las dos primeras.

El teléfono de Ella vibró en el salpicadero y, por enésima vez en el día, apareció el nombre de Mark. No leyó los mensajes porque

solo la molestaban. No tenía tiempo para ocuparse de un abusador inseguro y emocionalmente atrofiado cuando había asuntos más urgentes que atender. Cuando volviera a Washington, solo Dios sabía cuándo, iba a decirle a Mark la verdad. «Nuestra relación ha terminado». Él sabría las razones, y ella no tendría ninguna obligación de decírlas, aunque él se lo rogara. Ella no le debía nada al hombre, y empezaría y terminaría con eso.

Eran casi las dos de la tarde y los rayos de la primavera entraban por el parabrisas. Agradeció el calor y echó hacia atrás el asiento del coche para tener más espacio para estirar las articulaciones. Le crujieron los hombros y se recostó en el asiento. Cerró los ojos, con la esperanza de que un minuto de minisiesta pudiera combatir el cansancio que sentía.

Incluso a través de los párpados podía ver la casa. Un escenario de fantasía sobre cómo podría desarrollarse su encuentro con Kevin Steen se repitió en su mente, y luego se despertó de golpe, deseando que el encuentro fuera real. Dejó de lado el cansancio, mantuvo la vista fija en la casa y solo parpadeó cuando realmente lo necesitaba.

Iba a ser un día largo.

\* \* \*

Ella miró el reloj del salpicadero. Habían pasado casi dos horas y todo seguía igual. Una hilera de casas, una calle vacía y en la casa de Steen nada había cambiado.

Una vez, cuando trabajaba en el Departamento de Policía de Virginia, un oficial le había dicho que perseguir a los delincuentes representaba apenas el uno por ciento del trabajo de un policía. El otro noventa y nueve por ciento consistía en mirar las casas de la gente. Ese noventa y nueve por ciento, dijo, era la razón por la que tantos policías se suicidaban. Ella pensó que estaba bromeando,

pero el hecho de estar realizando la tarea hizo que considerara su comentario desde otra perspectiva.

No tenía llamadas perdidas de Byford. Ningún mensaje de Mark, para variar. Empezó a sentir que el tiempo se estaba acabando y no podía arriesgarse a perder el tiempo por miedo a que se perdiera otra vida. En las últimas tres horas y media, solo habían pasado dos peatones. Era una tarea optimista, pero era una causa perdida teniendo en cuenta la urgencia.

Ella metió la llave en el contacto y la accionó una vez. Estudió su entorno una vez más. Ya no veía esa calle como una parte animada y tangible del mundo en el que vivía, sino como un telón de fondo bidimensional colgado en la parte trasera del escenario donde se desarrollaba la historia de su vida.

Pero entonces se le ocurrió algo. Una nota de irregularidad. Vio movimiento donde antes no lo había visto.

Alguien estaba fuera de la casa de Kevin Steen. Cruzando el portón. Introduciendo una llave en la puerta.

Ella salió disparada de su asiento con la rapidez de un guepardo. Cerró suavemente la puerta del coche para no alertar al hombre de su presencia. No podía reconocerle los rasgos, así que no estaba segura de si era el sospechoso o no, pero ¿quién más iba a aventurarse en su casa?

Cruzó la calle y se dio cuenta de que la puerta estaba abierta de par en par. Por ello, podía deducir que quién había llegado no pensaba quedarse mucho tiempo. Pensó en las veces que se había olvidado el bolso y había tenido que volver corriendo a su apartamento: entrar, dejar la puerta abierta, volver a salir en segundos. Así se ahorra el tener que andar pasando los pestillos.

Ella rápidamente le hizo una llamada perdida a su compañero. No había tiempo para charlar. Él sabría de qué se trataba. Agarró la pistola y las esposas, y se dirigió en picado hacia la casa, mientras se abría paso silenciosamente hasta la puerta principal, aún abierta. Echó un primer vistazo al interior y quedó impresionada por lo poco que vio. No esperaba que un ladrón tuviera tan buen gusto. Se

preparó para la batalla, dejó de lado sus pensamientos acelerados y luego empujó la puerta para abrirla.

Al otro lado, algo detuvo su impulso. Entonces, como una aparición fantasmal, Kevin Steen apareció frente a ella. Su aspecto era muy diferente al de su foto policial. Tenía 57 años, pero parecía mayor, tenía la cabeza afeitada, ojos marrones profundos, y labios finos y rosados. Ella vio un físico escuálido bajo sus pantalones *beige* y su chaqueta blanca.

Kevin no se presentó, simplemente se dedicó a sus asuntos como si ella no existiera.

—¿Sr. Steen? —preguntó ella. Ella le llamó la atención durante un segundo, luego él salió de su casa y trató de cerrar la puerta de un portazo. Ella metió el pie en el hueco, quería ver el contenido de su casa. En algún lugar habría pruebas de sus crímenes. Steen se alejó por el camino.

—Kevin —gritó—. Soy del FBI. Por favor, quédese donde está.

Kevin no obedeció; giró la esquina de su casa y empezó a alejarse por el camino. Ella saltó la pequeña valla y le cortó el paso.

—Kevin, tenemos que hablar con usted —dijo mientras le mostraba su placa.

Entonces el sospechoso se congeló. Consultó su teléfono móvil y se volvió en la otra dirección. Ella corrió tras él, lo alcanzó y lo agarró por la muñeca. Kevin Steen giró hacia ella, y le habló acercando la nariz a la de ella.

—No te metas en esto, mujercita. ¿Me oyes?

Tenía una voz áspera y rasposa, como si sus cuerdas vocales se hubieran carbonizado hasta convertirse en hojuelas. Dejó la cara pegada a la suya, ella no parpadeó ni se movió.

—Kevin, tiene tres segundos para empezar a hablar y le sugiero que lo haga.

Se empujó contra ella. Una táctica clásica de intimidación. La fuerza la hizo perder el equilibrio, pero se mantuvo erguida. Ella ya lo había visto un millón de veces.

—Confía en mí. No quieres nada de esto. Vete a casa. Esto nunca sucedió.

—¿Quiere decirme quiénes son los cuatro grandes?

Steen hizo una mueca con los labios. Inhaló violentamente y luego escupió en la cara de Ella. En su momento de desorientación, ella oyó unos pasos que se le escapaban. Se limpió los restos de los ojos y vio a Steen corriendo de vuelta a su casa. Ella lo siguió, saltó la valla y se abalanzó con los hombros contra la puerta. La puerta se cerró de golpe en el microsegundo en que la golpeó. Tembló sobre sus bisagras, pero se mantuvo firme en su sitio.

Su breve interacción había confirmado una cosa. Kevin Steen era culpable de algo.

Ella retrocedió dos pasos y golpeó la puerta con todas sus fuerzas. Se abrió de golpe y se rompió en dos partes. Ella entró de un salto en la casa y se encontró en la sala de estar, donde no había rastros de ningún sospechoso. Prestó atención a cualquier señal de vida, pero no captó nada.

Corrió por la zona de abajo, familiarizándose con la distribución y buscando cualquier lugar donde Kevin pudiera esconderse de ella. Había vuelto a entrar por una razón y algo le decía que descubriría rápidamente cuál era.

La puerta trasera que daba al jardín. Cerrada. Todas las ventanas grandes. Cerradas. Kevin debía estar en algún lugar dentro de la casa. No podía haber salido tan repentinamente.

Ella sacó su pistola y mantuvo la postura Weaver mientras se dirigía al pasillo.

—Kevin, preséntese. Es una orden —gritó, sin esperar respuesta. Desde el pasillo, subió la escalera. En la parte superior, encontró cuatro puertas cerradas. Sin dudarlo, abrió la primera y se encontró con una habitación completamente vacía. La siguiente era el baño. Vacío y sin lugares donde esconderse.

Levantó el pie para abrir la tercera puerta, pero se detuvo al oír un ruido. «Toc, toe». Luego un sonido de arañazos. Miró hacia arriba y vio la entrada a un desván, cuya cuerda se balanceaba en el aire.

Ella decidió tirar de ella sin perder tiempo. Una escalera de madera se derrumbó y Ella tuvo que saltar hacia atrás para evitarla. No había forma de disimular su intrusión, así que Ella decidió usarla a su favor.

—Ríndase ahora, Kevin, y no dispararé —gritó mientras ascendía a la parte más alta de la casa. Un panel de vidrio en el techo dejaba entrar la luz suficiente para distinguir las formas de la habitación.

—Kevin, sé que está aquí arriba. Salga ahora mismo. No logrará escapar.

Las tablas de madera crujieron bajo sus pies cuando comprobó los rincones. Mantuvo la espalda contra la pared, y fue pasando la pistola entre las partes oscuras de la habitación. Había un montón de cajas en una esquina y una pila de bolsas en la otra. Avanzó a lo largo de la pared, hasta llegar a la tercera esquina, y entonces oyó un ruido metálico bajo su bota.

Ella miró hacia abajo y vio una moneda de plata brillante que la reflejaba. No era una moneda que reconociera. Era una moneda importada.

De repente, empezó a bajar hacia ella. No por voluntad propia, sino por ausencia de ella. Un fuerte golpe en la parte posterior del cráneo la hizo descender y se encontró de cerca con la cara de la moneda. Su primer instinto fue aferrarse a la pistola para asegurarse de que no la perdía, pero una fuerte bota en la muñeca le hizo soltar el agarre. Su atacante le quitó la pistola de una patada, le dio la vuelta y le rodeó el cuello con la mano. Sintió cómo él le clavaba las uñas en la carne hasta hacerla sangrar.

La falta de oxígeno le nublabla la capacidad de pensar, pero la memoria muscular se encargó de responder. Ella rodeó la sección media de Steen con las piernas, con el objetivo de golpear cada lado de las costillas. Apretó con furia, rodó sobre sí misma y lanzó a Steen de cabeza contra las cajas. Ella se puso de pie y corrió hacia su arma.

La consiguió.

—No se atreva a moverse —gritó, apuntando con su pistola a las piernas de Steen. Él se recostó contra las cajas y se agarró la frente. Cuando dejó los brazos libres, Ella vio el enorme corte—. Parece doloroso. Pero apuesto a que no es tan doloroso como un corte en la garganta.

—¿Qué? —gritó Steen—. De todos modos, ¿qué diablos quieres de mí?

—Quiero que se vacíe los bolsillos. Demuestre que está desarmado.

—Perra, tienes un arma. Si tuviera un arma, ya la habría usado.

—Hágalo.

Steen metió la mano en sus vaqueros y mostró que sus bolsillos estaban vacíos.

—La chaqueta también.

Steen se la quitó lentamente y la deslizó por el suelo hacia Ella.

—Ya está. Compruébalo tú misma.

—Muy bien. Si se mueve un centímetro, le haré un corte mucho peor. —Ella se agachó sin apartar la vista del sospechoso, metió la mano en los dos bolsillos de la chaqueta y no encontró nada. Rebuscó en el interior y encontró otro bolsillo.

Conectó las yemas de sus dedos con algo.

—¿Qué es esto? —dijo. Lo apretó entre los dedos y lo extrajo, cuando lo vio, movió ligeramente su blanco programado—. Oh, Dios mío —dijo.

Eran dos monedas extranjeras envueltas en plástico.

Steen tenía que dar muchas explicaciones.

Ella las inspeccionó un poco más de cerca y, al apartar los ojos del sospechoso caído, percibió un borrón en su visión periférica. Se oyeron unos pasos que retumbaban en el suelo. Ella dejó caer las monedas y volvió a apuntar con su pistola al sospechoso que huía, pero no consiguió fijar el blanco. Para su asombro, Steen se dirigía en dirección contraria a la salida. La extraña elección de la dirección la confundió, hasta que Steen pareció salir disparado hacia el techo por la ventana abierta. Todo el peso del hombre se estrelló contra el

techo exterior y sonó como si el dios del trueno estuviera en una calle lateral de Newark. Ella oyó los golpes encascada por el tejado y cómo se detenían de repente.

Ella le siguió los pasos y salió por la mitad de la ventana para ver a Kevin Steen de pie en la puerta de su jardín.

Frente a él estaba el agente Byford, con un arma en la mano.

Ella bajó a toda prisa y llevó las monedas consigo.

Por fin, el juego había terminado.

## CAPÍTULO VEINTITRÉS

**D**espués de tomarse una hora para procesar todo, Ella bajó a las celdas de detención de la comisaría de policía de Newark.

Dentro, el famoso ladrón Kevin Steen esperaba su arresto oficial. Byford la acompañó hasta allí para su primera entrevista con el sospechoso.

Un oficial uniformado abrió la enorme puerta de acero que conducía a las celdas. La zona no era bonita, no era muy diferente a las celdas de la cárcel en el extraño sueño Victoriano de Ella. Una luz polvorienta se filtraba por las ventanas. Por encima había un techo abovedado de al menos nueve metros de altura, y en él Ella vio tres capas de pintura, cada una de ellas constituía un lúgubre intento de darle un poco de alegría. Los restos de un par de cadenas oxidadas, atornilladas a la pared, yacían en el suelo como serpientes muertas.

—Hola, Kevin —dijo Ella al prisionero. Él estaba sentado en un banco con un cubo de agua a su lado, y se aplicaba poco a poco salpicaduras en la herida de la cabeza—. ¿Ahora sí está listo para hablar?

—Acabemos con esto —dijo él.

El guardia acercó dos sillas para los agentes. Tomaron asiento fuera de la celda de Steen.

—Así que es usted un ladrón. ¿Es eso cierto?

—Soy lo que sea que me dé dinero.

—Claro. Hoy hemos hablado con su agente de libertad condicional. ¿Quiere decirnos por qué no se presentó a su último encuentro?

Steen se encogió de hombros y luego se rio.

—He estado ocupado. Supongo que lo olvidé.

—¿Qué podría ser más importante que no volver a la cárcel?  
—preguntó Byford.

—Miren, hace un mes que soy un hombre libre. Un hombre que tiene cosas que hacer, ¿de acuerdo? Dile a la perra que la llamaré cuando tenga cinco minutos.

—Ciertamente tiene cosas que hacer. Supongo que tendrá que ponerse al día con algunos viejos amigos, ¿no?

—Algo así —gruñó Steen.

—Viejos amigos como Alan Yates o Jimmy Loveridge.

Steen se puso en pie y agarró los barrotes de su celda.

—Sé a dónde va esto y no he tocado a esos bastardos. Sí, conozco a esos tipos, pero no los descuarticé.

—¿Está seguro de eso? —preguntó Byford.

—Segurísimo, amigo.

—¿Cómo los conoció? —preguntó Ella.

Steen esbozó una sonrisa y mostró dos hileras de dientes alarmanamente blancos. Ella recordaba haber leído que era bastante común en los presos recién liberados, porque cepillarse los dientes evitaba los ataques de hambre.

—Soy un ladrón, ¿de acuerdo? He estado robando desde que estaba en la teta de mi madre, y sigo haciéndolo incluso cuando estoy en la teta de tu madre. Si quieres seguir en este juego, tienes que interponer unos cuantos palos entre tú y tu mercancía ajena.

Ella puso una expresión de perplejidad.

—Kevin, tiene 57 años. Deje de hablar como un rapero y hable con claridad.

Steen se retiró al fondo de su celda.

—Cuando robas algo, siempre se lo vendes a un vendedor. No vas por ahí vendiendo al público como si fueras un idiota sin idea. Los vendedores lo venderán luego a otros vendedores. Estos son los palos, así que nunca pueden rastrear las cosas a ti, ¿comprenden?

—No pedimos una lección sobre cómo robar. Preguntamos cómo conocía a Alan y a Jimmy —dijo Byford.

—Les vendí cosas que había robado. Relojes, collares, basura vieja para la estúpida tienda de Jimmy. Les encantaba.

—¿Sabían que todo era...? —Ella hizo una pausa—, ¿propiedad ajena?

—Jimmy lo sabía. No le importaba. Alan no tanto. Pensaba que lo había importado.

—Kevin, Alan Yates era banquero y filántropo. ¿Por qué iba a necesitarlo a usted?

—No me necesitaba, pero los hombres así son jodidamente adictos. Les encanta ver cómo suben los números. Él solía vender mis cosas directamente. Todas esas alas de hospital y los bancos del parque, son obra mía.

Ella no estaba segura de cuánto de esto era cierto, pero se sentía un poco asqueada si ese era el caso. Con suerte, la verdad sobre las travesuras de Alan Yates no saldría a la luz después de su muerte, pensó.

—Bien y ahora esos dos hombres están muertos. Vaya coincidencia, ¿no? —preguntó Byford.

—Sí, ¿y? —dijo Steen—. ¿Por qué iba a matar a dos personas que me daban dinero fácil?

Ella creía que era una pregunta razonable, pero estaba convencida de que había una respuesta escondida en alguna parte.

—Tal vez lo perjudicaron en algo. Tal vez no solicitaron su liberación de la cárcel. ¿Quizá usted está listo para cambiar su vida y quería borrar sus conexiones pasadas?

Steen volvió a salpicarse la cabeza, esta vez se empapó el cráneo en el proceso.

—Ja. Está usted mal de la cabeza, señora. Me encantaban esos dos tipos. Debería comprarles lápidas de oro con el dinero que me hacían ganar.

—Dinero que ya no tiene —dijo Ella.

—Sí, es una porquería, pero ¿qué voy a hacer? ¿Llorar por ello? No, salgo a trabajar de nuevo.

—Se nota —dijo Ella—. ¿Quiere hablarnos de Barry Windham?

—¿Quién?

—Barry Windham. Un coleccionista de monedas y electricista local.

—Nunca escuché ese nombre en mi vida.

—Usted conoce a su hermano, Trevor.

—Oh. —Steen se dio un golpe en la cabeza—. Sí, conozco a Barry. Creo.

—Bueno, también lo encontramos muerto esta mañana. Eso ya hace a tres personas que tienen una conexión con usted. Bastante concluyente, ¿no le parece?

Steen volvió a los barrotes del frente.

—Señora, ¿has oído hablar de las estadísticas? Esos tres tipos probablemente tenían vínculos con un millón de imbéciles como yo. Yates hacía negocios con cualquier bastardo. Loveridge era tan ladrón como yo y los chicos de Windham le venderían un tiempo compartido a su madre si eso les hiciera ganar un dólar. Además, ¿qué pasa con todos los chicos con los que hago negocios y que aún respiran? ¿Alguna vez pensaron en eso?

Hacía una hora, Ella estaba convencida de que tenían a su asesino. Pero en ese momento, las dudas se agolpaban. Kevin Steen claramente era un personaje y tenía secretos en su armario, pero ella no podía afirmar con certeza que fuera el responsable de esos asesinatos. A pesar de ser un criminal bocazas, tenía buenos argumentos.

—Todas nuestras víctimas fueron encontradas con monedas en la escena del crimen. Kevin, usted es importante en el mundo del coleccionismo de monedas, ¿correcto? —preguntó Ella.

Steen se encogió de hombros.

—Tal vez. Un arte moribundo, hoy en día.

—¿Entonces qué fue lo que encontré en su chaqueta? ¿Algo para su colección personal?

Steen se pasó las manos por el cuero cabelludo y esparció parte de la sangre que se estaba secando.

—Lo robé para un coleccionista. Y antes de que lo pregunten, no es de por aquí. Vive en Nueva Jersey.

—¿Quiere hablarnos de esos «cuatro grandes»? —preguntó Ella—. Su agente de libertad condicional lo mencionó.

—Lo hizo, ¿eh? Bueno, voy a ser sincero porque no tengo energía para esto. Los cuatro grandes son los cuatro elementos que se necesitan para volver al negocio. Solo he estado fuera de la cárcel durante un mes y necesito volver al ruedo.

—¿Qué elementos son estos? —preguntó Byford.

—No importa. Cualquier cosa. Es un término para los ladrones. La mayoría de las tiendas nuevas no aceptan tu mercancía hasta que tienes cuatro piezas valiosas. Así saben que eres alguien importante y no un imbécil que ha tenido suerte.

Ella se cruzó de brazos y repasó todas las demás preguntas que tenía, dándose cuenta de que Kevin se limitaría a desviarlas como había hecho. Se volvió hacia Byford, que parecía igualmente desorientado. Si quería obtener algo de él, tenía que indagar en su psique. Enfurecerlo. El viejo truco de Mia.

—Kevin, antes de irnos ¿podría hablarnos de su juicio por asesinato?

—No.

—Bueno, ¿puedo hacer una suposición entonces?

—Claro, ¿por qué no?

—Mi suposición es que el asesino en serie que estoy buscando está delante de mí. Tenemos suficientes pruebas para enviarlo hoy mismo a la cárcel y asegurarnos de que no vuelva a ver la luz del día. Creo que no solo ha matado a Alan, Jimmy y Barry, sino que también mató al hermano de Barry hace cinco años.

Steen mojó la mano en el cubo y se echó agua en la cara violentamente. Escupió un chorro.

—Creo que usted robó en la tienda de Trevor, y luego volvió y mató al pobre viejo tres días después. Porque usted es un cobarde

que quiere esconder sus problemas bajo la alfombra. No podría soportar una pelea justa con él, así como me emboscó por la espalda hoy. Usted es débil, lamentable y se esconde detrás de una fachada de tipo duro.

—¿Ah sí? ¿Eso crees? —espetó Steen—. Ya lo veremos.

—Sí, lo haremos. Hace cinco años pudo saborear el asesinato, y desde entonces ha pasado todos los días complaciéndose con la idea de ello. Es la única manera en que un debilucho como usted puede divertirse. Una vez que salió, volvió directamente a matar, probablemente para recuperar la sensación de dominio después de todas las palizas nocturnas que debe haber recibido en la cárcel.

—Basta —gritó Steen mientras golpeaba la celda con las manos—. Yo no maté a esos tres tipos, ¿me oyes? Yo robo, no mato. Se cometen errores. Pero yo no mato.

Ella vio la grieta en la coraza.

—¿Se cometen errores?

A Steen se le dilataron las pupilas de miedo. Debió darse cuenta de lo que había dicho.

—Solo díganos la verdad, Kevin. Si no, le espera un largo camino. Él comenzó a pasearse por la celda como una bestia capturada.

—Lo hice, ¿de acuerdo? Hace cinco años. El hermano de Windham. Quería darle una lección y las cosas se me fueron de las manos, pero no era mi intención. ¿Están contentos ahora?

Ella celebró por dentro, pero mantuvo la calma.

—¿Por qué no lo admitió en el juicio?

—Llámenme loco, pero no quería ir a la cárcel por el resto de mi vida. —Steen volvió a sentarse y se tranquilizó. Acababa de darse a sí mismo, sin querer, una larga condena de prisión.

—Agente Byford, he terminado aquí. ¿Algo que añadir?

—Nada. Creo que tenemos todo lo que necesitamos. Nos vemos pronto, Kevin.

Los dos agentes dejaron atrás al sospechoso, que seguía enfadado por su arrebató. Salieron de las celdas y volvieron a la oficina.

Ella se dijo que Byford se había equivocado. No tenían todo lo que necesitaban.

Todavía había un asunto muy urgente que atender.

Aún tenían que averiguar quién era el verdadero asesino.

## CAPÍTULO VEINTICUATRO

Tobias Campbell estaba sentado frente a una computadora muy vieja a unos diez metros de su celda de cristal de la prisión, mientras contaba los minutos, los segundos.

Todos los miércoles, los reclusos de categoría A del Instituto Correccional de Maine tenían acceso a la biblioteca de la prisión, donde podían utilizar las computadoras, leer libros, jugar o estudiar. Tobias era el único preso del centro clasificado en una categoría superior a la A (la mítica categoría X que muchos funcionarios de la prisión negaban que existía), lo que significaba que su rutina era diferente a la de los demás.

Tobias tenía prohibido mezclarse con otros presos, por lo que los guardias trasladaban una computadora a su recinto subterráneo todos los miércoles por la noche. Era una formalidad más que nada, ya que Tobias realmente no utilizaba la computadora, aunque no tenía tanto tiempo para la tecnología. La computadora no tenía acceso a Internet ni tampoco a la Intranet local de la prisión. Era una máquina sencilla con juegos básicos, imágenes y algunos archivos de música. Tobias solía sentarse allí durante una hora y miraba la pantalla mientras un guardia armado vigilaba.

Pero hoy, las cosas iban a ser un poco diferentes.

Tobias Campbell no había recibido una educación formal, nunca había visto el interior de una escuela en su vida. Toda su crianza tuvo lugar dentro de la feria. Una feria ambulante, con fenómenos de feria, estafadores y timadores que trataban de ganar dinero fácilmente a costa del público crédulo. Su padre había sido lo que se

conocía como un pregonero de feria, el hombre cuyo trabajo consistía en atraer a la gente a ver su famoso espectáculo de fenómenos. «Solo existen dos tipos de fenómenos, damas y caballeros. Los creados por Dios, y los hechos por el hombre. La criatura en este pozo es un ser humano que respira y que una vez fue... bueno, esa es otra historia que ocurrió hace mucho tiempo, muy lejos de aquí. Miren si así lo desean».

El primer trabajo de Tobias, cuando era un niño curioso de 10 años, fue caminar por el recinto de la feria y localizar a los clientes que tenían dinero para derrochar y, por lo tanto, podían ser engañados. Pasaba por delante de ellos y les marcaba la espalda con un trozo de tiza azul. De ese modo, los feriantes de los puestos sabrían que eran los jugadores a los que había que mantener al borde de la victoria. «Solo un intento más en el lanzamiento del anillo. Vamos, seguro que esta vez lo consigues».

Al principio le costó hacerlo, siempre se esforzaba un poco más de la cuenta. Cuando la persona se daba cuenta de que un niño había pintarrajeado su ropa, Tobias se limitaba a fingir que era un pilluelo travieso y huía. Pero con el tiempo, se convirtió en un experto. Era como un fantasma, que observaba a los clientes desde lejos, los marcaba con tiza y luego se dispersaba entre la multitud. A partir de los 11 años, nadie podía atraparlo. Tenía unos dedos tan ágiles que parecía tener nubes en la punta de la mano.

Pero los verdaderos educadores eran los artistas de la feria. Payasos, ilusionistas, tahúres, carteristas. La gente que no solo podía manipular objetos de manera única, sino que podía doblegar las respuestas psicológicas de una persona a su favor. Manipulación psicológica armada. Recordaba a un mago que hacía desaparecer una moneda, una y otra vez, explicando luego que no era él quien hacía el trabajo, sino el poder de la distracción. Las puntas de los dedos eran solo la bala, decía, el resto del cuerpo era el arma. «Cuanto más cerca se mira, menos se ve».

El mismo hombre le enseñó a Tobias la prestidigitación y cómo aplicarla correctamente. Le enseñó cómo guiar la atención de una

persona hacia donde uno quería. Lo llamó explotación del reconocimiento de patrones, es decir, engañar al cerebro para que piense que algo ha ocurrido cuando no es así. Transferir una moneda de una mano a la otra, colocar una pelota en el bolsillo de alguien, tragar una aguja.

O robar algo delante de un guardia armado.

Tobias rozó con las yemas de los dedos la parte inferior del ratón mientras se desplazaba hacia arriba y hacia abajo por la página. Era uno de los viejos ratones que tenían la bola en su interior, antiguo incluso para sus estándares. Era todo lo que se merecía, al parecer.

—Oficial, creo que he terminado aquí —dijo Tobias—. Realmente no tengo nada que hacer con esta máquina. Además, no me siento muy bien.

—Todavía tiene tres minutos —dijo el guardia.

Tobias sonrió, se recostó en su silla, se llevó las manos detrás de la cabeza y tosió con fuerza. Miró el reloj de la esquina de la pantalla y contó hasta el momento de la gloria.

Solo tres minutos, pensó.

Tres minutos hasta que pudiera volver a ver a la agente Dark.

\* \* \*

Todas las celdas del Instituto Correccional de Maine tenían un cordón amarrado en la parte trasera. En caso de emergencia, un recluso debía tirar del cordón para recibir asistencia médica inmediata. Los cordones de las celdas de categoría A estaban colocados cruelmente altos, y en una emergencia médica catastrófica, las posibilidades de que un recluso pudiera alcanzar el cordón eran casi nulas. Era uno de los pequeños trucos del sistema penitenciario para acabar con los reclusos notables, según sabía Tobias.

Tobias desataba el cordón de su celda todos los días, de modo que colgaba a la altura de la cabeza. No lo había usado nunca.

Pero eso cambiaría ese día.

Todos los días en la feria, Tobias veía al mago realizar su acto desde un lado del escenario. Incluso después de mil espectáculos, sus trucos fascinaban al chico. Había un truco concreto que observaba con gran atención, un truco del que el mago nunca reveló el secreto.

Lo llamaba el truco «Vivo y muerto viviente». El mago llamaba a un espectador del público para que le tomara el pulso. A continuación, el mago se colocaba una bolsa de plástico en la cabeza y decía que interrumpiría el pasaje de oxígeno al cerebro. El efecto resultante sería un estado zombi de tal euforia que no podría sentir dolor.

El espectador pronto descubriría que el pulso del mago había dejado de palpar, una hazaña imposible, sin duda. A continuación, el mago caminaba sobre un cristal, se perforaba la piel con agujas y se clavaba clavos en la nariz, todo ello sin inmutarse.

¿Cómo podía ser? Era una ilusión como ninguna otra, y una que dejó una impresión duradera en el joven muchacho que observaba desde los bastidores. El misterio consumía al joven Tobias día y noche, hasta el punto de que creía que el discurso del mago podía ser cierto. ¿Quizás realmente se mataba y revivía cada noche? Incluso después de años de rogar y suplicar, el mago nunca reveló los secretos de esta extraña ilusión.

Entonces, una mañana de invierno, el dueño de la feria descubrió al mago muerto en su remolque. Asfixiado, al parecer, como si todas las noches en las que se interrumpió el suministro de oxígeno acabaran por pasarle factura. Lo más misterioso fue que el cuaderno del mago también había desaparecido.

El mago y su inexplicable muerte le enseñaron a Tobias más sobre sí mismo de lo que la escuela jamás hubiera podido enseñarle. Así fue como Tobias, de 14 años, aprendió por fin el secreto de esta ilusión, y si era sincero, fue algo decepcionante.

Todo lo que necesitaba era una pelota. Cualquier pelota, sin importar su tamaño, forma o dureza. Una pelota de esponja serviría,

o una pelota de tenis.

O la pelota de un viejo ratón de computadora.

De vuelta en su celda, Tobias se ocultó la pelota en la axila y se sentó en su cama. Recordó haber visto al mago desde un lado del escenario realizar el mismo rito treinta años atrás, preguntándose si estaría presenciando alguna práctica esotérica sobrenatural.

Un minuto después, el pulso de Tobias dejó de latir.

No había nada sobrenatural en ello. El hecho de que fuera una simple respuesta biológica le resultaba mucho más fascinante.

Tobias tiró de la cuerda y se desplomó en el suelo en un golpe. Entre violentos espasmos, tosió sangre por todo su mono blanco.

Había visto miles de espectáculos de magia, noche tras noche, durante más de una década.

Había llegado el momento de montar su propio espectáculo.

## CAPÍTULO VEINTICINCO

Ella, Byford y el comisario Hunter estaban de pie entre sus oficinas en la comisaría de la policía de Newark.

—Es él —dijo Byford—. Tiene que serlo.

El comisario Hunter se rascó la barba incipiente. A Ella le pareció que él no debía haber visto una cama en semanas.

—Digo lo mismo. Es obvio que ese hombre es problemático. Tiene algo que ocultar.

Ambos se volvieron hacia Ella, esperando su opinión. Ella volvió a mirar hacia la zona de la celda y se ató el pelo, evidentemente graso, hacia atrás. Se limitó a negar con la cabeza. Byford y Hunter suspiraron al unísono.

—Ella, ¿en serio? Basta con mirar a ese hombre para que te diga todo lo que necesitas saber.

—Hay algunas cosas que no me cuadran.

El teléfono del comisario sonó, pero él lo envió al buzón de voz.

—Ese hombre es un ladrón profesional. Robaría cualquier cosa que no estuviera clavada al piso y luego se llevaría también los clavos.

—Exactamente —dijo Ella—. Robar está en su sangre. Alan Yates era muy rico. Loveridge era un comerciante de antigüedades. Windham tenía miles de monedas raras. ¿Y sin embargo no se robó nada en ninguna de las escenas? ¿Crees que un ladrón empedernido como él no arrasaría con esos lugares? Además, solo ha estado libre durante un mes. Necesita el dinero y estas escenas del crimen le daban la oportunidad perfecta.

Ni Byford ni Hunter tuvieron una respuesta.

—En segundo lugar, ¿por qué confesaría un asesinato y no los otros? Acaba de asegurarse una larga condena, tal vez incluso de por vida, dentro de la cárcel. Bien podría asumir toda la responsabilidad.

—Muy bien —dijo Byford—, ¿algo más, o has terminado de destrozar nuestros ánimos?

—Una cosa más. ¿Qué motivación tiene Steen para matar a estas personas de todos modos? No es como si tuvieran algo comprometedor sobre él. Está enterrado en cosas comprometedoras y lo admite abiertamente. Si estas víctimas tuvieran algo sobre Steen, ¿no lo habrían contado mientras Steen estaba a salvo entre rejas? Tuvieron cinco malditos años.

—Son puntos válidos, pero sigo pensando que es él —dijo Hunter—. Hicimos que unos cuantos policías revisaran su casa mientras tú estabas allí. Tiene bastantes monedas.

—Pero ninguna de 1964, supongo —dijo Ella—. Como la que encontré en su chaqueta.

—Bueno, no, pero igual son muchas monedas.

—El año es crucial. Es la clave de esto. Si Steen estaba planeando matar, tendría una moneda de 1964 con él. La que yo encontré no lo era.

Hunter levantó los brazos en señal de protesta.

—Lo que tú digas. Necesito una bebida. No puedo pensar con claridad ahora mismo.

—Te acompaño —dijo Byford y siguió a Hunter por el pasillo. Ella se retiró sola a su despacho y se desplomó en su asiento. Apoyó la cara en la mesa, cerró los ojos y se sumió en el estado trascendental entre el sueño y la realidad, el estado que alimentaba las conexiones subconscientes entre datos aparentemente no relacionados.

Kevin Steen no encajaba. Un ladrón profesional era una clavija cuadrada, y el asesino en serie era un agujero redondo. Las dos cosas no iban juntas por mucho que las forzaras. Sus mentalidades y filosofías estaban en desacuerdo. El ladrón tomaba de las escenas

del crimen, el asesino en serie dejaba las cosas allí. El ladrón permanecía en las sombras, sin ser observado en todo momento. El asesino en serie se daba a conocer, burlándose, aterrorizando, presumiendo de su trabajo. Este sudes entraba en esta última categoría. Por lo que Ella pudo ver, Kevin Steen no era un fanfarrón. Si hubiera matado a estas tres víctimas por cualquier motivo, lo habría hecho de la forma más limpia posible y, desde luego, no habría dejado una tarjeta de visita. Si esto era una continuación de su asesinato de hace cinco años, ¿no habría dejado monedas en los ojos de la víctima en ese entonces también? ¿Y por qué Steen eliminaría tan voluntariamente a la gente a la que vendía su supuesta propiedad ajena? Eso solo sabotearía su propio negocio.

¿Qué le diría Mia que hiciera aquí? Lo mismo que decía siempre: despojarse de cualquier idea preconcebida y empezar por lo básico. Ella introdujo los patrones que el sudes había mostrado.

Su objetivo eran los hombres mayores, entre 58 y 62 años. Sus edades y géneros no eran una coincidencia. Este patrón continuaría con las futuras víctimas, de eso Ella estaba segura.

En cada escena aparecía el número 1964. Este número no estaba relacionado con las víctimas. Se relacionaba con algo más. Podía ser el año de nacimiento del asesino, pero en la base de datos de la policía no aparecía ningún sospechoso nacido ese año con antecedentes penales que también tuviera vínculos con el mundo de la colección de monedas.

¿Era necesario entregar el mensaje de 1964 en forma de monedas, o las monedas eran un excedente? ¿Podría haber pintado 1964 en las paredes y entregar el mismo mensaje? ¿Podría haberlo grabado en su piel?

No. Las monedas eran vitales. No podían ser extraídas del perfil.

Aplicó estos patrones a los casos históricos en serie y filtró la información en su cerebro. Las imágenes, los nombres y las fechas pasaron como una ráfaga, y acabó viendo las fotografías policiales de tres oscuros asesinos en serie.

Luke Woodham, que dejaba cuernos de cabra en sus víctimas.

Michael Hardman, que dejaba Biblias rasgadas en cada escena.

Michael Kelly, que dejaba máscaras extrañas.

Estos hombres no tenían nada en común con su sudes, pensó. La única similitud era que dejaban algo. Ella amplió los parámetros en su mente y se le ocurrieron tres nombres más.

Ted Bundy, que una vez dejó parte de la ropa de su novia en la escena del crimen.

Dennis Rader, que dejó algo de ropa interior de su madre junto a un cadáver.

Y, por último, y más claro, su viejo amigo Tobias Campbell, que había esparcido algunas de las cenizas de su madre en todas las escenas.

Ella se enderezó en su asiento. Se concentró en estos tres últimos. En cada caso, las cosas dejadas no pertenecían a los asesinos. Bundy y Rader dejaron las suyas por una emoción sexual, mientras que Campbell esparció las cenizas de su madre para inculpar a su padre.

Las circunstancias eran diferentes, pero la idea era la misma.

—Dios mío —dijo ella, golpeando su puño contra la mesa—. Por supuesto. ¿Por qué no se me ocurrió antes?

Ella se levantó de un salto de su silla y se dirigió a la pizarra. Garabateó algunos pensamientos caóticos sobre su sudes, su victimología, y luego aplicó el mismo marco a los casos históricos que le rondaban por la cabeza.

Había una coincidencia.

De repente pensó en su conversación con Aleister Black fuera de la comisaría. Había dicho que su asesino tenía acceso a una colección de monedas de 1964.

No dijo que la colección tuviera que pertenecer necesariamente al asesino.

La ropa de la novia de Bundy fue encontrada en la escena del crimen, pero ella no era la asesina. La ropa de la madre de Rader fue encontrada en un cadáver, pero ella tampoco era la asesina. Estos artículos fueron dejados como insultos, signos de poder y

propiedad. Fueron dejados en víctimas que eran sustitutos de su odio.

Aquí era igual. Este sudes está vinculando los asesinatos a otra persona, como hicieron Bundy, Rader y Campbell. Ella se dijo a sí misma que este asesino era un mensajero. El objeto de su deseo era alguien de la edad de estos hombres, alguien nacido en 1964, alguien que no necesariamente estaba relacionado con ellos.

—Byford —gritó al cruzar la puerta, pero no pudo ver ninguna señal de su compañero o del comisario—. Maldita sea.

Esto no podía esperar. Cogió su chaqueta y se dirigió a las celdas. Había alguien allí que podría ser capaz de ayudar.

\* \* \*

Ella volvió corriendo a las celdas subterráneas del edificio de la policía de Newark. Kevin Steen era el único preso en la hilera. Ella corrió hasta su celda y se agarró a los barrotes, lo que le recordó de repente sus visitas al Instituto Correccional de Maine.

—Kevin —gritó.

El sospechoso estaba tumbado en su cama de madera mirando al techo.

—Vete al diablo.

—Escúchame. Necesito su ayuda y si usted me ayuda, yo puedo ayudarle a usted.

Steen se levantó hasta quedar sentado.

—Ayudarte, ¿eh?

—Sí. ¿Qué puede perder?

Steen se frotó las manos.

—Muy bien, señora. Ponme a prueba.

—Usted dijo que conoce a todos los coleccionistas de esta ciudad, ¿correcto? Les ha robado, les ha suministrado, lo que sea.

Steen se encogió de hombros, pero la mirada en su rostro era de aprobación.

—Tal vez.

—Monedas de 1964. Monedas de especialistas. ¿Recuerda a alguien que las coleccionara?

Se le vieron los dientes blancos a través de la sonrisa irónica.

—¿Cuánto vale?

—No sé los valores. Cualquier valor.

—Las monedas no, tonta. La información.

Ella agarró los barrotes con más fuerza.

—¿Conoce a alguien? —Tenía que doblegar a este hombre, costara lo que costara.

—Lo preguntaré de nuevo, ¿cuánto vale?

—Una sentencia reducida. Mejores condiciones de encarcelamiento. Se le tratará como a la realeza dentro.

—Sentencia mínima absoluta. Cuatro años.

—Kevin, no puedo prometer...

—Entonces lárgate de aquí —interrumpió.

—De acuerdo, de acuerdo. Me aseguraré de que eso ocurra. Ahora, por favor, hay vidas en juego.

Steen se inspeccionó las uñas y luego se mordió un trozo de una.

—Sí, conozco a un coleccionista del 64. Pero no sé su nombre y ni siquiera he conocido al hombre en persona.

Ella se apartó de los barrotes y se desesperó. No había ido allí para jugar a los juegos de este hombre.

—¿No tiene su nombre?

—No, y de todos modos no importa, porque no vas a encontrar a este tipo ni en un millón de años.

—Puedo encontrar a cualquiera —dijo Ella.

—Coge una pala y empieza a cavar a dos metros bajo tierra entonces, porque este tipo murió hace unas semanas.

«Eso no cambia nada —se dijo a sí misma—. Eso solo hace que tenga más sentido».

—¿Quién era él? ¿Qué negocios hacían juntos?

—Le guardaba para él cada moneda de 1964 que encontraba. Así de simple. Esas monedas realmente valían uno o dos centavos. Fue

un gran año para los coleccionistas de monedas debido a los Juegos Olímpicos en Japón. El tipo me pagaba por guardárselas.

Ella agitó la mano entre los barrotes de la prisión. Se estaba impacientando.

—Pero ¿cómo? ¿No era que nunca lo llegó a conocer?

—Un hombre muy reservado. Muy violento. Un completo lunático, en mi opinión.

—Responda la pregunta —exigió ella.

—Envió un mensajero. Un niño tímido. Tímido como una colegiala, también lo parecía. Yo y algunos de los otros chicos solíamos molestar al chico. Ese chico debe haber crecido realmente odiando... —Steen se congeló a mitad de la frase mientras terminaba el pensamiento en silencio—. Oh... diablos. —Tenía una expresión de preocupación que Ella no había visto en ese hombre: una emoción poco común.

Ella recordó los momentos en que vio a Daniel García, Aleister Black y Kevin Steen por primera vez. Con todos ellos, existía una pequeña duda de que podría estar equivocada o de que podría haber malinterpretado los hechos que parecían tan claros.

Pero esta vez no había dudas, sino pura certeza. Apostaría todo lo que tenía.

—¿Dónde encuentro a este chico? ¿Cómo me pongo en contacto con él?

A Steen se le pusieron los ojos vidriosos mientras se perdía en sus pensamientos. Tres respiraciones profundas después, dijo:

—Tráeme mi teléfono y déjame hablar a mí...

## CAPÍTULO VEINTISÉIS

**A**l igual que con los otros tres, el hombre emprendió el viaje a su siguiente destino a pie. Pasó por delante de un restaurante italiano que acababa de cerrar sus puertas por la noche. El propietario de una tienda de comestibles apagó las luces y bajó las persianas de su establecimiento. Un bar de mala muerte empujaba a sus clientes hacia las calles de medianoche, algunos de los cuales aún tenían cervezas en sus manos.

Cruzó la calle para evitar cualquier grupo numeroso y mantuvo la cabeza gacha. Se levantó la capucha, pero solo lo suficiente como para sugerir que era un alivio del frío. Vislumbró su destino en la distancia, y al pasar el viejo cine, dobló a la izquierda por el estrecho camino que llevaba a la parte trasera de los edificios de la hilera. Se metió en un callejón estrecho que daba a un muro imponente, lejos de las miradas indiscretas. Todas las tiendas estaban cerradas a esa hora de la noche, así que estaba completamente aislado. Cuando estuvo detrás de su destino, se sentó junto a una pila de bolsas de basura, le servían para darle protección y calor. Si algunos amantes ansiosos utilizaban el lugar para intimar durante la siguiente hora o dos, lo que había visto que ocurría, podría simplemente alegar que era un indigente.

El hecho de estar ahí sentado, mientras esperaba la hora adecuada, le recordaba por qué estaba haciendo todo esto. La sensación de incomodidad que sentía al estar sentado en ese suelo húmedo, con apenas espacio para estirarse, le traía recuerdos familiares, angustias conocidas. Las veces que había estado

encerrado bajo la escalera mientras su padre ahogaba sus gritos con música. Las mentiras que contaba a sus profesores, sobre cómo los cortes que tenía en la mejilla eran solo arañazos de gato. Cada vez que sentía esa oleada de dolor, los recuerdos de su inocencia perdida le invadían todos los sentidos. Pensó que desaparecerían con el tiempo, pero cada año parecía empeorar. Ahora, a los 24 años, ni siquiera podía pincharse el dedo sin que le recordase algún episodio abusivo o una cruel directiva de su juventud.

Había un remedio y era matar al autor de su dolor.

Pero el destino había intervenido. Hacía dos semanas, su padre se había quedado dormido y allí se quedó. Nunca se despertó y nunca lo haría, y ese simple acto aseguró que el chico nunca obtendría la redención que necesitaba. Todas las veces que fantaseó con degollar al viejo en mitad de la noche tendrían que seguir siendo fantasías para siempre.

A menos que pudiera localizar a los hombres que le recordaban a su padre. Sus amigos coleccionistas de monedas preciosas, sus traficantes, los viejos con los que regateaba por esas pequeñas piezas de chatarra. Recordaba las veces que su padre lo despertaba a las cinco de la mañana, lo arrastraba por mercadillos y ventas de garaje hasta que le ardían los pies por las ampollas. Rebuscaba en interminables sacos de monedas en los cubos de basura de los bancos hasta que le sangraban los dedos. Las pocas veces que encontraba una moneda que valía la pena, su padre se la quitaba y no le daba ni las gracias. Las veces que no encontraba nada, recibía una paliza por sus esfuerzos.

Siempre estaba buscando ese tesoro que lo cambiaría todo. Su padre decía que estaba en algún lugar: una pequeña moneda que podría proporcionarle la fortuna que tanto ansiaba. Nunca la encontraron. Todas las monedas que encontró no tenían ningún valor, tal vez cincuenta dólares como máximo por moneda.

Comprobó su teléfono. 00:34. Su padre había fallecido a la una de la madrugada, así que era lógico que los demás también murieran a la misma hora. Si recreaba las circunstancias de los

últimos momentos de su padre al pie de la letra, existía la posibilidad de que se sintiera como algo real. Los otros le habían dado una sensación de control que nunca había sentido en su vida, y tal vez si conseguía lo suficiente, podría finalmente poner fin a su trauma paralizante.

Era las 00:37. Para cuando hubiera entrado, sería la hora de la verdad. Se puso en pie, se acercó a la puerta trasera y clavó su cuchillo entre la puerta y el marco. En ese momento, su teléfono móvil comenzó a vibrar.

Maldijo la distracción, metió la mano y sacó un dispositivo que destellaba.

«KEVIN STEEN LLAMANDO».

Vaya, la rata bastarda por fin se ha escapado de la cárcel. ¿Qué tal? Perfecto. Sería un buen número cinco. Ignoró la llamada, concentrándose en la tarea que tenía entre manos.

Pero el viejo ladrón era implacable. Su teléfono vibró sin parar, llamada tras llamada, lo cual acababa con los niveles de concentración del hombre. Cuando volvió a mirar su pantalla, vio un mensaje.

«LLÁMAME INMEDIATAMENTE. TE ESTÁN BUSCANDO».

La curiosidad y el miedo se duplicaron en su interior. ¿Quiénes? ¿Quiénes lo estaban buscando? ¿Cómo podría haberlo averiguado? Había sido meticuloso en su planificación y preciso en su ejecución. Nadie podía saberlo, y menos que menos Kevin Steen.

«KEVIN STEEN LLAMANDO», ya era la sexta vez en dos minutos. Soltó su cuchillo, pulsó el botón de respuesta y habló entre susurros.

—¿Hola?

—Hola. ¿Eres el hijo de L? ¿Tengo el número correcto?

La voz grave de Kevin, tan inconfundible como siempre.

—Sí. Kevin, ¿qué pasa?

—¿Estás en tu casa ahora mismo?

—No. Estoy fuera.

—¿Dónde?

—No es asunto tuyo.

—Está bien. Mira, solo quería decirte que lamento lo de tu viejo. Tengo algo para ti. ¿Dónde puedo encontrarte para entregártelo?

Algo parecía raro en todo esto. Kevin Steen era una escoria del más alto nivel, ¿y ahora estaba siendo amistoso?

—Kevin, dijiste que me estaban buscando. ¿Quién está detrás de mí?

—¿Nunca has oído hablar de una bromita, amigo? Es solo un pequeño truco para que cojas el maldito teléfono.

—Eres un imbécil. Me tengo que ir.

—Espera. ¿Estás en la ciudad? Quieres coger un...

La línea se cortó.

Algo estaba pasando. Esa llamada era sospechosa. Era demasiado específica. ¿Por qué llamaba justo ahora, precisamente en ese momento?

Tenía que acabar con esto rápidamente. Levantó su cuchillo y lo volvió a clavaren el marco de la puerta.

\* \* \*

Ella salió del área de las celdas, abandonó la comisaría y entró en su coche. La llamada telefónica entre Jimmy y este sospechoso sin nombre había durado menos de un minuto, pero fue suficiente para obtener una estimación aproximada de dónde podría estar el autor de la llamada. En ese momento, todo lo que sabía era que estaba en un radio de ocho kilómetros del centro de la ciudad y hacia allí se dirigía. En la comisaría, un miembro del equipo técnico estaba triangulando hasta llegar a una zona más concreta, pero tardaría.

Las calles a medianoche no tenían mucho movimiento, pero se movían lo suficiente como para que Ella se detuviera a mirar cada

vez que se cruzaba con un cuerpo activo. Kevin le había dado una descripción del hombre que buscaba, pero Steen no lo había visto en cinco años, por lo que podría no ser muy precisa. En cualquier caso, se detuvo y sopesó a todos los que se cruzaban con ella: la figura solitaria en el cajero automático, el caminante de medianoche en busca de entretenimiento nocturno.

En el semáforo, cogió el teléfono y llamó a Byford por tercera vez. De nuevo le saltó el buzón de voz. ¿Estaba enfadado con ella por no haber sacado conclusiones precipitadas sobre Steen? Comprendía mejor que nadie sus frustraciones, pero enfadarse con alguien por no asumir inmediatamente la culpabilidad de un sospechoso le resultaba extraño. La inocencia hasta que se demuestre lo contrario aún era un principio fundamental del sistema legal. Supuso que Byford solo quería volver a su casa, al igual que ella, pero no antes de llegar al fondo del asunto.

—Nigel, llámame cuando recibas esto. Sé quién es nuestro sudes y estoy en la ciudad tratando de encontrarlo.

Colgó y sostuvo su teléfono en la mano mientras manejaba el volante. Un segundo después, un número apareció en su pantalla. No lo reconoció.

—¿Hola? —Puso el altavoz.

—Agente Dark, soy Jessica —dijo la voz. Jessica era el miembro del equipo técnico que triangulaba la posición del teléfono móvil.

—Jessica, ¿qué has encontrado?

—No pude obtener una lectura exacta. La señal rebotó entre tres postes telefónicos de la zona, en un radio de tres kilómetros. Avenida West, calle Bayard y camino de Nowland.

Ella frenó de golpe y subió a la acera. Los nombres no significaban nada para ella.

—Maldita sea, ¿podría estar en cualquier lugar en un radio de tres kilómetros? Eso es mucho terreno para cubrir.

—No, no del todo. Significa que la llamada vino de algún lugar en medio de ellos. Te he enviado por correo electrónico un diagrama de la ubicación.

—Gracias. —Ella colgó y encontró el correo electrónico. Dentro había una imagen adjunta. Lo abrió y encontró un mapa de la zona y tres puntos rojos que indicaban la ubicación de las torres de telefonía.

¿Cómo iba a encontrarlo allí? Se acercó a los nombres de las calles, los edificios y las tiendas, sin reconocer ninguno de los que aparecían. ¿Cuál era su mejor alternativa? ¿Pedir refuerzos o buscar en toda la zona? ¿En cada una de las calles, edificios y callejones? ¿Era posible o sería una pérdida de tiempo? Diablos, habían pasado casi diez minutos desde que Steen hizo la llamada, así que el sospechoso podría haber huido de la zona hace tiempo.

Volvió a examinar el mapa y sintió que empezaba a sentir cada vez más impotencia. Su sospechoso había estado aquí, había caminado por los mismos caminos y respirado el mismo aire. Lo único que le impedía encontrarlo eran las habilidades de ella. Se acercó a los nombres de los edificios, buscaba cualquier cosa que pudiera tener un vínculo con el sudes.

Los nombres se confundían hasta el punto de no significar nada. Nada destacaba. Nada captaba su atención. Entonces observó su entorno por última vez y trató de ponerse en la cabeza del sudes. ¿La llamada de Steen lo habría asustado o seguiría con sus intenciones a pesar de todo? Mientras intentaba comprender la situación, se dio cuenta de que estaba mirando una joyería situada entre dos tiendas de vapeo.

«COMPRAMOS ORO», decía el cartel.

Le recorrió una descarga eléctrica desde el cuello hasta la columna vertebral. Se incorporó bruscamente en su asiento.

Algo la invocaba. Un pensamiento lejano que ofrecía algún tipo de respuesta, si tan solo pudiera esclarecerlo entre los pensamientos que se acumulaban.

¿Dónde había oído eso antes?

El día anterior. Lo había visto fuera de la casa de empeño. De repente, recordó su conversación con el propietario que le había dado la pista sobre Aleister Black.

Al repetir la conversación en su cabeza, volvió a sentir las dudas, como si nada tuviera que ver. Entonces recordó algo que Ace había dicho antes de que se despidieran.

«Solo le vendí a un coleccionista de monedas y el viejo bastardo murió hace semanas. Un ataque al corazón, creo».

—Oh, diablos. Tiene que ser una broma —dijo mientras abría el mapa. Eso era todo. Esa era la respuesta a todo esto. Volvió a sacar la imagen JPEG y la recorrió frenéticamente mientras buscaba la calle que necesitaba.

«Calle Dragon Run».

A cinco calles de distancia.

Envío un mensaje de texto a Byford con la dirección. ¿Acaso tenía su teléfono con él? ¿Ya habría regresado al motel?

El motor rugió. Ella se adentró en la noche, sin esperar a nadie ni a nada.

Era hora de ponerle un fin a todo esto.

## CAPÍTULO VEINTISIETE

Ella dejó el coche en la puerta de Ases & Ochos y salió de un salto. Empujó la puerta de madera de la vieja tienda hasta el punto de que casi se cayó de las bisagras.

Estaba cerrada, como era de esperar.

Volvió a salir a la calle y analizó la distribución de los edificios. Toda la hilera de edificios estaba conectada, así que no había entradas laterales ni puertas contra incendios que ella pudiera ver. Se dirigió hacia el final de la hilera, pasó por delante de una tienda de juegos, una veterinaria y un restaurante tailandés. Fue entonces cuando vio la entrada estrecha que conducía a la parte trasera de la hilera. Ella avanzó a toda prisa, hasta llegar a un gran patio que hacía las veces de zona de eliminación de residuos de cada establecimiento. Las bolsas de basura y las cajas desechadas se encontraban sin ninguna disposición particular, y los residuos del restaurante ocupaban la mayor parte del espacio.

Ella se dirigió a la sección que creía que pertenecería a Ases & Ochos basándose en conjeturas geográficas y, al ver la puerta de incendios desmontada, supo que estaba en el lugar correcto.

Al igual que la puerta del sótano del jardín de Barry Windham, había marcas de raspaduras en el marco de la puerta de madera. Ella giró el pomo y la puerta se abrió.

Sacó su pistola y su linterna, y se apresuró a entrar. Su linterna iluminó un soporte de bicicletas, algunas guitarras viejas, consolas

de videojuegos, una vitrina de joyas. Estaba en la planta baja, de nuevo donde estaba hace un día.

Respiró de manera agitada y dolorosa. Había dos opciones en los próximos minutos: o encontraba el cadáver de Ace en un charco de sangre o se enfrentaba a un asesino en serie psicópata. Había pedido refuerzos, pero podían tardar diez minutos o más en llegar. Era una aventura a la que debía enfrentarse sola.

Ella se escabulló por la tienda, con movimientos silenciosos. Su linterna bailaba en círculos anaranjados por las paredes, el suelo y el mostrador de la tienda. La única salida, aparte de la puerta principal, era el almacén, al que Ella accedió trepando por la zona del mostrador. Encontró la puerta de madera entreabierta y, gracias a su linterna, vio una escalera que llevaba al piso superior de la casa. Ace había dicho que vivía aquí. Esa debía ser su vivienda.

Ella avanzó, y lo hizo con suavidad, manteniendo su peso por encima de las rodillas. Uno o dos peldaños crujieron con fuerza, lo cual sugería una intrusión para alguien que conociera las características de la tienda. La escalera giraba en espiral hasta llegar a una zona de descanso similar a la de cualquier casa modesta. Había una puerta a su izquierda, otra a su derecha y una más adelante. Todas estaban entreabiertas, pero nada indicaba que alguien hubiera entrado recientemente en ninguna de ellas.

Se detuvo y escuchó el ambiente, pero no oyó nada más que el sonido de su corazón.

Si ese hombre estaba aquí, ¿qué podía decirle para que se rindiera? Conocía su forma de pensar, pero no había nada sobre él que pudiera aprovechar para abatirlo. Era un asesino orientado a la misión, empeñado en vengarse por alguna mala acción percibida. Los sudes como él eran los más peligrosos de todos. Ya habían abandonado la realidad en favor de sus mundos de fantasía asesina y, por tanto, no eran conscientes de las consecuencias. Amenazar con la muerte o el encarcelamiento no les disuadía de llevar a cabo sus operaciones homicidas. Para ellos, era lo más importante del mundo, lo único que importaba.

Su única esperanza era poder acabar con él antes de que se perdiera alguna vida más.

Ella se acercó sigilosamente a la primera puerta, la abrió de un tirón y miró dentro. Era un almacén de objetos: aparatos electrónicos, altavoces, televisores, tecnologías anticuadas. No estaba allí. Se desplazó sigilosamente hasta la habitación de enfrente, se sintió ahogada por la adrenalina cuando vio la silueta de una figura gigantesca en la oscuridad. La bestia ocupaba toda la esquina de la habitación, su cabeza casi llegaba al techo. Alumbró con su linterna la piel cremosa de la figura, su expresión inhumana y sus genitales perfectamente lisos.

Un maniquí. Ella tuvo que evitar maldecir en voz alta. Por un momento, temió estar tratando con alguien de proporciones inhumanas. Revisó el resto de la habitación y encontró un inodoro, una bañera y un lavabo. Más cajas de basura ocupaban los espacios entre ellos.

Según sus cálculos, la siguiente habitación debía ser el dormitorio de Ace.

Ella se mantuvo tranquila, serena y concentrada. Sujetó con fuerza su pistola y se sintió reconfortada por su tacto. Este sudes no usaba armas, hasta donde ella sabía, así que ella tenía la ventaja. Pero una víctima desprevenida no tenía esa protección.

A Ella se le agitaron los pensamientos cuando un grito desgarrador atravesó el aire. La falta de visibilidad en el pasillo le hizo agudizar sus otros sentidos y el volumen del grito le causó un intenso dolor físico. En una fracción de segundo, perdió la calma y la compostura. Su respuesta de lucha se convirtió en su principal impulso. En un abrir y cerrar de ojos, llegó a la última puerta y la abrió con fuerza bruta.

Lo vio a la luz de la lámpara amarilla. Dos figuras, ambas envueltas en un abrazo mortal. Ella tardó un momento en comprender la escena que tenía delante.

Ace, el dueño de la tienda, grande y con barba, estaba a merced de otro hombre. Contra la pared, su atacante estaba de pie detrás

de él con un cuchillo en la garganta. Ace, con los ojos enrojecidos y sin más ropa que unos pantalones cortos, tenía la cara de un hombre que creía que la muerte era inminente. Tenía los pequeños ojos abiertos de par en par por el terror.

—¡Alto! ¡FBI! —gritó Ella.

El hombre era mucho más joven de lo que ella había previsto. ¿Unos veinte años? El cabello rubio pelirrojo le recordaba a alguien que había visto recientemente. Ató cabos y se dio cuenta de que había visto al hombre esa misma mañana.

Solo que no era un hombre cuando lo vio. Era un niño. Era el niño del artículo del periódico del 2002.

El atacante se aferró con más determinación al rehén.

—¿Quién eres tú? ¿Por qué estás aquí? —gritó. Su voz era suave, nasal, femenina. Recordó a Kevin Steen diciendo que le recordaba a una colegiala.

—¿Cómo es tu nombre? —preguntó Ella.

—No tengo ninguno. Ahora retrocede antes de que le corte la garganta a este tipo.

Ace estiró la mano para mitigar la presión que sentía en el cuello, pero su atacante lo apartó de un empujón.

—Por favor, escúchame. Tu padre se ha ido y no va a volver. Vengarte de sus amigos no te va a ayudar.

—¿Qué diablos sabes tú? ¿Crees que me conoces?

Ella tenía que conseguir que este hombre se calmara. Ella vio cómo reaccionó en la escena del crimen de Barry Windham. La rabia significaba violencia.

—No, no sé mucho de ti, pero sé por qué estás haciendo esto y estoy aquí para decirte que no tienes que hacerlo. Puedo ayudarte.

—Estás mintiendo. No sabes nada de mí.

Ella vio una grieta que podía abrir. Si no podía convencer a este hombre, y dudaba que pudiera, necesitaba tiempo para conseguir un tiro limpio. Si podía quitar a Ace del camino por una fracción de segundo, podría abatir a este hombre.

—No, no lo sé, así que ¿por qué no me lo dices? ¿Por qué has matado a tres personas? Alan, Jimmy, Barry. ¿Por qué?

—No digas sus nombres. Esos miserables no merecen que nadie vuelva a nombrarlos.

Ella siguió adelante. El tiempo sería su amigo aquí.

—¿Por qué? ¿Qué te hicieron?

—Hicieron de mi vida un infierno, eso fue lo que hicieron. Eran los amigos coleccionistas de monedas de mi padre. La muerte es demasiado buena para ellos.

—Estoy confundida. ¿Qué es exactamente lo que desprecias del coleccionismo de monedas?

—Me importa un bledo el coleccionismo de monedas. Mi padre era el coleccionista, pero me obligó a mí a hacerlo también. Todos los días me hacía rebuscar en la basura, ir a estúpidas ventas de garaje y pasar toda mi vida buscando monedas. Me arruinó. Me destrozó.

Decían que la mayor carga que podía soportar un niño era la vida no vivida de sus padres. Aquí estaba la prueba viviente.

—¿Pero por qué Alan, Jimmy y Barry? Ellos no te hicieron nada.

—Ellos conocían a mi padre. Él me llevaba a rastras a verlos todas las semanas y me quedaba solo en sus casas mientras mi padre hablaba de estupideces con ellos durante horas. Si me quejaba o hacía algún ruido, mi padre me daba una paliza. Estos imbéciles lo pasaron por alto. —Apretó más el cuchillo en el cuello de Ace—. ¿No es así?

—Brad, no teníamos ni idea. Lo juro por mi vida —gritó Ace—. Creíamos que tu padre era un buen hombre.

Ella captó su nombre.

—Mentira. Sabían muy bien cómo era. Simplemente no les importaba porque les daba dinero. Eso era lo único que les importaba. Lo único que le importaba a mi padre. Todo lo que quería era una moneda para hacerse rico. Pensé que tal vez, solo tal vez, si encontraba una moneda que valiera algo, podría empezar a quererme. Nunca sucedió.

—Lo siento, Brad —gritó Ace—. No lo sabía. No tienes que hacer esto.

—Brad, conozco todo sobre los traumas de la infancia. Matar a estos hombres no hará que ese dolor desaparezca. Tienes un dolor interno que estás tratando de abordar externamente. ¿Por qué no lo hablas conmigo?

—¿Crees que soy un tonto? En el momento en que suelte a este tipo, me vas a disparar. Bueno, eso no va a pasar.

A Ella le picaba el dedo en el gatillo. Brad claramente estaba en control de sus facultades mentales, no era un psicótico. Sabía lo que estaba haciendo. ¿Cuál era la solución posible? ¿Esperar a que Brad matara a Ace y entonces disparar? ¿O disparar ahora mismo y esperar lo mejor?

No, otro buen hombre no podía morir por culpa de este psicópata. Tenía que haber una forma de hacerle bajar la guardia. Todo lo que necesitaba era un instante fugaz.

—Brad, esas monedas que dejaste en la escena del crimen. ¿Eran de tu padre? —Sí.

—No sé si lo sabes, pero tu padre no era un coleccionista muy experto —dijo Ella. No estaba segura de a dónde iba con esto, pero ya se le ocurriría. El apoyo ya debía estar cerca. Pero incluso cuando llegaran, la vida de Ace seguiría pendiendo de un hilo.

Así que dependía de ella salvar a este hombre.

—Una de esas monedas que tenías. Valía mucho.

—¿Qué? Deja de mentirme. ¿Ya nadie dice la verdad? —gritó Brad. Ella vio que la ira y la frustración comenzaban a aumentar. No faltaba mucho para que él llegara a su límite.

—No lo hago. Las hicimos tasar por un experto. Seis monedas en total, ¿no? Cinco de ellas eran comunes, pero esa... santo cielo.

—Estás diciendo puras tonterías. ¿Cuál?

«Kennedy, Japón, China» era como ella las recordaba.

—La de China. Provincia de Shen-Si, 1964.

—Esa moneda no vale nada.

—Tienes razón, no lo vale. Normalmente no. Pero la moneda que tenías era un error de escritura. Habían grabado mal uno de los caracteres.

Brad le sostuvo la mirada con los ojos negros y brillantes. Era difícil evaluar su respuesta a la luz de la única lámpara que había en la habitación, pero lo que sí vio fue que su agarre se aflojó ligeramente.

—Mentiras —dijo.

—¿No me crees? Puedo mostrarte la prueba aquí mismo.

El ambiente de la habitación cambió. Ella sintió que las intenciones de Brad se transformaban.

—Pruébalo.

Ella se llevó la mano al bolsillo y se preguntó qué debía hacer a partir de ese momento. Si no le daba algo, Brad actuaría con frustración. Encontró algo de plástico dentro de su chaqueta.

«La moneda que le había encontrado a Steen», pensó.

No era la moneda china, pero bajo la sombra de la oscuridad, esperaba que Brad no lo viera.

—Aquí. —Sacó el objeto—. Aquí está. En realidad, me la regalaron ya que fui yo quien la encontré.

—¿Cuánto? —preguntó Brad con voz entrecortada.

—Cien mil dólares, más o menos. Quizá incluso más para un coleccionista en Asia.

—Dámela —dijo Brad.

Ella volvió a guardar la moneda en su bolsillo, para evitar una inspección más cercana.

—En realidad iba a dársela a Ace. Tiene ocho hijos. Lo necesita más que yo.

—No, dámela a mí. Es mía. Yo la encontré —gritó Brad.

Ella dejó que el momento quedara en el aire.

—Está bien, pero tienes que venir a buscarla.

—Tira el arma al suelo. Allí. —Brad señaló la esquina más alejada de la habitación.

Ella lo reflexionó. ¿Era una buena idea? ¿Tenía otra opción?

Puso el seguro y lanzó la pistola a seis metros de distancia.

—¿Contento?

Brad bajó el cuchillo y dio dos pasos hacia la izquierda.

—Enséñame la moneda otra vez.

Ella negó con la cabeza.

—No hasta que te alejes de Ace. Entonces te ayudaré. —Observó cómo cambiaban las microexpresiones de Brad mientras sopesaba la situación en su mente. La curiosidad se convirtió en inquietud y, finalmente, en vulnerabilidad. Tensó los hombros, levantó el cuchillo y apuntó a Ella con él.

—La moneda. Ahora.

Más allá de las paredes, Ella oyó el sonido de las sirenas de la policía que se acercaban.

Brad también las oyó.

«No, ahora no. Estoy tan cerca».

—Perra. No quieres ayudarme en nada. Solo quieres arrestarme.

—Brad, espera... —suplicó ella, pero era demasiado tarde. Él se dio la vuelta, agitó su cuchillo por todos lados y alcanzó a Ace con la punta. Ace se desplomó hacia atrás, se agarró el hombro mientras el atacante dirigía su furia hacia Ella.

Lo último que Ella vio fue la punta brillante de una hoja de acero que se le aproximaba directamente hacia los ojos.

Ella sintió el suelo de madera contra la columna vertebral. Había evitado el golpe, pero se había enredado con su atacante y había caído al suelo. El golpe la había desorientado durante lo que le pareció una eternidad, pero en realidad fueron apenas dos segundos.

El chico había sido rápido, más rápido de lo que ella esperaba. Tenía una complexión razonable, y también velocidad y agilidad. Los gritos de rabia de Brad combinados con los gemidos chillones de Ace crearon una sinfonía de sonidos infernales en sus canales auditivos.

Se movió con rapidez para evitar los embates del chico, que se acercaba a ella con ataques contundentes pero imprecisos. El cuchillo perforaba las tablas de madera del suelo con cada

embestida, tan fuerte que sonaba como si se le perforaran los tímpanos. Ella arqueó las rodillas y lo golpeó en el abdomen y sintió cómo le crujían los huesos frágiles debajo de ella. Él salió disparado y se estrelló contra la pared más alejada, pero reanudó el ataque sin detenerse a respirar. Ella vio a Ace, que estaba derrumbado en el sofá con una herida sangrante en el brazo.

Brad se abalanzó sobre ella incesantemente, mientras blandía su cuchillo como un mocosito con un bate de béisbol. Ella esquivó los ataques y se dio cuenta de que estaba acorralada. Su prioridad era quitarle el arma de las manos para que la lucha fuera justa. Ella retrocedió hasta la esquina oscura de la habitación, se puso en cuclillas y se lanzó contra la sección media de Brad.

La punta del cuchillo de él le rozó la espalda durante un breve instante. Ella maldijo su ambición desmedida, ya que un cuchillo en la columna vertebral significaba una parálisis instantánea. Manióbró hasta llegar por detrás de él, le agarró la muñeca por la espalda y la sacudió violentamente para quitarle el arma, pero Brad empujó con los pies contra la pared, lo que hizo que ambos salieran volando hacia el suelo. El impacto contra el piso duro la dejó sin aliento, y el pesado torso de Brad le aplastó las costillas al mismo tiempo. Ella tosió un chorro de sangre, a sabiendas de que habría algún órgano interno dañado en alguna parte. No tuvo tiempo de preocuparse por ello.

Sin dejar de sujetarle la muñeca y manteniéndolo inmóvil, Ella agarró a su atacante por el cuello con el antebrazo y lo bloqueó con toda la fuerza que le quedaba. Sintió cómo se le dilataban los músculos del cuello y se contraían como un globo, hasta que la flema le brotó de la boca y de las fosas nasales. El chico se estaba desmayando y ella no lo soltaría hasta que estuviera inconsciente. Ella estrechó el agarre, pero un segundo después, toda su energía se agotó con un solo golpe. El dolor le quemó el antebrazo y el codo con una intensidad brutal. Como consecuencia, le brotó sangre, que los empapó a ambos.

Entonces vio el cuchillo hundiéndosele en la carne. En su desesperación, Brad se había retorcido de algún modo la muñeca y buscaba el punto de ataque más cercano que pudiera. Brad se liberó del agarre de Ella y se subió encima de ella. Ella se defendió de sus golpes y le agarró los antebrazos, pero la distancia entre el filo del cuchillo y la garganta de ella no era lo suficientemente grande.

Se escucharon pasos en algún lugar por debajo de ellos. Una voz gritó algo, pero Ella no pudo discernir quién era ni qué decía. Estaba demasiado ocupada tratando de sobrevivir. El ruido proporcionó una distracción momentánea y Ella pudo levantarse de su posición, pero Brad la agarró por detrás, la rodeó con las piernas y le empujó el filo del cuchillo contra la garganta una vez más. Ella lo sostuvo con ambas manos, pero sus niveles de energía se estaban agotando rápidamente. El dolor era constante, agudo y alcanzaba niveles insoportables.

«Pum».

Una figura se manifestó en la puerta, pistola en mano.

—Detente ahí. Suéltala. Ahora —gritó Byford.

—¡No! —gritó Brad al recién llegado—. Alguien va a morir esta noche.

—Nadie tiene que morir esta noche, amigo. Levántate o haré que te duela.

—Dispárale —gritó Ella—. No puedo aguantar.

—No hay un objetivo limpio —respondió Byford.

—No importa. Hazlo.

Era un riesgo que había que correr. Prefería que la matara una bala honrada que las manos de un asesino en serie.

—Aguanta, Ella. Confía en mí.

—Dispara. Por favor. No puedo...

Algunas personas decían que tu vida pasaba ante tus ojos en el momento en que morías, pero la verdad era que no era así. Solo te congelas y haces una cara repulsiva porque estás demasiado asustado para pensar.

«Pum».

Un sonido ensordecedor retumbó en la habitación, como un trueno condensado en un espacio diminuto. Ella apretó los ojos, sintió cómo le recorría el cuerpo la vibración y rezó para que hubiera algo al otro lado.

«Pum».

Otra vez.

—¡Ella, levántate! —gritó Byford. Cuando se despegó, no había ninguna pistola humeante en las manos de su compañero, pero había un hombre hiperventilado detrás de ella con un tablón de madera en las manos. El hombre se echó hacia atrás por el cansancio y Ella se dio cuenta de que Ace acababa de golpear a su agresor con el último gramo de fuerza que le quedaba.

Esta fue su oportunidad. Brad seguía desorientado porque ella pudo sentir resistencia cuando apartó su cuchillo. Se levantó con Brad a cuestas. Le agarró el brazo, lo acercó a ella y le golpeó la nariz con la palma de la mano. Se le rompieron los huesos por la fuerza y la mano de ella se tiñó de un rojo intenso. Brad agitó su cuchilla, acariciando ligeramente la piel de Ella, y entonces ella vio una oportunidad para la victoria. Corrió hacia el chico y se acercó a él por el lado derecho. Le rodeó el estómago con la pierna izquierda y lo hizo caer al suelo de bruces. Brad gritó y pataleó como un loco, pero Ella tenía el control total de su parte inferior. Le agarró el tobillo, hiperextendiéndolo hasta partirlo en dos.

Brad gritó contra el suelo, e intentó estirar la mano detrás de él para apuñalarla, pero la posición lo hacía imposible. Ella mantuvo el bloqueo del tobillo en su lugar, mientras Byford se acercaba y presionaba con el pie las muñecas de Brad. Ella apretó más la sumisión, y estaba claro que tanto la energía como la fuerza de voluntad de Brad se estaban desvaneciendo.

Extendió la mano y dejó caer su arma.

—Hazlo —gritó Ella.

Byford esposó las manos del chico. Luego los pies.

Ella se desplomó contra la pared para poder recuperar el aliento. Estudió la herida que tenía en el brazo, sabía que empeoraría antes

de mejorar. Se arrastró hasta Ace, que estaba herido, pero aún respiraba. Hermanos en la batalla, pensó.

—Ace, ¿estás bien? Los médicos vendrán en un segundo.

—He estado mejor, he estado peor —dijo él con una sonrisa.

—Me has salvado el pellejo —dijo Ella—. A lo grande.

Ace lo negó.

—No, tu compañero te salvó el pellejo. Él distrajo al chico, yo solo le di un golpe. Un esfuerzo de equipo.

—Mi moneda —dijo Brad mientras rodaba de espaldas—. Tienes que dármela.

Ella miró a Ace, lo que le decía la verdad con una simple mirada.

—Brad —dijo Ace—. Esa moneda no vale nada. Te la han jugado.

Brad quiso hacer un ruido, pero Byford se colocó sobre él con su pistola apuntándole. El asesino se calló.

—Se acabó el juego —dijo Byford.

## CAPÍTULO VEINTIOCHO

Ella Dark y Nigel Byford recogieron su equipo, y se prepararon para salir de Delaware. El comisario Hunter entró en la habitación, un poco menos cansado de lo que parecía antes. Ella suponía que debía de haber dormido algo la noche anterior.

—Me entristece que se vayan —dijo el comisario—. Ambos han hecho un gran trabajo.

—No me lo agradezcas a mí. Ella fue la que lo descifró —dijo Byford.

Ella apreciaba la admiración, pero siempre venía acompañada de vergüenza.

—Gracias, chicos. Yo también lamento irme.

El comisario Hunter se llevó las manos a la cadera.

—Siento haber dudado de ti. Me siento tremendamente tonto.

Ella guardó su computadora portátil, los cables y el papeleo en su bolso, y cerró la cremallera. La emoción de la persecución era el motivo por el que aceptaba estos trabajos, pero la emoción de hacer las maletas tras un caso exitoso era insuperable.

Sería mejor si no hubiera tantos problemas esperándola a su regreso.

—Ni lo menciones. Yo también cometí bastantes errores. Pasé por tres sospechosos antes de encontrar al correcto —dijo y se rio.

—No es un mal promedio, considerando todo —dijo el comisario Hunter—. De todos modos, nuestro asesino está cantando como un pájaro. Parece que ha estado esperando mucho tiempo para hablar líricamente de sus planes.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Ella.

—Bueno, su nombre es Brad Callis, 24 años. Su padre, Donald Callis, era muy estricto con él cuando era niño. Solía pegarle hasta el hartazgo. Planeaba matar a su padre, pero hace un par de semanas apareció muerto durante la noche. Un ataque al corazón. Eso hizo que el chico perdiera la cabeza.

—Por supuesto —dijo Ella—. Su padre murió mientras dormía. Por eso tuvo que matar a esos hombres mientras dormían. Por eso se enfureció cuando Barry Windham se despertó.

El comisario Hunter señaló a Ella.

—Bien pensado. Todas las víctimas eran amigos de su padre también. Parte de los mismos círculos de coleccionistas de monedas.

Ella pensó en las tres vidas perdidas y ahora en una vida joven más que nunca volvería a ver el exterior de una celda. A Brad Callis nunca se le dio una oportunidad, así que le quitó la de otras personas en un intento inútil de redención. Intentó borrar su pasado mediante la violencia y, en cambio, acabó borrando su futuro. Una historia tan antigua como el tiempo, se dijo a sí misma Ella.

—Nos vemos abajo cuando hayan terminado. Los llevaré al aeropuerto —dijo el comisario Hunter. Y se marchó.

Byford desenchufó el último de sus cables, lo metió en su mochila y se colgó la correa del hombro.

—Parece que no hay duda —dijo—. Has atrapado a un asesino.

—Hemos atrapado a un asesino —corrigió ella—. Si hubieras llegado un segundo más tarde, quizá yo no estaría aquí ahora mismo.

—¿Para qué están los compañeros? —preguntó Byford—. Qué buenos movimientos tuviste antes. Nunca había visto a un policía poner a alguien en un candado de tobillo.

—Oh, sí —se rio Ella—. Esa es mi arma secreta.

Byford abrió la puerta y se la sostuvo a su compañera.

—Mira, seré sincero, antes de llegar aquí, estaba preocupado.

Ella se echó el bolso al hombro y revisó la habitación en busca de algo que se hubiera olvidado.

—¿Lo estabas?

—Sí. Nunca me habían puesto de compañero con un novato y no me gustaba mucho la idea. Pero me has enseñado algunas cosas. Si quieres mi sincera opinión, Mia Ripley es una tonta por dejarte ir.

Volvió a aflorar la vergüenza. Ella sintió que se le ponían rojas las mejillas.

—Te lo agradezco, compañero. Yo también tenía dudas y te juzgué un poco, pero me has demostrado que estaba equivocada. Ya quiero trabajar en el próximo caso contigo. Si estás dispuesto, por supuesto.

Byford extendió la mano para chocar los cinco. Ella le correspondió.

—Sin duda. Pero espero que podamos descansar antes de ese día. Salgamos de aquí.

Ella cerró la puerta detrás de ellos y salió de la comisaría con su nuevo compañero. Su casa estaba a unas pocas horas de distancia, y no pudo evitar pensar en las luchas y dificultades que le esperaban. Mark, el misterio de su padre, las notas de Tobias. De repente, esta exitosa investigación de asesinato se sentía como una pequeña victoria.

## CAPÍTULO VEINTINUEVE

Tobias Campbell yacía en una camilla frente al Hospital McLean de Maine, a unos tres kilómetros del recinto penitenciario. Tras desplomarse en el suelo de su celda y toser sangre, los funcionarios, preocupados, ordenaron asistencia médica inmediata. El Hospital McLean era el centro médico de la prisión.

Campbell se había pasado los últimos treinta y siete minutos balbuceando, convulsionando y haciendo girar las pupilas hacia la parte posterior de la cabeza. Solo se le veía el blanco de los ojos, como si fuera una especie de demonio infernal.

Todo el tiempo, manipuló su pulso para dar la impresión de que sus órganos internos le estaban fallando.

—Ya era hora de que pasara esto —dijo uno de los guardias.

—Ni que lo digas —respondió el otro.

Dos enfermeras subieron a Campbell por la rampa, atravesaron las puertas del hospital y entraron en un ascensor. Una enfermera se quedó atrás. En unos minutos, Campbell sería llevado a una habitación segura del hospital de la que le sería imposible escapar.

Él no podía dejar que las cosas llegaran tan lejos.

Una enfermera. Dos guardias. Tres en total.

Apretó la pelota bajo la axila, con lo que cortaba el suministro de sangre a su pulso. El monitor que le rodeaba el brazo empezó a sonar. Todas las miradas del ascensor se volvieron hacia el hombre moribundo.

La enfermera cogió el monitor y comprobó los datos.

—Se está debilitando —gritó—. Necesita midazolam.

—Está muriendo —dijo el guardia.

—Déjalo —se rio el otro.

Tobias sentía el momento en los huesos. Tenía la visión disminuida debido a su método de actuación, pero siempre podía percibir el momento adecuado para atacar. Otro truco del mago. Simplemente se sentía el mejor momento para distraer al participante.

Mientras el sedante se acercaba a él, los instintos depredadores de Tobias resurgieron. Era una sensación que no había sentido en quince años, pero era como si nunca lo hubieran dejado. Se levantó de la antesala de la muerte, agarró la mano de la mujer y saltó de la camilla en el mismo movimiento. La mujer no tuvo tiempo de moverse ni de pensar. Tobias utilizó su aguja como arma y se la clavó en el cuello al desinteresado guardia que estaba en uno de los lados del ascensor. Tobias empujó él mismo la jeringa, y vació el sedante puro en el torrente sanguíneo del hombre. Con la otra mano, sacó la pistola eléctrica del guardia.

—¡Carajo! —gritó el otro guardia, mientras trataba de alcanzar su pistola. Tobias se movió como un depredador, en un abrir y cerrar de ojos atravesó el ascensor. Antes de que el guardia le apuntara con la pistola, Tobias ya le había clavado la pistola eléctrica en el estómago, y le provocó un rápido *shock*. La enfermera se acobardó en un rincón, tenía la mano sobre la boca. Pulsó frenéticamente los botones del panel de control del ascensor.

—Detén el ascensor y te dejaré vivir —dijo Tobias con calma. Se dirigió hacia ella, con la pistola eléctrica apuntándole al estómago—. Tres, dos...

La enfermera pulsó el botón de «PARAR» y el ascensor se quedó en su sitio.

«La credulidad del hombre», pensó.

—Si haces un ruido, te mato —dijo Tobias—. Ponte ahí, en la esquina.

La enfermera obedeció, agazapada por el miedo. Se cubría la cabeza, como si eso fuera a mantener al hombre a raya.

Tobias volvió a acercarse al primer guardia, que se encontraba inerte en el suelo, pero aún respiraba. Tobias le rodeó el cuello con el brazo, lo retorció y le rompió los huesos como si fueran frágiles ramitas.

Ya había previsto la reacción de la enfermera al ver el asesinato.

—Shhh —dijo antes de que afloraran sus gritos—. Compórtate y saldrás viva de aquí.

El segundo guardia estaba sentado desplomado en un rincón, impotente y vulnerable. Tobias se acercó a él y asumió la misma posición.

—Toby, por favor, no lo hagas. Voy a... —El guardia respiró.

Un chasquido. Partió en dos los huesos del cuello del hombre. Hacía mucho tiempo que Tobias no quitaba una vida, y mucho menos dos de una sola vez, y casi había olvidado lo bueno que era. Esa sensación de jugar a ser Dios, el dueño de la vida y la muerte.

—Y luego fueron dos —le dijo a la enfermera.

—¿No estás... enfermo? —gritó ella—. Pero ¿cómo...?

Se acercó lentamente a la mujer agazapada y la acorraló. Matar a alguien era una cosa, pero sembrar una sensación de muerte inminente en alguien no se parecía a nada en el mundo. En ese momento, eras más grande que Dios. Controlabas el destino.

Tobias hizo zumbear la pistola eléctrica.

—Por favor. Dijiste que me dejarías vivir.

—Digo muchas cosas. —Clavó la pistola eléctrica en el cuello de la enfermera y disfrutó del colapso físico que se produjo. Ella tuvo un ataque de convulsiones y se derrumbó en el suelo. Como no había nadie cerca, se tomó su tiempo.

Tobias saboreó el aroma de la muerte. Era como si un viejo amigo hubiera vuelto a visitarlo. Pulsó el botón para subir a la última planta del hospital. La parte difícil había terminado. El hecho de que no sonara ninguna alarma significaba que su gente había hecho bien su trabajo. Era la culminación de un largo y complejo plan.

Al llegar a su destino, salió del ascensor dejando una fosa común a su paso. La puerta de salida de incendios ya estaba abierta para

él. Unos segundos más tarde, estaba en el aire fresco de la noche, solo había una escalera entre él y la libertad. No sintió la necesidad de apresurarse. Este momento había tardado mucho en llegar. Cuanto más despacio caminaba, mayor era el insulto a las prisiones, a los políticos y a los directores del FBI que pensaban que podían mantenerlo encerrado en una jaula el resto de su vida.

El mundo volvía a ser suyo. Vivo y muerto viviente.

## CAPÍTULO TREINTA

**T**ras un retraso en el vuelo, Ella Dark llegó por fin a Washington a primera hora de la tarde. Recogió su coche en el aeropuerto y, en lugar de volver a su casa, se desvió hacia las oficinas del FBI. Antes de irse a Delaware, había analizado el misterioso recibo de su padre con el programa informático de grafología de la sede central, y los resultados ya deberían estar disponibles.

También estaba el asunto de su relación, que no quería afrontar todavía. Ya tenía suficientes traumas de los que preocuparse y aún se sentía mareada por la herida del brazo. No estaba en condiciones de terminar con un abusador todavía. Hasta donde Mark sabía, ella seguía en Delaware. Y así seguiría siendo hasta mañana.

Ella se dirigió a su escritorio en la división de Inteligencia. Todavía había un par de trabajadores nocturnos, algunos de los cuales parecían contentos de ver a Ella de vuelta en su antiguo lugar. Encendió su computadora portátil y abrió el programa de grafología que había instalado.

TIEMPO TRANSCURRIDO: 51 HORAS  
DOCUMENTOS COMPROBADOS: 3.215.497.411  
RESULTADOS: 17  
95 % DE COINCIDENCIA: 4

—Vaya —dijo. No esperaba obtener una coincidencia y mucho menos cuatro. Los resultados del 95 % de coincidencia se consideraban tan precisos que podían presentarse como prueba ante un tribunal.

Comprobó los cuatro documentos. El primero era un formulario de autorización de obras redactado en 1998. Eso fue en la época en que los formularios se rellenaban a mano. El permiso había sido solicitado por un hombre llamado Owen William Angels para su nuevo negocio.

—Oh, Dios mío —dijo ella. Recordó las iniciales del recibo de su padre. OWA.

«Este debe ser el hombre».

Miró el resto de los formularios. El siguiente era una factura de reducción de impuestos de 2001 con la misma letra. El siguiente era una carta de apelación al gobierno local.

Con el último, se le despertó el pavor.

Según el documento que aparecía en su pantalla, este hombre Owen William Angels había sido detenido como sospechoso de asesinato en 2003. Había firmado el documento a mano con las mismas letras OWA que Ella vio en el recibo de su padre.

¿Quién era este hombre y por qué su padre lo conocía?

Ella indagó un poco más y buscó el nombre en la base de datos del FBI. Su información apareció inmediatamente.

«Nombre: Owen William Angels.

Nacido: 31-05-1970

Ocupación: Desconocida

Dirección: Desconocida

Delitos anteriores: 13».

Volvió a consultar los documentos y descubrió que la factura de la reducción de impuestos correspondía a la empresa de Angels: Diamante Rojo.

—Oh, Cristo —dijo ella. El Diamante Rojo era una organización muy conocida y clandestina que operaba en Virginia cuando ella era una niña. Todo el mundo en su antigua ciudad tenía una historia sobre el grupo, algunas personas incluso afirmaban haber tenido algún roce con los propios miembros. Cada vez que alguien fallecía

en Staunton, Virginia, alguien empezaba a rumorear que los Diamantes estaban involucrados. Cuando su padre vivía, el grupo acababa de empezar. Ahora, todo el mundo conocía sus nombres.

¿Habían comenzado como usureros? No le sorprendería. Toda organización tenía que empezar en algún lugar. ¿Acaso su padre había sido uno de sus primeros clientes?

Tenía que encontrar a alguien de esta sórdida organización; el único problema era que se mantenían en la clandestinidad. En su juventud, había rumores de que los miembros del grupo se cosían cuchillas en las botas y de que cada miembro tenía una cicatriz de diamante en alguna parte del cuerpo. Pero eso podría ser solo habladurías de secundaria.

Tenía que investigar más a fondo y encontrarlos. A partir del día siguiente, iba a encontrar a ese Owen Angels por sí misma. Su teléfono móvil empezó a sonar en su escritorio. Comprobó la pantalla.

«LLAMADA ENTRANTE: WILLIAM EDIS».

Era el director, probablemente quería una revisión del caso. A veces deseaba que le diera más tiempo para prepararla, pero entendía la urgencia. Los medios de comunicación querrían la información por la mañana.

Atendió.

—Hola director. Nigel y yo hemos vuelto. Caso cerrado.

—Srta. Dark, ¿está sentada?

«Maldita sea, ya debe querer que vaya a su oficina».

—Sí, lo estoy. Estoy en mi escritorio. ¿Quiere que suba? Puedo hablarle sobre la...

—No, por favor —interrumpió Edis—. Esto no es sobre el caso. Se trata de otra cosa.

—Oh, de acuerdo. Soy toda oídos.

—Se lo advierto de antemano. No le gustará lo que está a punto de oír.

Ella sintió una fuerte emoción de vértigo, como si estuviera en la cima de un rascacielos increíblemente alto mirando por encima del borde.

—Bien. ¿De qué se trata?

—Señorita Dark, Tobias Campbell se ha escapado de la cárcel esta noche.

Dentro de su visión, ella cayó del rascacielos y se precipitó hacia el concreto a una velocidad terminal. Sus últimos pensamientos fueron un aluvión de preguntas, la más intensa de las cuales fue «¿cómo diablos es eso posible?». Ella se vio incapaz de dar una respuesta. Intentó hablar, pero una fuerza invisible se lo impidió.

«No pensaste que me había olvidado de ti, ¿verdad?».

—Ella, ¿se encuentra bien?

—No.

—Si usted quiere, podemos ponerla en un lugar seguro por el momento. ¿Es una opción para usted?

«Te veré pronto».

Las notas eran de él. No eran bromas o alguna prueba de relación de Mark. Tobias Campbell la tenía vigilada en Delaware. Su sensación de vulnerabilidad alcanzó un máximo histórico. La idea de que ese psicópata conociera su paradero exacto le provocaba una picazón en todo el cuerpo.

—¿Srta. Dark?

Ella se perdió en la luz blanca de la pantalla de su computadora. Recordó su momento con Byford en la habitación del motel. Ella estaba tranquila y era capaz. Tenía armas, habilidades de lucha, aliados. Otros asesinos en serie habían caído a sus pies, y Tobias era de carne y hueso como ellos. Si ese hijo de puta quería una pelea, la iba a tener.

—No, director. Estoy perfectamente, gracias.

Cortó, estaba llena de preguntas, pero no estaba preparada para conocer las respuestas todavía. Agarró su bolso y se dirigió a su casa.

## CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Ella no se fue directamente a su casa. Condujo durante un rato, mientras ordenaba sus pensamientos. Una vez leyó que el mejor lugar para reflexionar era en el coche o el retrete, y creía que era absolutamente cierto. Llegó a su complejo de apartamentos alrededor de las diez de la noche. Antes de salir del coche, comprobó si había mensajes en su teléfono. Nada de Mark, debía de haberse rendido, gracias a Dios.

Pero él ya no le importaba. Había alguien más con quién necesitaba hablar. Alguien que conocía su problema como nadie más.

Ella entró en el complejo y subió las escaleras hasta su apartamento. Caminó con cuidado, estudió cada rincón y cada puerta despacio. Tobias sabía dónde ella vivía, y si era inteligente, sabía que no podía vivir aquí en un futuro próximo. Si lo hacía, estaría constantemente en tensión y se preguntaría si las tuberías ruidosas eran en realidad un intruso que se colaba por sus ventanas. No podría vivir así, por lo que necesitaba un nuevo lugar al que ir. Tal vez podría alquilar algún lugar o aceptar la oferta del director. Tomaría su decisión una vez que lo hubiera pensado bien.

No había nada en el pasillo. No había señales de intrusión. No había animales muertos en su puerta. Metió la llave en la puerta, la empujó para abrirla, pero se quedó en el pasillo.

Esto no era normal.

Las luces estaban apagadas. Jenna nunca apagaba las luces antes de salir. Siempre le echaba la culpa a su olvido, pero la verdad

era que le daba miedo la oscuridad. Era imposible que Jenna no hubiera vuelto a su casa por tres días.

Ella buscó instintivamente su pistola, aunque sabía perfectamente que no estaba allí. Encendió la luz del pasillo y escuchó si había alguna señal de vida en el interior.

—¿Hola? ¿Jenna?

Luego se escuchó algo desde el interior de la sala de estar. Ella conocía ese sonido. Era el sonido de las tablas debajo del sofá crujiendo.

¿Debía darse la vuelta y correr? ¿Llamar a la policía? No era posible que quien estuviera dentro pudiera escapar de un piso alto sin que ella se diera cuenta.

«No. Estos colores no huyen de la maldita guerra fría».

—No vas a ir a ninguna parte —dijo una voz desde el interior.

A ella se le hizo un nudo en el estómago. Ella conocía la voz. Había hecho todo lo posible para escapar de esa voz.

Abrió la puerta y se encontró con otra capa de oscuridad, pero vio una figura sentada en su sofá, negro con negro.

—Mark —dijo—. ¿Qué diablos?

—Exactamente. ¿Qué diablos? —dijo él, poniéndose en pie. Accionó el interruptor de la luz a su lado. La luz repentina cegó a Ella.

—¿Por qué estás aquí? ¿Cómo has entrado en mi casa?

—Tu compañera de apartamento es una descuidada —dijo él—. Así que estás en Delaware, ¿eh?

Ella llevó sus bolsos a la cocina contigua y los dejó sobre la encimera. No podía creer el descaro de este tipo. La observaba, la vigilaba. Ya tenía un acosador del que preocuparse, no necesitaba otro.

—No, estaba en Delaware. Ahora estoy en Washington, D.C., ¿de acuerdo?

Mark se paró en el centro de la sala.

—¿No se te ocurrió decirme que ibas a volver?

—No sabía que iba a volver a casa hasta esta mañana.

Mark consultó su reloj.

—Sí. Y ya son las diez de la noche, ¿qué has estado haciendo durante doce horas?

—Aclarando ideas. Hablando con la policía. Rellenando informes. Hablando con el director. Ya sabes cómo funciona. Lo has hecho durante mucho tiempo.

—Sí, lo he hecho, y ni una sola vez he ignorado completamente a mi pareja durante todo el día. ¿Incluso después de la conversación que tuvimos la otra noche? Estoy sospechando. —Mark golpeó la palma de la mano contra la pared—. Estoy sospechando muchísimo.

El ruido le hizo dar un paso atrás.

—¿Sospechando? ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? No puedes ser tan celoso, no es normal. No tienes nada de qué preocuparte.

Mark se puso delante de la puerta para bloquear la única salida.

—Ella, estoy viendo los hechos aquí. Mi novia vuela a otro estado sola, con un nuevo hombre a su lado. Y casi no le envía mensajes de texto a su novio, ¿cuántas veces en 48 horas? No soy un idiota.

Ya estaba harta. Esto era un desperdicio de energía. Ella pensó que tal vez cuando viera a Mark en persona, sus sentimientos por él podrían volver a surgir.

No lo hicieron. Le desagradaba tanto como el día anterior. Ella se acercó al sofá y se sentó.

—Ven aquí —dijo con firmeza.

—No voy a ir a ninguna parte. Tienes que empezar a darme explicaciones. Admítelo, ¿te has estado acostando con ese tipo nuevo?

Ella dejó caer la cabeza hacia atrás en su asiento y suspiró.

—Mark, lo siento, pero ya no me queda tiempo para dar explicaciones. —Se levantó de la silla y se puso delante de él—. Esto no me sirve. No quiero estar contigo...

Una bofetada.

Le ardió la mejilla al rojo vivo. El escozor le recorrió la mandíbula, subió por la mejilla y llegó al ojo. Se le adormeció un lado de la cara

por el dolor. En los últimos dos días, había visto cosas que ningún ser humano debería ver, pero que el hombre que se suponía que era su novio le diera una bofetada en la cara era un *shock* aún mayor.

Mark bajó la mano que temblaba. Abrió la boca con una expresión de horror.

—Oh, Dios mío. Ella, lo siento —gritó—. No quise hacer eso. No lo quise.

Ella no dijo nada. Se palpó suavemente la mejilla con la mano. La piel le escocía al tacto. Mark alargó los brazos para abrazarla, pero Ella retrocedió y lo mantuvo a distancia.

—No me toques, demonios.

—Por favor, ha sido un accidente. No puedo controlar mi temperamento. Voy a ver a un terapeuta por eso, lo juro.

Ella había llegado a su límite. Después de las últimas semanas, había llevado el cuerpo y la mente al límite. Los humanos no estaban diseñados para estar expuestos a tanto estrés, a tanta tragedia. Sentía como si cada pequeña cosa astillara el núcleo de su ser hasta que no quedaba nada más que una cáscara vacía.

—¿Ella? Lo siento. ¿Podemos hablar?

No, no podían.

Ella apartó a Mark de su camino de un empujón, la fuerza le produjo una molestia en el antebrazo. La ignoró. Ya no le importaba. Al diablo con el dolor, ella podía manejarlo.

—No te vayas. Tenemos que hablar.

Se apretó contra Mark, acercó los ojos a los de él. Cerró el puño con tanta fuerza que sentía como si tuviera una bola de granito en el extremo de la muñeca.

—Cuando vuelva, será mejor que no estés aquí.

No iba a devolverle el golpe. No iba a caer tan bajo. Ella salió furiosa por la puerta principal y no miró atrás.

Tenía que estar en otro lugar.

\* \* \*

Ella nunca había estado allí, pero encontró la dirección en uno de sus viejos archivos. Se quedó en la carretera, en la impenetrable oscuridad del campo, y contempló la casa solitaria. Prohibida, desconocida, silenciosa.

La casa era una grandiosa obra. Un camino de entrada lo suficientemente grande para diez coches, tres pisos de magnífico ladrillo y hectáreas de verde en todas las direcciones. Tenía vistas al hermoso lago Ozette, y el vecino más cercano debía estar a un kilómetro y medio de distancia o más.

Eso no la sorprendió.

Ella subió con dificultad el camino empedrado hasta la puerta principal, mientras se decía a sí misma una y otra vez que tenía que hacerlo. Cuando llegó a la puerta, levantó la mano para golpear la puerta y luego la bajó de nuevo.

Era más de la medianoche. ¿Sería mejor a una hora más apropiada? ¿O era igual de inapropiado a cualquier hora?

Ella olió el aroma hogareño del porche, vio los abrigo y las botas que estaban colgados en el interior. Esta era el hogar de alguien y ella lo estaba invadiendo. Igual que había hecho Mark, igual que había hecho Tobias. ¿Tal vez debería aprender la lección de esos monstruos y hacer todo lo posible para diferente a ellos?

Esto estaba mal. No la habían invitado.

Ella se quedó quieta durante unos minutos, y sintió un bienestar que no había sentido en mucho tiempo. Pero no era su bienestar. Se lo estaba robando y tenía que devolverlo.

Volvió a bajar por el camino y dejó atrás el bienestar, pero se aún tenía su moral con ella. Una pequeña victoria, si es que alguna vez hubo una.

—Dark —dijo la voz.

Ella se detuvo, y se quedó mirando el lago cristalino en la distancia. Cuánto había echado de menos aquella simple frase. Se dio la vuelta y miró a su antigua compañera a seis metros de distancia.

—Mia.

La mujer de la puerta se veía tan inmaculada como siempre. Mechones rojos sueltos, una figura esculpida por la que cualquier mujer mataría, y mucho más a la edad de 55 años. La única diferencia era que Mia llevaba una bata de satén, por lo que era la única vez que Ella la había visto usando otra cosa que no fuera ropa de trabajo.

Mia salió al porche y accionó un interruptor. Una luz anaranjada y cegadora se encendió desde arriba. Después de haber ensayado esa conversación una y otra vez durante las dos últimas semanas, Ella fue incapaz de hablar. Ella sabía que a Mia tampoco se le escaparía nada. A estas alturas, ya habría visto el moretón en la mejilla y la inflamación en los ojos.

—¿Has estado llorando? —preguntó Mia.

—Sí.

—¿Por qué estás aquí?

—Porque no sabía dónde más ir.

Mia se dirigió de nuevo hacia la puerta, la abrió de un tirón y esperó.

Era una invitación.

Ella no podía creerlo.

—He oído las noticias —dijo Mia—. Entra. Tenemos que hablar.

# Notas

[1] Sudes, originalmente en inglés «*unsub*» (*unknown subject or unidentified subject*) es un acrónimo de SUjeto DESconocido o SUjetos DESconocidos que es el término con el que se clasifica a un criminal ignoto, alguien que no se sabe con claridad su identidad, según se plantea en la serie *Mentes Criminales* que basa sus historias en un grupo de investigadores de la Unidad de Análisis de Conducta del FBI en su sede en Quántico, Virginia. (Nota del editor digital). <<